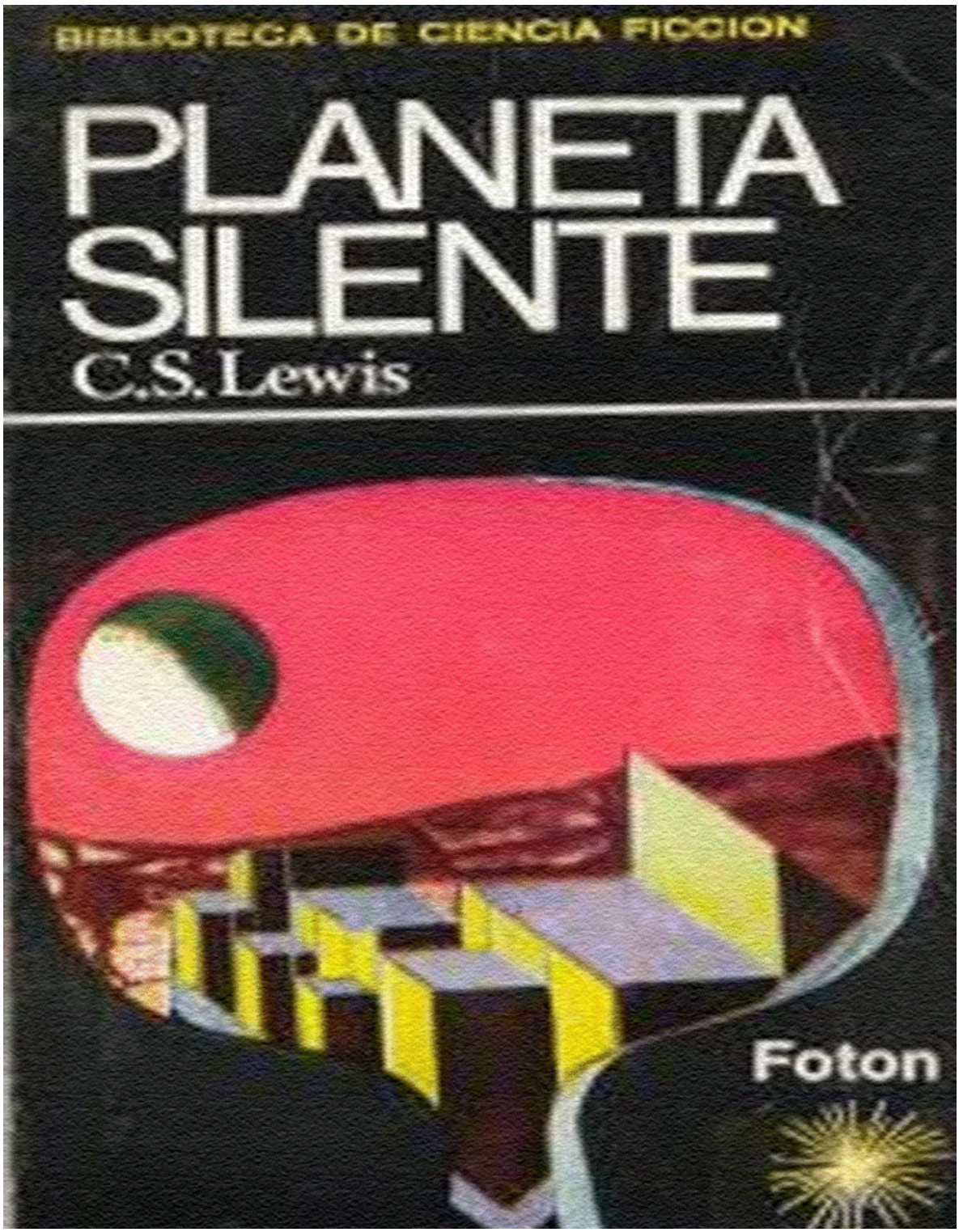
C. S. Lewis
PLANETA SILENTE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

UNO

Apenas habían dejado de caer las últimas gotas del chubasco, cuando el caminante guardó el mapa en su bolsillo, acomodó la mochila sobre sus cansados hombros, y abandonó el refugio que había buscado bajo un frondoso castaño. En el oeste, un rayo de sol crepuscular, amarillo violento, consiguió abrirse paso entre las nubes, pero hacia adelante, tras las colinas, el cielo tenía un tono pizarra oscuro. El agua goteaba aun de los árboles y de la hierba, y el camino brillaba como un río. Sin perder tiempo en la contemplación del paisaje, el caminante reanudó su marcha con el ímpetu del que sabe que tendrá que caminar más de lo calculado. Y tal era en realidad, su situación. Si hubiese mirado a sus espaldas, cosa que no hizo, hubiera visto la torre de Much Nadderby y tal visión habría provocado su renovado enojo con el nada hospitalario hotelito que, aunque a todas luces vacío, le había negado una cama. Desde su última gira a pie por esos contornos, la posada había cambiado de dueño y el amable anciano que estaba antes había sido reemplazado, según informara la camarera del bar, por "la señora", quien sin duda pertenecía a ese tipo de hoteleras inglesas que consideran a los pasajeros como a verdaderos estorbos. Su única alternativa ahora era Sterk, en el extremo de las colinas, a casi diez kilómetros de distancia. Según el mapa, había una posada en Sterk y aunque el caminante tenía suficiente experiencia como para no creer ciegamente en ese dato, allí se dirigió a falta de otra cosa más segura.

Marchaba bastante rápidamente, con empeño y con su vista fija hacia delante, como tratando de acortar el camino al ocupar su mente en algún tema interesante. Era alto, de hombros ligeramente encorvados, y su edad oscilaba entre los treinta y cinco y cuarenta años. Vestía con ese tipo especial de descuido que caracteriza a un intelectual que está de vacaciones. A primera vista podría haber sido confundido por un médico o un maestro de escuela, aunque carecía de la actitud mundana del primero y de la indefinible aureola del segundo. Era, en realidad, un filólogo y miembro de un colegio de Cambridge. Su nombre: Ransom.

Al dejar Nadderby había tenido esperanzas de encontrar albergue por la noche en alguna granja antes de llevar a Sterk, pero ese lado de las colinas parecía deshabitado. Era un campo desolado, con pocos cercos divisorios de ligustro y menos árboles, dedicado casi totalmente al cultivo de coles y nabos. No atraía al turismo como lo hacía la rica región ubicada al sur de Nadderby, y las colinas lo protegían de las zonas industriales ubicadas más allá de Sterk. A medida que caía la noche y callaba el canto de los pájaros, el silencio fue mayor que el usual en la campiña inglesa. Lo irritaba el ruido de sus pisadas sobre el pavimento metalizado.

Habría andado así unos tres kilómetros cuando notó una luz cercana. Las colinas se erguían ya a su lado y la oscuridad era casi completa, así que deseó más que nunca que esa luz perteneciese a una cómoda y hospitalaria granja. Pero cuando estuvo bien cerca notó que pertenecía a una pequeñísima vivienda hecha con feos ladrillos. Una mujer salió corriendo de su interior y casi lo llevó por delante.

—Disculpe, señor —exclamó—. Creí que era mi Harry.

Ransom le preguntó si había algún lugar antes de Sterk donde pudiese pasar la noche.

—No, señor —contestó la mujer—. Antes de Sterk no hay nada. Quizá lo reciban en Nadderby.

Hablaba cortés aunque impacientemente, como si sus pensamientos estuviesen ocupados en otra cosa. Ransom le explicó que ya había tratado, sin éxito, hospedarse en Nadderby.

—Ah, señor, entonces no sé, no sé —replicó—. Antes de Sterk no hay casa alguna, no hay casa alguna que le convenga. Solo está La Elevación, donde trabaja mi Harry, y pensé que usted venía de ese lado y por eso salí cuando lo oí llegar, pensando que era él. Ya tendría que haber llegado a esta hora.

—¿La Elevación? —preguntó Ransom—. ¿Qué es eso? ¿Una granja? ¿Podrían albergarme allí?

—Oh, no, señor. Desde la muerte de la señorita Alicia no hay nadie, excepto el profesor y ese caballero de Londres. Y ellos no harían tal cosa. Ni siquiera tienen sirvientes y sólo utilizan a mi Harry para que atienda al horno y cosas así y ni siquiera puede entrar en la casa.

—¿Cuál es el nombre de ese profesor? —preguntó Ransom con cierta esperanza.

—Eso no lo sé, señor —respondió la mujer—. El otro caballero se llama Devine y mi Harry dice que el *otro* caballero es un profesor. Harry no sabe mucho porque no está muy bien, ¿sabe? Por eso estoy intranquila cuando tarda en llegar a casa y eso que me dijeron que nunca lo harían quedar después de las seis. Y hasta esa hora es más que suficiente, ya que bastante trabaja.

La voz monótona y el limitado vocabulario de la mujer no denotaban mayor emoción, pero Ransom estaba lo suficientemente cerca de ella para notar que temblaba y estaba próxima al llanto. Se le ocurrió que debía visitar al misterioso profesor y pedirle que enviase al chico a su madre. Y una fracción de segundo después también se le ocurrió que, una vez dentro de la casa y entre hombres de su misma profesión, era muy razonable que le ofreciesen su hospitalidad. Expuso a la mujer lo que pensaba hacer.

—Muchísimas gracias, señor —dijo ella—. Entonces le voy a pedir que usted lo lleve a Harry hasta el portón y se asegure de que viene para casa. Le tiene tanto miedo al profesor que si él mismo no le da permiso para irse jamás saldrá de esa casa. Estoy segura.

En la mejor forma que pudo, Ransom tranquilizó a la mujer y se despidió de ella, tras enterarse de que, a unos cinco minutos de camino, encontraría a “La Elevación” a su izquierda. Mientras había permanecido quieto, sus piernas parecían haberse endurecido, y comenzó a andar lenta y dolorosamente.

No se veía luz alguna a la izquierda del camino, nada salvo los campos chatos y una masa oscura que pensó era sólo un grupo de árboles. Después de caminar durante más de cinco minutos, según le pareció, vio que estaba equivocado. Había un alto cerco de ligustro, con un portón blanco en su

centro: y los árboles que se erguían detrás no eran la primera hilera de un grupo sino una mera fila de árboles y el cielo se veía tras ellos. Estuvo entonces seguro de que ese era el portón de "La Elevación" y de que esos árboles rodeaban una casa y un jardín. El portón estaba cerrado con llave. Por un momento permaneció sin saber qué hacer, indeciso ante el silencio y la oscuridad cada vez más intensa. Aunque estaba sumamente fatigado, su primer impulso fue el de seguir hacia Sterk, pero se sintió obligado por su promesa a la anciana. Sabía que, si se lo proponía, podía entrar a través del ligustro, pero la idea no lo atraía. Haría un papel ridículo, forzando su entrada en la propiedad de algún viejo excéntrico, que cerraba con llave un portón en el medio del campo, a casa de la tonta historia de una madre histérica alarmada porque su hijo tarado se queda media hora de más en el trabajo. No obstante, tenía que entrar y, para no dificultar aun más su acceso a través del ligustro, se desprendió de su mochila y la arrojó dentro, por sobre el cerco. Al segundo de haberlo hecho, le pareció que hasta ese momento no había tomado del todo en firme su decisión: ahora tenía que entrar aunque sólo fuese para recuperar su mochila. Furioso consigo mismo y con la mujer, se arrodilló y luego, sobre sus rodillas y manos, se fue abriendo paso entre las ramas y hojas del cerco.

La operación le resultó más difícil de lo que había supuesto, y tardó varios minutos antes de poder ponerse de pie al otro lado, mojado, a oscuras, y con la piel irritada por su contacto con tallos duros y espinillas. A tientas llegó hasta el portón, levantó su mochila, y luego, por vez primera, se puso a verificar en qué lugar se encontraba. No estaba tan oscuro en la senda como bajo los árboles y pudo notar una casa grande, de piedra, con una extensión de mal cuidado césped delante. Un poco más allá, la senda se bifurca, ascendiendo suavemente, a la derecha, hasta la puerta de la casa mientras que, a la izquierda, seguía en forma recta seguramente hacia la parte posterior del edificio. Observó que esta senda presentaba pozos y huellas profundas, ahora llenos de agua, como si fuera lugar habitual para el tránsito de pesados camiones. La otra senda, por la cual se encaminó hacia la casa, estaba cubierta de musgo. No se veía luz alguna. Algunas persianas estaban cerradas, y otras ventanas, por carencia de persianas y cortinas, semejaban huecos oscuros, ofreciendo un aspecto de abandono y soledad. Solamente una columna de humo que surgía detrás de la casa indicaba la presencia de habitantes, pero era un humo tan denso que no sugería provenir de una cocina, sino más bien de algún horno industrial o de una tintorería. A las claras se notaba que "La Elevación" era lugar poco propicio para esperar una invitación a pasar la noche, y Ransom, que había desperdiciado ya algún tiempo explorándolo, se hubiera marchado de inmediato si no se hubiese sentido obligado por su promesa a la anciana.

Subió los tres peldaños que daban al ancho porche, hizo sonar la campanilla de llamada y aguardó. Luego de unos instantes repitió su llamado y se sentó en un largo banco de madera ubicado sobre un costado del porche. Permaneció allí mucho tiempo. Aunque la noche era tibia y estrellada, sintió que la transpiración se le secaba en el rostro y un escalofrío recorrió sus hombros.

Estaba muy cansado, y quizá fue ese el motivo por el cual no volvió a levantarse para llamar por tercera vez. Esto, más la tranquilizante quietud del jardín, la belleza del cielo estival y el ocasional chistido de una lechuza, sonido que parecía destacar más el profundo silencio reinante, hicieron que

el sueño comenzara a dominarlo cuando algo lo sobresaltó. Llegó a él un ruido extraño, como de hombres luchando o participando en un juego violento, que le hizo pensar en el rugby. Se puso de pie. El ruido era bien real; era gente, calzada con botas, que peleaba o jugaba agriadamente, gritando al mismo tiempo. No entendió lo que decían, pero eran exclamaciones de hombres enojados y jadeantes.

Lo que menos deseaba Ransom era participar en un incidente, pero ya se decidía a investigar el asunto cuando unos gritos mucho más altos se dejaron oír: —¡Suélteme! ¡Déjenme ir! —y, unos segundos después: —¡No quiero entrar ahí! ¡Quiero irme a casa!

Arrojando a un lado su mochila, Ransom descendió de un salto los peldaños del porche y corrió hacia la parte posterior de la casa con toda la rapidez que sus músculos endurecidos y sus doloridos pies le permitieron. El agrietado sendero, llano de charcos de agua, lo llevó a lo que semejaba un patio, rodeado de numerosas casillas. Un vivo fuego ardía en el horno abierto de una alta chimenea, y percibió algo oscuro que supuso era la cúpula de un pequeño observatorio, recortándose en silueta contra las estrellas pero todo esto quedó en segundo plano al ver las figuras de tres hombres, prácticamente a su lado, que luchaban atropelladamente. Era casi seguro que la figura central; a quien los otros querían sujetar con violencia, era el mismísimo Harry. Deseó exclamar con voz atronadora: "¿Qué le están haciendo al muchacho?", pero en realidad, en un tono que distaba mucho de ser autoritario, se escuchó a sí mismo diciendo:

—¡Este…! ¡Un momento!

Los tres combatientes, sorprendidos, se separaron, mientras el muchacho sollozaba.

—¿Quién diablos es usted y que está haciendo aquí? —preguntó el más corpulento, con una voz que reunía todas las cualidades de las que había carecido, lamentablemente, la de Ransom.

—Estoy de excursión —respondió éste— y prometí a una pobre mujer…

—¡Al diablo con la pobre mujer! —vociferó el otro—. ¿Cómo entró aquí?

—Pasé por el ligustro —contestó Ransom, que sintió que un poco de fastidio venía en su ayuda— No sé que están haciéndole a ese chico, pero…

—Tendríamos que tener un perro —comentó furioso el grandote a su compañero.

—*Tendríamos* un perro si no hubiese usado a Tar-tar en ese experimento —respondió el otro. Ambos hombres eran de aproximadamente igual corpulencia, aunque éste era algo más delgado y aparentemente más joven. Su voz le resultó vagamente conocida a Ransom quien comenzó nuevamente:

—Miren, —dijo—. No sé qué le están haciendo a ese chico, pero ya es muy tarde y tendrán que dejarlo volver a su casa. No tengo ningún interés en inmiscuirme en sus asuntos, pero…

—¿Y usted quién es? —preguntó el grandote con un vozarrón.

—Si se refiere a como me llamo, mi nombre es Ransom, y…

—¡Cáspita! —exclamó el más joven—. No será el mismo Ransom que iba a Wedenshaw?

—Concurrí a la escuela Wedenshaw—, asintió Ransom.

—Desde que oí tu voz sabía que te conocía —prosiguió el otro—. Soy Devine, ¿no me recuerdas?

—Sí. Por cierto que sí —dijo Ransom mientras se estrechaban las manos con la forzada cordialidad tradicional en ese tipo de encuentros. En realidad, desde los días del colegio, Devine le había resultado antipático como nadie.

—Conmovedor, ¿verdad? —comentó Devine— Exalumnos de Wedenshaw se encuentran en estas soledades de Sterk y Nadderby. En momentos así es que recordamos con un nudo en la garganta los días de estudiante. Creo que no conoces a Weston, ¿verdad? —agregó, señalando a su corpulento y vociferante compañero—. Es el famoso Weston —agregó—. El gran físico. Se lo come a Einstein y toma medio litro de la sangre de Schrödinger en el desayuno. Weston, permíteme que te presente a mi viejo compañero de estudios, Ransom. El Dr. Elwin Ransom. El famoso doctor Ransom. Gran filólogo. Se lo come a Jespersen y toma medio litro de…

—Nunca oí hablar de él —dijo Weston, que aún aferraba al pobre Harry por el cuello—. Y si te crees que diré que estoy encantado de conocer a este señor que se atrevió a meterse sin permiso en mi jardín, estás muy equivocado. No me importa un comino a qué escuela fue ni en qué ridiculeces está malgastando dinero que tendría que usarse en investigaciones científicas. Lo que quiero saber es qué está haciendo aquí, y después de eso, que se vaya y no quiero verlo más.

—No seas estúpido, Weston, —reprobó Devine en tono más serio—. Su llegada nos viene de perillas. No hagas caso a Weston, Ransom. Tras su desagradable exterior oculta un corazón de oro, como se dice. ¿Por qué no entras a beber algo y comes con nosotros?

—Muy amable, —dijo Ransom. Pero, con respecto a este muchacho…

Devine tomó a Ransom de un brazo y lo llevó aparte.

—Por lo general, es muy trabajador, pero suelen acaecerle ataques como éste —dijo en voz baja—. Sólo queríamos hacerlo quedar en el lavadero por un rato hasta que vuelva a la normalidad. No podemos dejarlo llegar a su casa en este estado. Como ves, tenemos la mejor intención. Dentro de un momento tu mismo puedes llevarlo a su casa, si gustas, y luego te vuelves y duermes aquí.

Ransom estaba perplejo. En todo eso había elementos lo suficientemente sospechosos y desagradables como para convencerlo de que se trataba de algo delictuoso; sin embargo, él era de una profunda e irracional convicción, natural en gente de su edad y posición, de que tales cosas nunca le salen al paso a la gente común, excepto quizá en las novelas, y menos que menos, en el caso de viejos compañeros de escuela y profesores. Aunque hubiesen estado maltratando al muchacho, Ransom no veía mucha oportunidad de liberarlo por la fuerza.

Mientras cavilaba sobre el tema, Devine hablaba con Weston en voz baja, pero no más baja que la adecuada para que una persona discuta lo necesario para acomodar a un huésped en presencia de éste. Al finalizar,

recibió una especie de gruñido de asentimiento por parte de Weston. Ransom, quien a sus presentes dificultades agregaba ahora la situación embarazosa de huésped indeseado, se volvió a ellos para hacer algún comentario al respecto, pero fue interrumpido por las palabras que Weston dirigió al muchacho.

—Ya nos causaste bastantes problemas por una noche, Harry —le dijo—. Y si tuviéramos leyes adecuadas yo sabría cómo ponerte en línea. Cállate la boca y deja de lloriquear. No irás al lavadero si tanto te opones.

—No es al lavadero a donde me quieren mandar, y usted lo sabe, sollozó el retardado. Donde no quiero entrar es en esa cosa otra vez.

—Se refiere al laboratorio. —interrumpió Devine, dirigiéndose a Ransom. —Una vez entró allí, se le cerró la puerta por accidente y quedó encerrado algunas horas. No sé por qué, pero parece haberlo perturbado mucho. No tiene muchas luces, sabes? —Y volviéndose al muchacho, agregó: —Escucha, Harry. Este señor tan amable te va a llevar a tu casa tan pronto como haya descansado un momento. Si entras y te quedas sentadito por un rato en el hall, te daré algo que te gusta mucho. E imitó el ruido de descorchar una botella. Ransom recordó que esa era una de las gracias de Devine en la época del colegio. Una carcajada llena de picardía infantil escapó de labios de Harry.

—Hazlo entrar, —dijo Weston mientras desaparecía dentro de la casa. Ransom hesitó antes de seguirlo, pero Devine le aseguró que Weston estaba encantado con su presencia. La mentira era obvia, pero la necesidad que Ransom tenía de un trago y un poco de descanso hizo que desechara sus escrúpulos sociales. Precedido por Devine y Harry, entró a la casa y, un instante después, se encontraba en un sillón esperando el regreso de Devine, quien había ido en busca de bebidas.

DOS

El cuarto revelaba una extraña combinación de lujo y sordidez. Las ventanas, sin cortinas, tenían las persianas cerradas, no existía alfombra y el piso estaba cubierto de cajas vacías, virutas para embalaje, periódicos viejos y botas, y las paredes exhibían las manchas dejadas por cuadros y muebles de anteriores ocupantes. No obstante, los dos sillones eran superlujosos, y la basura que cubría las mesas estaba formada por cigarros, conchas de otras botellas de champagne vacías, latas de leche condensada y de sardinas, abiertas, tazas y platos de loza barata, trozos de pan duro, y vasos con restos de té donde flotaban colillas de cigarros.

Sus anfitriones tardaban en volver, y Ransom comenzó a pensar en Devine. Sentía hacia él ese tipo de desagrado que merecen ciertos héroes de la juventud después de que el tiempo nos hizo cambiar tales conceptos. Devine había aprendido, antes que los demás muchachos del colegio, ese tipo de humor que consiste en parodiar constantemente las características sentimentales o ideales de los mayores. Por un tiempo, sus imitaciones y bufonadas tenían a todos divertidísimos incluyendo a Ransom, pero ya desde antes de dejar el colegio, éste había empezado a considerar a Devine un tipo bastante pesado y en Cambridge lo había evitado, cavilando cómo alguien tan ordinario y superficial podía tener tanto éxito en sus actividades.

Luego había llegado el gran misterio de que Devine hubiese ganado la Beca Leicester y el misterio más grande aún de su creciente riqueza. Hacía ya tiempo de su abandono de Cambridge para instalarse en Londres, donde probablemente era una persona de cierta importancia. De vez en cuando alguien se refería a él, concluyendo sus palabras con uno de estos dos comentarios: “Un tipo inteligente, este Devine, aunque algo raro” o “Yo no me explico cómo llegó a su posición actual”. Por lo que Ransom había observado durante su breve conversación en el patio, era muy poco lo que su compañero de colegio había cambiado.

Se abrió una puerta, y apareció Devine, con una bandeja conteniendo una botella de whisky, vasos y un sifón.

—Weston fue a buscar algo para comer, dijo mientras colocaba la bandeja en el suelo, junto al sillón de Ransom, y se dispuso a abrir la botella. Ransom, quien tenía ya una sed espantosa, observó que su anfitrión era una de esas irritantes personas que no pueden hacer algo sin hablar al unísono. Sacaba el papel metálico que cubría el corcho con la punta de un tirabuzón, cuando detuvo esa acción para preguntar:

—¿Y que te trae por estas latitudes?

—Estoy haciendo una excursión a pie —respondió Ransom—; anoche dormí en Stoke Underwood y esperaba quedarme hoy en Nadderby, pero no conseguí que me alojaran y seguía ahora viaje hasta Sterk.

—¡Diablos! —exclamó Devine, con el tirabuzón aún inmóvil. —¿Lo haces por dinero o de puro masoquista que eres?

—Por placer, naturalmente. —Contestó Ransom, manteniendo su mirada fija en la botella cerrada.

—¿Puedes explicarle a un neófito la atracción de tal actividad? —preguntó Devine, rasgando, ahora si, aproximadamente un centímetro del papel plateado.

—No sé si puedo explicarlo. En primer lugar, me gusta caminar.

—¡Diablos! Entonces te debe haber gustado el ejército. Marchar al compás del tambor y todo eso ¿eh?

—No, no. Es todo lo contrario de lo que pasaba en el ejército. Allí uno nunca está solo ni puede decidir por sí mismo donde ir o siquiera en cuál parte del camino andar. En una excursión a pie se tiene absoluta independencia: se detiene o reanuda la marcha cuando uno quiere. No hay que rendir cuentas a nadie sino a uno mismo.

—Hasta que una noche te encuentras en el hotel un telegrama urgiéndote a regresar de inmediato— replicó Devine, quitando por fin el papel plateado.

—Sólo si hubieras cometido la torpeza de comunicar tu itinerario y de seguirlo al pie de la letra. Lo peor que podría sucederme es que escuchara una voz en la radio diciendo: Se pide al Dr. Elwin Ransom, quien se cree está en estos momentos en la región de las Midlantis…

—Comienzo a comprender, —dijo Devine, haciendo una pausa cuando estaba por descorchar la botella. —Pero eso no podrías hacerlo si fueras hombre de negocios. ¡Eres afortunado! Pero, ¿puedes de verdad

desaparecerte así como así? ¿No tienes esposa, hijos, padres ancianos pero honestos, familiares o amigos?

—Sólo tengo una hermana, que está casada y vive en la India. Además, soy jefe de profesores, y debes recordar que un jefe de profesores en medio de sus largas vacaciones es un ser casi inexistente. Al colegio no le interesa donde está y al resto del mundo le ocurre otro tanto.

El corcho salió, por fin, de la botella con un ruido alegre y reconfortante.

—Di cuando —dijo Devine mientras llenaba el vaso que sostenía Ransom—. Pero estoy seguro de que debe haber alguien o algo que te controle esa libertad. ¿Es verdad eso de que nadie en absoluto sabe donde estás ni cuando regresas?

Ransom afirmaba con inclinaciones de cabeza cuando Devine, que había levantado el sifón, dejó escapar una maldición:

—Esto está vacío —dijo—. ¿Y te importa mezclarlo con agua? Voy a buscar un poco a la cocina. ¿Cuánto quieres?

—Llénalo hasta el borde —contestó Ransom.

Devine volvió pocos minutos después, y le entregó su largamente esperada bebida. Al dejar sobre la mesa el vaso ya medio vacío, Ransom comentó con un suspiro de satisfacción que el lugar elegido por Devine para su residencia era, por lo menos, tan extraño como el hacer solitarias excursiones a pie.

—Tienes razón, —asintió éste—. Pero si conocieras bien a Weston sabrías que es más fácil ir adonde él quiere que discutirle sus decisiones. Tiene una voluntad de hierro, éste colega mío.

—¿Colega tuyo? —preguntó Ransom.

—En cierto sentido, sí. —Devine echó una mirada a la puerta, acercó su silla a Ransom y agregó en tono confidencial: —Es un tipo excelente. Te diré, en confianza, que tengo un poco de dinero invertido en algunos experimentos que está realizando. Cosas todas honestas y legales, claro, por la marcha del progreso y el beneficio de la humanidad, etc. etc., pero que también tienen su interesante aspecto industrial.

Mientras Devine hablaba, algo extraño le ocurría a Ransom. Al principio, sólo le pareció que las palabras de Devine iban gradualmente perdiendo el sentido. Parecía decir algo sobre que era todo un industrial pero que no encontraba en Londres ningún producto en desarrollo o experimentación que lo satisfaciera. Entonces, además de carecer de sentido, sus palabras se hacían cada vez menos audibles, lo que no era extraño, ya que se había ido lejos, a más de un kilómetro, pero igual se lo veía nítidamente, como a través de unos prismáticos enfocados al revés.

Desde esa brillante distancia, sentado en su diminuta silla, observaba a Ransom con una nueva expresión. Su mirada era desconcertante. Ransom trató de moverse, pero encontró que había perdido todo dominio sobre su cuerpo. Se sentía perfectamente bien, pero era como si hubiese estado atado de pies y manos a la silla, mientras su cabeza permanecía sujeta por una morsa. Una morsa deliciosamente acolchada, pero que le impedía el más leve movimiento. No sentía temor, aunque sabía que lo lógico hubiese sido

sentirlo y que pronto lo sentiría. Luego, muy gradualmente, la habitación y todo en derredor suyo se desvaneció de su vista.

Nunca pudo estar seguro de que si lo que sucedió después tuvo o no influencia en los acontecimientos que se registran en este relato, o si sólo se trató de un sueño. Le pareció que Weston y Devine estaban en un pequeño jardín rodeado de un muro. La luz era brillante y todo estaba bien iluminado, pero sobre el muro se extendía la más completa oscuridad. Trataban de treparlo, y Weston les pidió que lo alzaran. Ransom le advertía que no fuese del otro lado porque estaba muy oscuro, pero Weston insistía y los tres se disponían a hacerlo. Ransom quedó en último lugar, y logró ascender hasta quedar sentado a horcajadas sobre la pared, sobre su chaqueta doblada para evitar lastimarse con los trozos de vidrios. Sus compañeros ya se habían dejado caer del lado oscuro, pero, antes de que pudiese seguirlos, una puerta que había estado en la pared, y que ninguno de los tres había antes notado, se abrió desde afuera, y los seres más extraños que jamás hubiera visto Ransom, entraron al jardín, trayendo a Weston y a Devine. Los dejaron en el jardín, y regresaron a la oscuridad, cerrando la puerta tras ellos.

Ransom no conseguía descender desde su ubicación en el muro. Permaneció allí sentado, sin sentir miedo, pero sí cierta incomodidad, ya que a su pierna derecha, que colgaba hacia el lado exterior, la estaba sintiendo muy oscura, mientras que a la izquierda, del lado del jardín, la sentía muy iluminada.

—La pierna se me desprenderá si se pone más oscura —reflexionó en voz alta; luego miró hacia abajo, a la oscuridad, y preguntó: —¿Quiénes son ustedes? —y los seres extraños debían estar todavía allí, porque replicaron a coro: “Ju-Ju-Ju”, exactamente como si hubiesen sido lechuzas.

Su pierna derecha, debido a que había, tenido a la izquierda apoyada sobre ella tanto tiempo, estaba más fría y acalambrada que oscura, y notó, al mismo tiempo, que estaba sentado en un sillón en un cuarto bien iluminado. Cerca suyo, dos personas conversaban, aparentemente desde hacía un buen rato.

Sentía la cabeza relativamente despejada, y se dio cuenta de que había sido narcotizado o hipnotizado o ambas cosas a la vez. Aunque se sentía sumamente débil, comenzó a recobrar el control sobre su cuerpo. Sin tratar de moverse, prestó intensa atención a lo que se decía.

—Ya me estoy cansando un poco de todo esto, Weston —se quejaba Devine. —Y principalmente porque lo que estamos arriesgando es mi dinero. Te repito que él nos servirá tanto como el muchacho, y en muchos sentidos, aun mejor. Pero pronto recobrará el conocimiento y debemos llevarlo a bordo de inmediato. Tendríamos que haberlo hecho hace una hora.

—El chico era ideal —dijo Weston resentido—. Incapaz de servir a la humanidad y muy posible y desgraciadamente apto para propagar seres tan idiotas como él. En una comunidad civilizada, ya lo habrían clasificado y destinado a un laboratorio para experimentación.

—Probablemente sí, pero en Inglaterra es el tipo de criatura en quien Scotland Yard podría interesarse si desapareciese o le sucediese algo. En cambio, al otro pasarán muchos meses antes que alguien le extrañe su ausencia, y, aun entonces, nadie sabrá donde se encontraba cuando

desapareció. Ten presente que vino solo, no dejó a nadie su itinerario, no tiene familia, y, al fin y al cabo, metió sus narices en esto por su propia voluntad y decisión.

—Está bien, pero confieso que la idea no me gusta ni un ápice. Después de todo, es un ser humano, y el chico es una... preparación. En fin, este Ransom es una sola persona y probablemente un inútil. También hay que considerar que nosotros dos estamos arriesgando nuestras vidas. En casos como éste, en que la causa que nos alienta...

—¡Por amor de Dios, no vengas otra vez con discursos! ¡No tenemos tiempo!

—Quizá, —prosiguió Weston— él mismo consentiría si comprendiera el alcance de nuestros propósitos.

—Levántalo de los pies. Yo lo tomaré de la cabeza. —Dijo Devine.

—Si crees que pronto recobrará el sentido —advirtió Weston—, sería mejor que le administrásemos otra dosis. Por las próximas tres horas será mejor que duerma y que no se resista allí dentro.

—Es cierto. Vigílalo mientras voy a traer lo necesario.

Devine se fue de la habitación. A través de sus párpados semicerrados, Ranson vio a Weston a su lado. No sabía como respondería su cuerpo, si es que fuese a responder, si trataba de hacer algún movimiento repentino, pero debía correr el albur. Apenas Devine salió, Ransom se arrojó con todas sus energías a los pies de Weston, quien trastabilló y cayó, por encima de la silla. Con un esfuerzo agonizante, Ransom se puso de pie y salió corriendo al hall. Su debilidad lo hizo caer al llegar allí, pero acuciado por el terror que venía tras él, en un par de segundos halló la puerta y trató desesperadamente de correr los cerrojos. La oscuridad y el temblor de sus manos eran graves obstáculos en la tarea. Oyó aterrorizado las pisadas de las botas que se acercaban rápidamente, y sintió que lo sujetaban por los hombros y las rodillas. Retorciéndose y dando puntapiés, gritando tan fuerte como podía con la escasa esperanza de ser rescatado, y con abundante transpiración bañándole el cuerpo, prolongó la lucha con una violencia de la que no se había sabido capaz. Por unos gloriosos instantes, pudo abrir la puerta: el fresco aire nocturno le dio en el rostro, vio las reconfortantes estrellas y hasta su propia mochila en el porche. Entonces sintió un gran golpe en la cabeza. Antes de perder el conocimiento, sintió manos férreas que lo arrastraban otra vez hacia el interior y a la oscuridad y oyó el ruido de una puerta que se cerraba.

TRES

Al volver en si, pareció a Ransom que estaba sobre una cama, rodeado de penumbras. Tenía un feroz dolor de cabeza, lo cual, combinado con un estado de lasitud general, impidió que se decidiera a incorporarse de inmediato y explorar sus alrededores cercanos. Pasándose la mano por la frente, notó que estaba transpirando, lo cual dirigió su atención al hecho de que en la habitación (si es que se trataba de una habitación) reinaba una temperatura muy elevada. Al mover sus brazos para retirar la ropa de cama que lo cubría, tocó la pared del lado derecho de la cama, y notó que estaba

muy caliente. Extendió su mano izquierda hacia ese lado, y no halló nada, pero sintió que el aire allí estaba menos cálido. Aparentemente, el calor provenía de esa pared. Al tocarse el rostro, sintió que tenía una herida sobre el ojo izquierdo, que le trajo a la memoria la pelea sostenida con Weston y Devine, e instantáneamente llegó a la conclusión de que lo habían alojado en una casilla detrás del horno. Al mismo tiempo, levantó su mirada y reconoció el origen de la tenue luz ante la cual había podido ver, sin notarla, los movimientos de sus propias manos. Había una especie de ventanal justo encima de él, un rectángulo de cielo nocturno repleto de estrellas. No recordó haber visto jamás un cielo tan estrellado. Pulsantes con gloriosa brillantez, como reflejando un dolor o un placer inaguantables, apiñadas en desordenadas e innumerables constelaciones, refulgiendo como en una pesadilla astral sobre la oscuridad más negra e intensa, las estrellas absorbieron todo su interés, lo subyugaron, lo excitaron, haciéndolo erguir y mantenerse sentado sobre la cama, contemplándolas extasiado. Pero sintió también en forma aún más intensa los molestos latidos en su cabeza, lo que le hizo recordar que lo habían drogado. A esto siguió el razonamiento de que el narcótico que le habían suministrado debía tener algún efecto sobre las pupilas que explicasen el anormal esplendor y riqueza astral de ese cielo, cuando reclamó su interés un fulgor plateado que aparecía en una esquina del ventanal, semejando una diminuta aurora. Pasaron unos minutos, cuando la luna llena apareció en su campo de visión. Pero jamás había visto luna semejante, tan blanca, tan enceguecedora y tan grande. “Como una enorme pelota blanca de playa, pegada al otro lado del vidrio” pensó, y, un momento después: “No, más grande aún.” Para entonces ya estaba seguro de que tenía alguna anormalidad en la vista: ¡era imposible que la luna tuviese el tamaño de lo que estaba viendo!

La luz de la enorme luna, si es que era la luna, iluminaba ahora todo casi como si fuera de día. Era una habitación sumamente extraña; el piso era tan pequeño que la cama y la mesilla junto a ella ocupaban todo su ancho. El cielorraso parecía tener el doble de tamaño, y las paredes se levantaban inclinándose hacia afuera, dando así esa extraña forma al cuarto. Ranson tenía la sensación de estar en el fondo de una honda y estrecha carretilla de mano.

Todo esto confirmó su teoría de que su vista, temporaria o permanentemente, se encontraba afectada. Por lo demás, sin embargo, se recuperaba rápidamente y hasta experimentaba una sensación de sumo bienestar y excitación nada desagradable. El calor era todavía opresivo, por lo cual se despojó de algunas ropas superfluas quedando en pantalón y camisa, y se levantó a explorar el lugar.

Tan pronto lo hizo, el efecto fue desastroso y le hizo temer más aún las consecuencias de las drogas. Aunque no tenía conciencia de haber realizado un esfuerzo muscular fuera de lo normal, se encontró que saltaba de la cama con tal energía que golpeó su cabeza contra el ventanal fijo y cayó de rebote sobre el piso metálico. Se encontró del otro lado, contra la pared, la pared que debía levantarse inclinada hacia afuera como el costado de una carretilla de mano, de acuerdo a su impresión anterior. Pero no era así; la tocó y la miró bien. No había duda alguna que formaba ángulo recto con el piso. Con bastante más cautela, se puso de pie. Se sentía extraordinariamente liviano, tanto, que le costaba esfuerzo mantener sus pies en el suelo. Le asaltó entonces la sospecha de que estaba muerto y era

ya un fantasma. Comenzó a temblar ante la idea, pero cien hábitos mentales le prohibieron aceptar esta posibilidad. Exploró su prisión y el resultado no le dejó duda alguna; parecía que las paredes se fuesen abriendo y que la superficie del cielorraso fuese mayor que la del piso, y, no obstante, al colocarse junto a cada pared, verificaba que eran perfectamente perpendiculares, no solamente al mirarlas sino también al tocarlas, lo que hizo poniéndose en cuclillas y pasando sus dedos por el ángulo formado entre paredes y piso. Este examen le reveló asimismo otros dos hechos curiosos. Paredes y piso eran metálicos, y se sentía una leve pero continua vibración; una vibración silenciosa pero con una extraña cualidad al parecer motivada no por algo mecánico sino extrañadamente vivo. Pero si la vibración era silenciosa, había otros ruidos de tipo variado: una serie de golpeteos musicales o percusión a intervalos irregulares, que parecían provenir del cielorraso, como si esa cámara metálica estuviese siendo bombardeada por pequeñas, tintineantes municiones. Ransom estaba ya del todo aterrorizado, no con el prosaico terror que siente el soldado en la guerra, sino con un pavor intelectual, espiritual, que apenas se distinguía de la excitación general que lo dominaba: se sentía como en un limbo emocional, del que iba a pasar en cualquier momento a un terror delirante o a un éxtasis de alegría. Sabía ahora que no estaba en un edificio, sino en algún vehículo en movimiento. Era obvio que no se trataba de un submarino, y la infinitesimal vibración del metal no sugería el movimiento de un vehículo rodante. Un buque, entonces, concluyó, o algún tipo de nave aérea... pero las sensaciones que le provocaba eran tan raras que no podía creer en ninguna de esas suposiciones. Intrigado, se sentó otra vez en la cama y se quedó mirando a la portentosa luna.

Una nave aérea, algún tipo de máquina voladora. Pero, ¿por qué era la luna tan grande? Era más grande de lo que al principio había creído. No podía ser la luna, y vio entonces que había sabido tal cosa desde un principio, desechando esa verdad ante el terror de lo que significaba. Se le ocurrió entonces algo que le hizo contener el aliento “era imposible que esa noche hubiese luna llena”. Recordaba perfectamente que había caminado desde Nadderby en una noche sin luna, y, aunque no hubiese notado la presencia de una luna nueva, no podría haber crecido tanto en unas pocas horas... ni en un millón de horas habría crecido tanto! Este disco megalomaníaco, mucho más grande que la pelota de playa con que lo había comparado en un principio, llenaba casi la mitad del cielo que veía. Y, ¿dónde estaba la “Cara de la Luna”? esa “cara” que había mirado a todas las generaciones de hombres sobre la tierra? No, no era la luna; y sintió que los pelos se le erizaban en la cabeza.

El ruido de una puerta que se abría le hizo volverse. Un rectángulo de luz deslumbradora volvió a desaparecer al cerrarse otra vez la puerta, habiendo admitido la corpulenta forma de un hombre desnudo que, Ransom reconoció, era Weston. No pensó ni dijo ninguna frase de reproche a su secuestrador; imposible recurrir a tal convencionalismo con esa monstruosa órbita blanca encima de ellos. La mera presencia de un ser humano, de su posibilidad de compañía, quebró la tensión con que sus nervios habían estado resistiendo el abandonarse a la locura. Cuando pudo hablar, notó que sollozaba.

—¡Weston! ¡Weston! ¿Qué es eso? ¡No es la luna! ¡Es muy grande! No puede ser la luna ¿verdad?

—No, —replicó Weston—, es la tierra.

CUATRO

Ransom notó que se le aflojaban las piernas, y, de pronto, se dio cuenta de que había caído nuevamente sobre la cama. Sólo tenía conciencia de su miedo, sin atinar a conocer la causa. Un temor abstracto e infinito lo dominaba íntegramente. No perdió el conocimiento, aunque deseó poder haberlo hecho. Cualquier cambio, muerte o sueño o, mejor aún, un despertar que le indicase que todo era una pesadilla, hubiese sido muy bienvenido. Pero ningún cambio existió. No obstante, el control innato del hombre civilizado, las virtudes que son una semi hipocresía o la hipocresía que es una semi virtud, volvieron a él y pronto se encontró hablando a Weston con voz vacilante.

—¿Lo dice en serio? —preguntó.

—¡Es claro!

—Entonces, ¿dónde estamos?

—A aproximadamente ciento cincuenta mil kilómetros de la tierra.

—Es decir, ¿estamos en el espacio? —Ransom tuvo dificultad en pronunciar esa palabra, como un niño al hablar de un fantasma o un hombre aterrado por la palabra cáncer.

Weston asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Para qué? —inquirió Ransom— ¿Y por qué me han secuestrado? ¿Y cómo lo han hecho?

Por un instante, Weston pareció que no iba a contestar, pero luego, como si lo hubiese pensado mejor, se sentó sobre el borde de la cama, junto a Ransom, y dijo:

—Creo será mejor que trate de saciar su curiosidad ahora, porque de lo contrario nos volverá locos a preguntas durante un mes. Sobre cómo lo hemos hecho, supongo que quiere saber cómo funciona esta nave espacial. Y eso no vale la pena que se lo conteste. A menos que fuera usted uno de los cuatro o cinco científicos que aun viven y que entienden de esto, es imposible que comprendiera mi explicación, y si existiera la posibilidad de que estuviese en condiciones de comprenderla, me cuidaría muy bien de darle información alguna. Ahora, si le satisface repetir palabras sin significado alguno, como a la gente sin conocimientos científicos, le diré que estamos utilizando las propiedades menos conocidas de la radiación solar. En cuanto al motivo por el que estamos aquí, es que nos dirigimos a Malacandra...

—¿Malacandra? ¿Es una estrella?

—Espero no vaya a suponer que vamos más allá del sistema solar... Malacandra está mucho más cerca y estimo llegaremos en veintiocho días.

—Pero no existe planeta alguno con ese nombre —exclamó Ransom.

—Me he referido a él por su nombre verdadero y no por el que le han inventado los astrónomos de la tierra —replicó Weston.

—Pero... ¡eso no tiene sentido! —insistió Ransom— ¿Cómo diablos conocen ustedes el verdadero nombre?

—Sus habitantes nos lo han dicho.

A Ransom le llevó algún tiempo digerir esta explicación.

—¿Quiere decir que ustedes ya han estado en ese planeta, o estrella o como lo llamen?

—Si.

—No puede pedirme que me trague eso. —protestó Ransom—. ¡Maldito sea! Tal cosa sería algo súperextraordinario. ¿Cómo es que nadie se enteró? ¿Por qué no salió nada en los periódicos?

—¡Porque no somos tan idiotas!— replicó Weston irritado.

Tras un breve silencio, Ransom comenzó otra vez:

—Veamos, ¿cual es ese planeta según nuestra terminología? — pregunté.

—Entiéndame de una buena vez, —dijo Weston— No se lo voy a decir. Si al llegar, usted solo se da cuenta, perfecto, aunque, por lo que veo, no creo que sus conocimientos científicos le permitan tal cosa. Mientras tanto, no hay motivo alguno para que usted lo sepa.

—¿Y usted dice que ese lugar está habitado?.

Weston lo miró significativamente y asintió.

El estupor que esto produjo en Ransom se trocó enseguida en el enojo que había dejado de lado ante lo extraordinario de los acontecimientos y emociones que le habían tocado vivir.

—¿Y qué tiene que ver conmigo todo esto? —preguntó exaltado—. Me han traído por la violencia, me han narcotizado y me llevan, como prisionero, en esta máquina infernal. ¡Qué les he hecho! ¡Contésteme a eso!

—Podría retrucar y preguntarle por qué entró subrepticiamente en mi propiedad como un ladrón. Si no lo hubiera hecho, sin inmiscuirse en lo que no eran asuntos suyos, no estaría aquí ahora. Debo admitir sin embargo que hemos debido abusar de sus derechos, y mi única defensa es que los grandes propósitos justifican los pequeños contratiempos. Creemos estar haciendo algo que nadie ha intentado desde que existe la humanidad y quizá tampoco desde la creación del universo. Hemos aprendido a desprendernos de la partícula de materia que dio origen a nuestra especie; el infinito y quizá, por consiguiente, la eternidad, se ponen así en manos de la raza humana. Tras una breve pausa, agregó: —Usted no puede ser tan limitado como para pensar que los derechos o la vida de una persona, o de un millón de personas, tienen relevancia en comparación con esto.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo Ransom—. Y nunca lo he estado, ni siquiera con la vivisección. Pero no ha contestado mi pregunta: ¿para qué me necesitan? ¿De qué les sirvo yo en... Malacandra?

—Para eso no tengo respuesta, —respondió Weston— No fue idea nuestra; sólo obedecemos órdenes.

—¿Órdenes de quien?

Hubo otra pausa.

—Bueno, —dijo Weston después. No conducirá a nada proseguir esta conversación. Me hace usted preguntas a las que no puedo responder. En algunos casos, porque desconozco las respuestas y en otros, porque usted

no las entendería. Nuestro viaje será mucho más placentero si se resigna a su suerte y deja de preocuparse y de molestarnos. Sería todo más fácil si su filosofía no fuese tan insoportablemente estrecha e individualista. Yo creí que nadie podía dejar de sentirse inspirado por el rol que le ha tocado en suerte a usted: que aun un gusano, si pudiera comprender, iría orgulloso al sacrificio. Me refiero, es claro, al sacrificio de tiempo y libertad, y al correr cierto riesgo. No me interprete mal.

—Bueno, —dijo Ransom— usted tiene todos los naipes, y no hay nada que yo pueda hacer. En cuanto a *su* filosofía, la considero digna de un demente. Supongo que todo eso referente al infinito y a la eternidad significa que usted se considera plenamente justificado en hacer lo que quiera, absolutamente lo que quiera, aquí y ahora, por la remota posibilidad de que algunos seres descendientes del hombre puedan arrastrarse unos pocos siglos más por algún rincón del universo.

—Exactamente. Eso lo justifica todo —replicó el científico con severidad—. Y la opinión de los seres realmente educados será la misma, y tome nota de que no llamo educación a los clásicos y a la historia y a estupideces semejantes. Me alegro que usted haya traído el tema a colación, y le aconsejo que no olvide mi respuesta. Mientras tanto, si me sigue al cuarto contiguo, tomaremos el desayuno. Tenga precaución al levantarse; su peso aquí no es nada comparado con el que tenía en la tierra.

Ransom se puso de pie y su carcelero abrió la puerta. Instantáneamente, el cuarto se inundó de una deslumbradora luz dorada, que eclipsó totalmente la pálida luz que provenía de la tierra.

—Enseguida le daré anteojos oscuros —anunció Weston mientras lo precedía a la cámara de donde provenía ese fulgor. A Ransom le pareció que Weston caminaba cuesta arriba hasta el umbral, y que, al pasarlo, descendía hasta desaparecer del todo. Cuando lo siguió, cosa que hizo con cautela, tuvo la curiosa impresión de que caminaba hasta el borde de un precipicio: el otro cuarto parecía estar inclinado, de manera que la pared más distante quedaba casi en el mismo plano que el piso de la habitación que dejaba. Sin embargo, cuando se aventuró a dar un paso, se encontró con que el piso continuaba el nivel del anterior y, al entrar en el cuarto, las paredes repentinamente se enderezaron y el cielorraso redondo estuvo, normalmente, sobre su cabeza. Al mirar hacia atrás, notó que el dormitorio, a su vez, tenía ahora un plano inclinado y una de sus paredes se había transformado en cielorraso.

—Pronto se acostumbrará a esto, —dijo Weston—, siguiendo su mirada. —La nave es aproximadamente esférica y ahora que estamos fuera del campo de gravedad de la tierra, *"abajo"* significa, y se lo siente, el centro de nuestro pequeño mundo metálico. Naturalmente esto estuvo previsto, y se tuvo en cuenta al construir la nave. Su centro es una esfera hueca —la utilizamos como depósito— y la superficie de esa esfera es el piso sobre el que caminamos. Las cabinas están dispuestas en derredor; las paredes sostienen otra esfera, exterior, que, desde nuestro punto de vista, es el techo. Como el centro está siempre "abajo", el trozo de piso sobre el que estamos parados se nos presenta siempre horizontal y la pared a nuestro lado nos resulta vertical. Por el contrario, la esfera del piso es tan pequeña que uno siempre puede ver sobre su borde —lo que sería el horizonte si tuviésemos el tamaño de una pulga— por lo cual se ven los pisos y pared de

la cámara siguiente en un plano distinto. Lo mismo sucede en la tierra, naturalmente, sólo que no somos lo suficientemente altos como para notarlo.

Después de esta explicación, y en su característica manera; precisa y nada cordial, dio instrucciones para que Ransom se sintiese más cómodo. Este se quitó entonces todas sus ropas y se colocó una especie de cinturón de gran peso a efectos de reducir, en lo posible, la dificultosa sensación de ser tan liviano. Se colocó también gafas oscuras y pronto estuvo sentado, con Weston, ante una pequeña mesa y el desayuno. Sentía hambre y sed, y atacó con fruición lo que le ofrecían, que consistía en carne en lata, bizcochos, manteca y café.

Pero realizó todas estas acciones mecánicamente. Se había desnudado, y había comido y bebido casi inconscientemente, y lo único que recordó después de su primera comida en la nave fue la tiranía de la luz y el calor. Ambos estaban presentes con una intensidad que hubiese resultado intolerable en la tierra, aunque tenían una extraña cualidad. La luz era pálida para la intensidad que tenía; no era absolutamente blanca, sino del más leve tono dorado imaginable, y arrojaba sombras tan nítidas como un reflector. El calor, absolutamente libre de humedad, parecía golpear y estrujar la piel como un gigantesco masajista, no causaba somnolencia sino una intensa sensación de agilidad. Su jaqueca ya no existía; se sentía atento, audaz y magnánimo, como rara vez se había sentido en la tierra. Gradualmente se atrevió a levantar su mirada hacia las claraboyas. Estaban cubiertas por persianas de acero, salvo una delgada franja de vidrio, pero esa franja la tapaba una especie de cortina de material duro y oscuro. Y, sin embargo, era tan brillante que no se podía resistir el mirarla.

—Siempre pensé que en el espacio había oscuridad y frío —comentó.

—¿Y se olvidó del sol? —preguntó Weston despreciativamente.

Ransom continuó con su desayuno por unos momentos. Luego, observó:

—Si hay tanta luz al amanecer —y se contuvo, al ver la expresión de Weston. Le asaltó el temor: no había amaneceres aquí, ni noches, salvo el eterno mediodía que había llenado, durante siglos que trasponían los orígenes de la historia, tantos millones de kilómetros cúbicos. Miró a Weston otra vez, pero éste alzó su mano.

—No hable, —le dijo— Ya hemos discutido todo lo que fue necesario. La nave no transporta oxigeno suficiente para esfuerzos inútiles, ni siquiera para charlas inútiles.

Poco después se levantó, sin invitar a Ransom a que lo siguiera, y desapareció tras una de las muchas puertas que éste aún no había abierto.

CINCO

El período que pasó en la nave espacial debió haber sido de terror y ansiedad para Ransom. Distancias astronómicas lo separaban de todo ser humano, excepción hecha de dos en quienes tenía excelentes razones para no depositar su confianza. Se dirigía a un destino desconocido, y allí lo obligaban a ir con un propósito que sus captores se negaban a revelar. Devine y Weston se turnaban en introducirse en un cuarto vedado para

Ransom, donde éste suponía se encontraban los controles de la nave. En sus momentos libres, Weston permanecía casi constantemente callado. Devine era más locuaz y frecuentemente charlaba y reía con su prisionero, hasta que Weston les advertía, por medio de golpes en la pared, que no debían malgastar el aire. Si bien Devine no confiaba los secretos a Ransom, siempre estaba dispuesto a reírse del solemne idealismo de Weston en cuestiones científicas y decía que no le importaba un pepino el futuro de la especie humana ni el encuentro de dos mundos.

—Mi interés en Malacandra proviene de otras cosas, —agregaba con un guiño. Pero cuando le preguntaba a qué se refería, huía por la tangente con alguna observación satírica y parloteaba irónicamente acerca de las tribulaciones del hombre blanco y de las bendiciones de la civilización.

—¿Es verdad que está habitada? —insistía Ransom.

—¡Ah! estoy seguro que lo preguntas para saber si hay chicas lindas allí —le contestaba. Por lo general, sus tópicos de conversación eran las cosas que haría al regresar a la tierra: viajes en yate, las mujeres más caras y una gran mansión en La Riviera figuraban preponderantemente en sus planes. —Quiero sacar provecho a estos riesgos que estoy corriendo ahora.

Las preguntas directas que le formulaba Ransom acerca de las razones por las que lo llevaban, generalmente no obtenían respuesta alguna, aunque una vez en que estaba bastante bebido, admitió que Ransom llevaría la peor parte.

—Pero estoy seguro, —agregó— que tú no protestarás y lo aguantarás todo en nombre de la amistad que nos une desde nuestra época de estudiantes.

Todo esto, como he dicho, era poco tranquilizador, aunque lo extraño fue que Ransom no se sentía mayormente perturbado. Es difícil que un hombre se preocupe por su futuro cuando se siente tan bien como Ransom se sentía. Sobre un lado de la nave existía una noche constante, y del otro, un día que nunca terminaba. Ambos eran fascinantes y Ransom contemplaba a uno y al otro, maravillado. Por las noches, que él creaba moviendo la manija de una puerta, permanecía durante horas y horas observando, maravillado, a través de la claraboya. El disco de la tierra no se veía ya; las estrellas, abundantes como margaritas en el campo, reinaban perpetuamente, sin nube, luna o amanecer que les disputara su dominio. Había planetas de increíble majestuosidad y constelaciones jamás imaginadas. Veía zafiros, rubíes, esmeraldas y doradas joyas celestiales. En el extremo izquierdo se vislumbraba un cometa, pequeño y lejano; y entre todo ello y tras todo ello, mucho más enfático y palpable que desde la tierra, estaba el negro inconmensurable y enigmático. Las luces temblaban y parecieron aumentar su brillantez mientras Ransom las observaba. Mientras yacía desnudo en su cama, cual segundo Danae, noche tras noche comenzaba a creer más en la vieja astrología: imaginaba, y casi sentía, “esa dulce influencia” envolviendo y hasta penetrando su cuerpo sumiso. El silencio era completo, salvo por el musical tintineo. Ya había aprendido que ese ruido era producido por los meteoritos; diminutas y errantes partículas de materia que golpeaban continuamente contra esa esfera hueca de acero. Y suponía que, en cualquier momento, podrían toparse con una lo bastante grande como para transformar en meteoritos a la nave y a los que iban en

ella. Pero no podía sentir miedo y justificó a Weston al recordar que éste lo había considerado un simplote cuando fue presa del pánico al principio.

La aventura era demasiado grande, las circunstancias demasiado solemnes como para experimentar otra emoción que no fuese un extasiado deleite. Pero los días, es decir, las horas pasadas en el hemisferio soleado de su microcosmos, eran las mejores. Frecuentemente se levantaba tras dormir unas pocas horas, para volver allí, impulsado por una irresistible atracción, a las regiones luminosas; no cesaba de maravillarse ante ese mediodía que siempre lo aguardaba, no importa cuan temprano iba a buscarlo.

Allí, totalmente sumergido en un baño de purísimo y etéreo color y de una brillantez deslumbradora pero agradable, se extendía sobre el piso de la extraña carroza que lo transportaba a través de quietudes insondables, lejos del alcance de la noche. Con los ojos semicerrados, sentía que su cuerpo y su mente recibían nueva vitalidad. Weston, en una de sus breves y remisas respuestas, admitió una base científica para esas sensaciones: recibían muchos rayos que nunca penetraban la atmósfera terrestre.

Pero, a medida que transcurría el tiempo, Ransom detectó otra causa más espiritual para el bienestar y renovada vitalidad que experimentaba: una pesadilla, profundamente arraigada en la mente moderna por la mitología que arrastra la estela de la ciencia, se desvanecía gradualmente. Había leído algo acerca del "Espacio"; lo imaginaba un vacío oscuro, desolado, muerto, que separaba los mundos. Hasta ahora no sabía cómo tal creencia lo había afectado, ahora, en que el término "Espacio" parecía una injusta blasfemia para referirse a este empíreo océano de brillantez en que navegaban.

No podía llamarlo *"muerto"* ya que sentía que su mente y cuerpo absorbían de él nueva vida constantemente. ¿Cómo podía ser de otra manera, cuando de allí habían surgido los mundos y todas las manifestaciones de vida?

Lo había creído un lugar estéril: ahora veía que era el vientre materno de los mundos, cuyos radiantes e innumerables retoños miraban todas las noches hacia la tierra con tantos ojos, y aquí, ¡con cuántos más! No: "Espacio" era un nombre totalmente desacertado. Los sabios de antaño estuvieron más acertados cuando lo llamaron simplemente el cielo, el cielo glorioso, donde reinaban los

climas felices, sin duelo,
donde las sombras no invaden el suelo
en los vastos campos del cielo.

A menudo repetía, enternecido, las palabras de Milton, una y otra vez.

Naturalmente, no pasaba todo su tiempo echado al sol. Exploraba la nave (hasta donde le estaba permitido), pasando de cuarto a cuarto con esos lentos movimientos que Weston les imponía, para que el esfuerzo no consumiese innecesariamente su existencia de aire. Debido a su formato, la nave contenía más cuartos que los que podían utilizar normalmente; pero Ransom calculaba que sus ocupantes, o Devine especialmente, tenían la intención de ocuparlos con algún cargamento en el viaje de regreso. También, y a través de un proceso imperceptible, Ransom se transformó en el camarero y cocinero de la nave, por un lado debido a que consideraba natural y justo el realizar aquellas tareas que no le estaban vedadas (nunca

se le permitía entrar en la sala de controles), y, por el otro, para anticiparse a la tendencia que mostraba Weston en transformarlo en un sirviente sin requerir su conformidad. Prefería entonces trabajar como voluntario antes que como esclavo. Además, no le gustaba la forma como cocinaban los otros dos.

Realizando estas tareas escuchó, primero sin proponérselo y después con creciente alarma, una conversación que tuvo lugar unos quince días, según calculó, después de la iniciación del viaje. Había concluido de lavar la vajilla de la cena; se quedó un rato al sol, charló con Devine, que era mejor compañía que Weston, aunque le merecía peor concepto, y se fue luego a acostar, a la hora acostumbrada. Se sentía algo inquieto, y al cabo de una hora aproximadamente, se le ocurrió que había olvidado hacer algunas preparaciones que facilitarían su trabajo a la mañana siguiente. El compartimiento donde preparaba las comidas adyacente al que usaba como sala de estar, tenía una puerta, siempre cerrada, que comunicaba con el cuarto de controles. Se levantó y fue allí, desnudo y descalzo.

La claraboya de esa "cocina" daba al lado oscuro de la nave, pero Ransom no encendió la luz. El dejar la puerta entreabierta era suficiente, ya que dejaba pasar la radiante luz del sol. Como todo aquel que se encarga de tareas domésticas comprenderá muy bien, Ransom notó que las preparaciones que había hecho para el día siguiente estaban más incompletas de lo que había pensado. La práctica permitía que hiciese su trabajo bien y, por consiguiente, silenciosamente. Terminó esas tareas y estaba secándose las manos tras la puerta de la cocina, cuando oyó que la puerta del cuarto de control se abría y vio la silueta de un hombre contra ella, que sin duda era Devine. Este no entró a la sala de estar, sino que se quedó ahí, hablando. Fue así que Ransom, aunque podía oír claramente las palabras de Devine, no escuchaba lo que contestaba Weston desde los controles.

—Creo que será una tontera —decía Devine—. Si estuvieras seguro de que encontraríamos a esos brutos justo en el lugar de descenso, quizá sí. ¿Pero piensas si debemos hacer una caminata? Todo lo que ganaríamos con tu plan sería tener que cargar a un hombre drogado y a su equipaje, en lugar de dejarlo que camine y que lleve su carga.

El intervalo siguiente fue ocupado, presuntamente, por la respuesta de Weston.

—Pero es que no podrá averiguarlo —replicó Devine—, a menos que algún idiota se lo diga. Pero, aunque llegara a sospecharlo, ¿crees tú por ventura que un tipo así tendrá el coraje de huir, en un planeta desconocido? ¿Sin comida? ¿Sin armas? Ya veras que se pondrá bien manso con nosotros tan pronto se le aparezca un *Sorn.*

Aquí escuchó Ransom el sonido confuso de la respuesta de Weston.

—¿Y cómo voy a saberlo? —protestó Devine—. Puede que sea algún jefe. Una especie de cacique.

Esta vez fue muy breve lo que dijo Weston y, aparentemente, se trataba de una pregunta. Devine contestó enseguida:

—Eso explicaría el motivo por el que lo pidieron.

Weston le preguntó algo más.

—Un sacrificio humano, supongo. Claro que, bajo el punto de vista de *ellos,* no sería humano ¿verdad?

Weston pareció explayarse bastante ahora, y lo que dijo motivó el característico sarcasmo de Devine.

—Exactamente, exactamente —dijo—. Está bien claro que haces esto impulsado por los motivos más loables. Y mientras tus motivos conduzcan a los mismos fines que *mis* motivos ¡adelante con ellos!

Weston continuó, pero Devine pareció interrumpirlo al decir:

—¿No estás perdiendo tu valor, verdad? —Permaneció escuchando por unos momentos, y luego replicó:

—Si le tienes tanto cariño a estos brutos, quédate con ellos y procrea, si es que tienen sexo, cosa que aun no sabemos. No te preocupes. Al irnos, puedes quedarte con uno o dos y tenerlos como mascotas o para experimentación o para acostarte con ellos, o para hacer las tres cosas juntas... Sí, ya se... Es asqueroso. Sólo bromeaba. Buenas noches.

Unos instantes más tarde, Devine cerró la puerta, del cuarto de controles, cruzó la sala de estar y entró a su cabina. Ransom oyó que cerraba su puerta con llave de acuerdo a su invariable y extraña costumbre. En ese momento, se tranquilizó un poco. Había estado conteniendo el aliento, y ahora respiró profundamente otra vez. Luego, cautelosamente, entró a la sala de estar.

Aunque sabía que lo prudente sería regresar de inmediato a su cama, se encontró contemplando la ahora familiar gloria de la luz, con una nueva e intensa emoción. Pronto descenderían de estos felices climas, de este cielo, para llegar a... ¿donde? *Sorns,* sacrificios humanos, repugnantes monstruos asexuados. ¿Qué era un *sorn?* Su propio papel en la aventura era ahora suficientemente claro. Alguien o algo lo había pedido, no era probable que fuese a él en especial. Ese alguien deseaba una víctima, cualquier victima, de la Tierra. Había sido él el elegido porque Devine así lo había dispuesto. Por primera vez se dio cuenta —un tardío y sorprendente descubrimiento—, que Devine lo había odiado todos estos años tan intensamente como Ransom lo había odiado a él. Pero, ¿qué era un *sorn?...*

"Tan pronto se le aparezca un *sorn* se pondrá bien manso". Su mente, como tantas mentes de su generación, estaba bien provista de esos seres imaginarios que asustan a los niños. Había leído a H. G. Wells y a otros escritores. Su universo se pobló de horrores tales que la mitología antigua y medieval se habían quedado a la zaga en ese tipo de creaciones fantásticas. Abominables seres con aspecto de insecto, de crustáceo o de gusano, poseedores de tentáculos monstruosos, zumbantes alas, cuerpos formados por viscosos anillos. Serían la conjunción terrible de inteligencia sobrehumana y una insaciable crueldad. Todo eso sería posible en un mundo extraño. Los *sorns* serían... serían... no se atrevió a imaginarlo. Y él iba a ser entregado a ellos. En cierta forma, tal cosa era más terrible que ser atrapado por ellos. Entregado, ofrecido, abandonado a ellos.

En su imaginación vio varias monstruosidades incompatibles: ojos bulbosos, mandíbulas, cuernos, aguijones. Sus nervios parecieron crujir al pensar en cosas que lo horrorizaban: los insectos, las serpientes, los cuerpos viscosos, babosos. Pero la realidad podía ser peor aun: sería una *Otra Cosa* extra-terrenal, algo en lo que uno jamás había pensado, en lo que uno *jamás*

pudo haber pensado. En ese instante, Ransom tomó una decisión. Podía hacer frente a la muerte, pero no a los *Sorns.* Si se le presentaba la más leve posibilidad, debía huir al llegar a Malacandra. Morir de hambre, o aun caer en manos de los *sorns,* era preferible a ser entregado a ellos. Si huir era imposible, quedaba el suicidio. Ransom era religioso, y esperó que sería perdonado. Esa decisión le era inevitable, y pedirle que se opusiera a ella no estaba bajo su control. Sería como pedirle que cambiara el color de sus ojos. Sin vacilar, retornó sigilosamente a la cocina y se apoderó del cuchillo más filoso. Desde ese momento, nunca se separaría de él.

Se sintió tan exhausto por el horror que, cuando llegó a su cama, quedó de inmediato sumergido en un sueño profundo y negro.

SEIS

Al despertar se sintió mucho mejor, y hasta algo avergonzado de su terror de la noche pasada. Sin duda alguna, su situación era grave: no veía posibilidad de retornar vivo a la tierra, y sin embargo, podía afrontar a la muerte y dominar el temor irracional hacia ella. La verdadera dificultad consistía en el horror irracional, biológico, hacia los monstruos, y mientras estaba echado al sol después del desayuno pudo analizar sus miedos y sentirse preparado para enfrentarlos y aceptarlos. Creía que alguien que, como él, viajaba por los cielos, no debía permitir el que otros seres terrenales lo dominasen. Hasta tuvo la reflexión de que el cuchillo que tenía podía atravesar la carne de otros, además de la de él. Este estado belicoso era algo excepcional en Ransom. Como muchos hombres de su edad, no se creía muy valiente. La diferencia que halló entre los sueños heroicos de la adolescencia y la realidad de sus reacciones durante la guerra, había sido notable, y en consecuencia, posiblemente había considerado con demasiado pesimismo su grado de valentía y audacia. Quizás este momento actual de sobreponerse a sus complejos le duraría poco, pero debía aprovecharlo mientras durase.

Entretanto las horas se sucedían y el despertar seguía al sueño en ese día eterno, fue notando que se producía un cambio. La temperatura bajaba gradualmente, por lo cual volvieron a usar ropas y, más tarde, abrigada ropa interior. Pasó el tiempo, y tuvieron que recurrir a un calefactor ubicado en el centro do la nave, y también estuvo seguro, aunque el fenómeno era difícil de detectar, que la luz era menos agobiante que al principio del viaje. Tal cosa era cierta para el intelecto razonante, pero era difícil *sentir* que la luz disminuía e imposible considerar que iba oscureciendo porque, aunque bajaba su intensidad, su extra terrenal cualidad era la misma que cuando la vio por vez primera. Contrariamente a lo que sucedía en la tierra con la luz crepuscular, no se alteraba por la creciente humedad y los fantasmales colores del aire. Si se dividiese en dos su intensidad, lo que quedaba sería igual a lo que el total había sido, y si esa mitad se dividiese también en dos, el resto continuaría igual y así sucesivamente hasta llegar a esa distancia inimaginable que marcase su fin. Trató de explicar lo que pensaba a Devine, quien le contestó riendo:

—Como ese jabón que anuncian por la radio, ¿eh? ¡Puro jabón hasta la última burbuja!

Poco tiempo después, su normal forma de vida a bordo de la nave espacial comenzó a verse perturbada. Weston explicó que pronto empezarían a sentir la atracción de la gravedad de Malacandra.

—Eso significa —explicó—, que nuestro "abajo" dejará de ser el centro de la nave, y se transformará en Malacandra, que, desde nuestro punto de vista, será debajo del cuarto de controles. En consecuencia, los pisos de la mayor parte de las cámaras se transformarán en paredes o cielorrasos y una de las paredes será el piso. No le va a gustar ese cambio.

El resultado de ese anuncio, en lo que concernía a Ransom, fueron horas de intenso trabajo con Devine o con Weston, según cual de los dos estaba libre de sus tareas en el cuarto de controles. Los recipientes en que se almacenaba el agua, los tubos de oxígeno, las armas, las municiones y los víveres tenían que ser apilados sobre el piso junto a las paredes apropiadas y colocados sobre uno de sus costados, para que adoptasen una posición vertical tan pronto entrara en vigencia el nuevo "abajo". Mucho antes de terminar estas tareas, comenzaron a sentir molestas sensaciones. Al principio, Ransom creyó que sus brazos y piernas le comenzaban a pesar a consecuencia del ejercicio demandado por ese trabajo, pero, aún después de un descanso, los síntomas no se aliviaban. Se le explicó entonces que sus cuerpos comenzaban a aumentar de peso minuto a minuto, y que, cada veinticuatro horas, su peso total se duplicaba.

Era como la sensación que experimenta una mujer encinta, sólo que aumentada hasta tornarse casi insoportable.

Al mismo tiempo, el sentido de la orientación, que nunca era muy efectivo en la nave, parecían cada vez más. Desde cualquiera de las cámaras, el piso de la habitación contigua siempre se veía inclinado hacia abajo aunque se lo sentía nivelado; ahora se lo veía todavía en pendiente, pero también se lo sentía así. Si colocaban un cojín sobre el piso de la sala de estar, horas después encontraban que se había corrido unos tres centímetros hacia la pared. Los tres pasajeros comenzaron a indisponerse. Los síntomas comunes eran taquicardia, vómitos y jaquecas. La situación empeoraba hora tras hora, y llegó un momento en que solo podrían arrastrarse para pasar de una a otra cámara. Todo su sentido de la orientación desapareció en medio de una enfermante confusión. Había partes de la nave que habían quedado "abajo", en el sentido que sus pisos estaban ahora al revés y sólo una mosca podría haber caminado por ellos, aunque a Ransom ninguna parte le parecía tener su posición normal. Todo lo veía y sentía tergiversado. A todos estos malestares se sumó el vértigo, que jamás habían sentido hasta entonces en el viaje. Naturalmente, las tareas culinarias se abandonaron y únicamente lograban obligarse a ingerir, espaciadamente, algún bocado. El beber presentaba grandes problemas, ya que nunca estaban seguros de poder llevar la botella a sus bocas. Weston estaba más callado y taciturno que nunca, mientras que Devine profería extrañas blasfemias y maldecía a Weston por haberlos traído, mientras trataba de beber de una botella de whisky que estaba siempre en sus manos. Ransom se sentía dolorido, trataba de humedecer con la lengua sus resecos labios, se restañaba las heridas de sus rodillas y codos y rogaba porque todo ese suplicio llegase a su fin.

Llegó el día en que un lado de la esfera se convirtió, sin lugar a dudas, en el "abajo", y las camas y las mesas engrampadas colgaban, inútiles y

ridículas, de lo que era ahora un techo o una pared. Las puertas se convirtieron en puertas trampas, y abrían con dificultad. Los pasajeros se sentían pesados, como si sus cuerpos fuesen de plomo. Una vez que Devine preparó las ropas que usarían en Malacandra, no tuvieron más tareas que realizar, y permanecieron sentados sobre la pared de la sala de estar (que ahora era el piso), para observar el termómetro. Ransom notó que las ropas que usarían incluían gruesas camisetas, chaquetas forradas con cuero de oveja, guantes de piel y gorras con orejeras, pero Devine no le contestaba ninguna pregunta, centraba toda su atención en el termómetro y en gritar instrucciones a Weston, que permanecía en el cuarto de controles,

—¡Más despacio! ¡Más despacio! —repetía a los gritos—. ¡Más despacio, estúpido! En un par de minutos entraremos al aire. —Luego, con furia—. ¡Espera! ¡Déjame a mí!

Weston no replicaba y era extraño que Devine malgastara sus consejos. Posiblemente estaba totalmente fuera de sí, por el miedo o la excitación.

Y, de pronto, pareció que se hubieran apagado todas las luces del universo. Como si un demonio hubiese pasado una esponja sucia sobre el cristal de los cielos, el esplendor en que habían viajado tanto tiempo se volvió opaco, gris, triste. Desde donde estaban sentados no podían abrir las persianas ni las pesadas cortinas. Lo que había sido una carroza en raudo vuelo por los espacios celestiales, se convirtió en una caja oscura de acero apenas iluminada por la poca luz que entraba por una ventana casi cerrada, mientras descendía...

Caían de los cielos hacia un mundo y nada en toda su aventura afectó a Ransom tanto como ese pensamiento. ¡Se preguntó cómo era posible que hubiese creído que los planetas, y aun la tierra, eran islas de vida y de realidad flotando en un estéril vacío! Ahora, con una convicción que no lo abandonó jamás, vio los planetas, las “tierras” los llamaba en sus pensamientos, como agujeros en un cielo de vida, agujeros formados por residuos de materias pesadas y aire impuro que quedaron al desaparecer porciones del brillante, refulgente cielo. “Y sin embargo,” pensó “la luz termina detrás del sistema solar. ¿Queda allí el verdadero espacio, el vacío, la muerte?... A menos que... A menos que la luz visible sea también un agujero, la mera disminución de alguna otra cosa. De otra cosa que sea para el cielo eternamente iluminado como ese cielo lo es para las tierras muertas y oscuras...

Las cosas no siempre suceden como el hombre las espera. El momento de su llegada a un mundo desconocido, encontró a Ransom totalmente absorto en especulaciones filosóficas.

SIETE

¿Estás echando una siesta? —preguntó Devine— ¿Perdiste ya el interés en conocer nuevos planetas?

—¿Puedes ver algo? —le interrumpió Weston.

—No consigo abrir los postigones. ¡Malditos sean! —replicó Devine—. Será mejor que vayamos directamente a la escotilla.

Ransom despertó de sus meditaciones y observó a sus socios que trabajaban juntos a su lado, en la penumbra. Tenía frío, y su cuerpo, aunque en realidad mucho más liviano que en la tierra, todavía le resultaba intolerablemente pesado. Pero la vívida conciencia de su situación volvió a él; sentía temor, pero también curiosidad en mayor proporción. Quizá esto sería su muerte, pero ¡en qué imponente cadalso! De afuera comenzó a entrar aire frió y luz. Movió su cabeza con impaciencia para atisbar algo detrás de los dos hombres. Un momento después, consiguieron sacar la ultima tuerca, y pudo mirar a través de la escotilla.

Naturalmente, todo lo que pudo ver fue un suelo, un círculo color rosa muy pálido, casi blanco y no logró distinguir si estaba formado por vegetación muy rala, roca muy granulada o polvo. Enseguida, la figura de Devine llenó la abertura y Ransom tuvo tiempo de notar que portaba un revólver en la mano. "¿Para mí, para los *sorns* o para ambos?" se preguntó.

—Tu turno, —ordeno Weston.

Ransom inhaló profundamente y su mano fue hasta el cuchillo que ocultaba bajo su cinturón. Luego, sacó su cabeza y hombros fuera de la escotilla se inclinó y sus manos tocaron el suelo de Malacandra. Esa materia rosada era suave y elástica al tacto, como caucho; a las claras era algún tipo de vegetación. Instantáneamente, miró a lo alto, y vio un cielo celeste, como el de una clara mañana invernal en la tierra, y una gran masa de tono rosado más intenso que tomó por una nube...

—¡Vamos, sal afuera! —dijo Weston desde atrás.

Atravesó la escotilla y se puso de pie. El aire era frío pero soportable y le pareció que se le irritaba la garganta. Miró en su derredor y la misma intensidad de su deseo de abarcar ese nuevo mundo en una sola mirada lo confundió. Solamente vio colores, colores que rehusaban adoptar formas de cosas, aunque todavía no conocía nada como para ver algo, ya que es necesario tener idea de lo que se trata para saber distinguirlo. Su primera impresión fue la de un mundo pálidamente iluminado y coloreado, como manchas de acuarela. Luego, esa franja color celeste fue una extensión de agua, o de algo parecido al agua, que casi llegaba a sus pies. Estaban en la costa de un lago o río.

Weston pasó tras él, y Ransom, volviéndose, vio algo reconocible a corta distancia: una choza de diseño innegablemente terrestre pero hecha de extraños materiales.

—¡Son humanos! —exclamó asombrado—, ¿Construyen casas?

—Somos nosotros quienes las construimos —contestó Devine—. Tienes otra oportunidad para adivinar. —y sacando una llave del bolsillo, abrió un muy común candado colocado en la puerta de la choza. Con una sensación no claramente definida, si de desilusión o de alivio, Ransom se dio cuenta de que sus captores habían sencillamente regresado a su "campamento". Se comportaron como era lógico suponer. Entraron a la choza, abrieron las ventanas, husmearon el olor a cerrado, expresaron sorpresa al haber dejado el lugar con tanto desorden, y volvieron al exterior.

—Ahora, a ocuparnos del cargamento —ordeno Weston.

Ransom pronto se convenció de que iba a tener poco tiempo libre para dedicarse a las contemplaciones y ninguna oportunidad para huir. El

monótono trabajo de acarrear los víveres, ropas, armas e innumerables paquetes sin identificar desde la nave hasta la choza lo mantuvo vigorosamente ocupado por aproximadamente una hora, y en estrecho contacto con sus raptores.

Pero, sin embargo, algo aprendió. En primer lugar, aprendió que Malacandra era hermoso y no pudo menos que reflexionar cómo tal posibilidad nunca se le había ocurrido. La misma y extraña vuelta de la imaginación que le había hecho poblar el universo con monstruos, también le había enseñado a no esperar, en un planeta extraño, más que una desolación rocosa o una red de máquinas de pesadilla. No podía explicarse el por qué, ahora que lo meditaba. También descubrió que esa agua azul los rodeaba por tres lados, por lo menos, ya que su visión del cuarto lado estaba bloqueada por la enorme esfera en que habían viajado.

Por consiguiente, la choza se levantaba en el extremo de una península o de una isla. Poco a poco, también llegó a la conclusión de que el agua no se *veía* azul al reflejo de ciertas luces, como el agua de la tierra, sino que, en realidad, *era* de color azul, y se comportaba al impulso de la brisa en una forma que lo intrigaba, ya que sus olas eran sumamente raras. En primer lugar, la brisa no justificaba el que fueran tan grandes, pero eso no era todo. Le hicieron recordar cómo saltaba el agua en las pinturas de batallas navales, cuando caía una bomba en ellas, y entonces notó en qué consistía esa rareza: las formas que adoptaban no eran normales, sino que eran demasiado altas y angostas.

—¡Ataja! —le gritó Devine—. Ransom atajó el paquete y lo arrojó a Weston, que permanecía en la puerta de la choza.

Hacia un lado, el agua se extendía unos treinta metros, según calculó, pero resultaba difícil determinar una buena perspectiva en ese mundo extraño. Del otro lado, el curso de agua era mucho más angosto, unos cinco metros quizás, y parecía correr sobre un lugar playo, pero con fuerza y arremolinándose, emitiendo un sonido sibilante y menos ruidoso que en la tierra. Donde bañaba la costa opuesta, hasta cuya orilla descendía esa vegetación rosa blancuzca, existía un burbujeo que sugería la existencia de efervescencia. En los escasos y cortos momentos en que su trabajo se lo permitía, se esforzaba por vislumbrar algo de la orilla opuesta. Su primera impresión fue que se trataba de una enorme masa purpurea, que podría ser una montaña cubierta de brezo; del otro lado de la extensión mayor de agua, había algo semejante, pero allí podía ver por encima de esa mole, y distinguía formaciones extrañas de un blanco verduzco, demasiado irregulares para tratarse de edificios y sumamente estrechas y erguidas para ser montañas.

Más allá, había esas mismas formaciones que semejaban nubes rosadas. Sin embargo, se las veía muy sólidas para que lo fueran y, por otra parte, parecían no haberse movido desde que las viera al salir de la nave. Semejaban la parte superior de una enorme coliflor rosada, o como un fuentón con espuma de jabón de ese color, pero fuese lo que fuese, su forma y colorido eran maravillosos.

Sin haber saciado su curiosidad, dedicó ahora su atención a la orilla más cercana, del otro lado de la parte playa. Allí, la masa purpurea semejó, por un momento, los tubos de un órgano de iglesia, luego, como rollos de tela parados sobre una punta; después como un bosque de gigantescos

paraguas a quienes un fuerte viento hubiese abierto demasiado. Tenían un casi imperceptible movimiento, y de pronto, Ransom pudo saber de qué se trataba. Era vegetación color púrpura y, más concretamente, eran legumbres, pero legumbres enormes, que duplicaban el tamaño de un árbol, aunque aparentaban ser blandas y delgadas. Los tallos (no podía llamárselos troncos), eran redondos, lisos y sorprendentemente delgados y tenían una altura de unos ocho metros; luego, se abrían en una especie de vaina, no de ramas sino de hojas, que eran tan grandes como un bote salvavidas pero casi transparentes. Todo coincidía aproximadamente con la idea que tenía de un bosque submarino; las plantas, tan grandes y frágiles a la vez, parecían necesitar agua para sostenerse y se maravilló de que pudieran mantenerse erguidas sólo en el aire. Más abajo, entre los tallos, vio ese ocaso púrpura oscuro, moteado con pálida luz solar, que inundaba las profundidades del bosque.

"Hora de almorzar" anunció Devine repentinamente. Ransom enderezó sus espaldas. A pesar del aire seco y frío, tenía la frente humedecida. Habían trabajado mucho y estaba casi sin aliento. Weston apareció en la puerta de la choza y murmuró algo sobre que primero debían terminar la tarea, aunque triunfó la decisión de Devine. Se abrieron sendas latas de carne y bizcochos, y los hombres se sentaron sobre cajones de los varios que habían quedado desordenadamente ubicados entre la nave y la choza. A pedido de Devine y pese a la oposición de Weston, se sirvieron whisky mezclado con agua. Ransom notó que el agua provenía de los recipientes que habían traído y no de los lagos azules.

Como a menudo sucede, el cese de la actividad física dio lugar a que Ransom meditara sobre las emociones que había estado experimentando desde el descenso en Malacandra. Comer era casi imposible, aunque, por si se presentaba alguna oportunidad de huir, Ransom ingirió muchos más alimentos que lo que acostumbraba, y el apetito le volvió así como comía. Devoró todo lo que estaba a su alcance, y bebió todo lo que pudo, y el sabor de esa primer comida se asoció en su mente, para siempre, con lo fantástico de ese paisaje tranquilo, brillante, diáfano e incomprensible, de formaciones verdes altas y angostas, superficies deslumbrantes de aguas gaseosas azulada y rosadas corolas gigantes de pompas de jabón. Sentía temor de que sus compañeros notasen su extraño apetito y entrasen a sospechar, pero sus mentes estaban concentradas en otros asuntos; hablaban abstractamente, y frecuentemente cambiaban de posición, echando miradas hacia sus espaldas y escudriñando constantemente los alrededores. Ransom terminaba su último bocado cuando vio que Devine quedaba rígido como un perro de caza y colocaba su mano sobre el hombro de Weston para imponerle silencio. Ambos se miraron, asintieron con una inclinación de cabeza y se pusieron de pie. Ransom, terminando su whisky de un apresurado sorbo, también se levantó, quedando entre los otros dos. Los dos revólveres salieron a relucir, y lo encañonaron para indicarle que se dirigiese a la orilla de la angosta corriente de agua, mientras miraban y señalaban la otra orilla.

Al principio, Ransom no pudo ver claramente qué era lo que señalaban. Parecían levantarse allí plantas más esbeltas y de colorido más tenue que las que había en otros sitios, pero él apenas las notaba porque sus ojos buscaban con aprensión los monstruos; reptiles e insectos que las ideas modernas le habían sugerido. El reflejo sobre las aguas de objetos

blancos que antes no estaban lo sorprendió. Eran reflejos alargados, blancuzcos, que permanecían inmóviles sobre las aguas que corrían... cuatro o cinco... no, en verdad eran seis.

Alzó entonces la vista; y vio seis cosas blancas que permanecían allí. Cosas traslúcidas y alargadas, de la altura de dos o tres hombres. Su primera idea fue que eran las imágenes de hombres pintados o esculpidos por artistas primitivos. Había visto cosas semejantes en libros de arqueología. Pero, ¿de qué estaban hechos y cómo podían permanecer verticales, siendo tan delgados y largos en sus miembros inferiores, tan inflados en lo que sería el tórax. Eran como imágenes totalmente distorsionadas de bípedos terrestres, como vistos en los espejos cómicos de un parque de diversiones; No estaban hechos de piedra ni de metal, ya que parecían oscilar ligeramente, y entonces, con un shock emocional que borró la sangre de su rostro, vio que estaban vivos, que se movían, que avanzaban hacia él. Por un instante los miró, y aterrorizado vio sus rostros, delgados y anormalmente largos, con narices larguísimas y colgantes y bocas que caían, como derretidas, en una expresión de solemnidad espectral, demente. Entonces, se volvió para huir pero sintió que Devine lo sujetaba.

—¡Déjame ir! —gritó.

—¡No seas tonto! —le advirtió Devine entre dientes, amenazándolo con el arma. Mientras luchaban, una de esas apariciones envió su voz a ellos a través del agua. Una sonora voz retumbante que lo llenó todo:

—Quieren que crucemos a donde están —anunció Weston.

Ambos hombres obligaban a Ransom a avanzar, pero éste plantó firmemente sus talones en el suelo, encorvó su espalda y resistió, como lo habría hecho una mula. Desde el agua tiraban de él violentamente, para obligarlo a entrar en ella, y Ransom se oyó a sí mismo que gritaba desesperado. De pronto se oyó otro ruido mucho más fuerte y menos articulado que su voz, que provenía de los seres de la otra orilla. Weston gritó también, y mientras casi soltaba a Ransom disparó su revólver río arriba. Y en ese mismo momento Ransom supo el motivo.

Una línea de espuma, como la estela de un torpedo, avanzaba veloz hacia donde estaban, y en medio de ella, venía una bestia grande y brillante. Devine lanzó una maldición, resbaló y cayó al agua. Ransom vio entre ellos unas mandíbulas que se abrían y cerraban con ruido seco y oyó el ensordecedor estampido del revólver de Weston una y otra vez, mientras otro clamor atronador provenía de los monstruos en la otra orilla, quienes al parecer se decidían a cruzar el agua. Ransom no tuvo necesidad de adoptar una decisión: tan pronto como Weston lo soltó, huyó veloz, dejando atrás a sus captores, luego a la nave, hasta internarse en ese mundo totalmente desconocido. Cuando circundaba la esfera de metal, sus ojos encontraron una confusión de azules, púrpuras y rojos aunque no aminoró su marcha para investigar. Se encontró vadeando lugares donde el agua le llegaba a los tobillos, y gritó de dolor aunque sorprendido porque el líquido era tibio. En menos de un minuto llegaba a tierra seca otra vez y ascendió, tan rápido como podía, una empinada cuesta, hasta llegar y sumergirse en sombras purpúreas entre los gigantescos tallos de un bosque.

OCHO

Un mes de inactividad, una comida abundante y un mundo desconocido no ayudan a que un hombre corra mucho, y media hora después, Ransom caminaba, no corría, a través del bosque, con una mano sobre su costado tratando de aliviar el dolor y sus oídos atentos a cualquier ruido de sus perseguidores. El clamor de los disparos de revólver y de voces detrás de él (y no todas voces humanas) había sido reemplazado primero por los estampidos de un rifle y gritos de llamada a largos intervalos y, luego, por el más completo silencio. Lo único que podía ver en toda la extensión que sus ojos abarcaban eran los tallos de las grandes plantas que lo rodeaban, y que se iban perdiendo a la distancia en las sombras violáceas, y allá en lo alto, la múltiple transparencia de enormes hojas que filtraban la luz del sol, dejándola pasar con el aspecto de un crepúsculo esplendoroso y solemne. A intervalos, cuando podía, y volvía a correr; el suelo continuaba siendo blando y elástico, cubierto con esos vegetales gomosos que fueron lo primero que sus manos tocaron en Malacandra. Una o dos veces cruzaron velozmente su camino unos pequeños animalillos rojos, y, aparte de ellos, parecía no haber otra señal de vida animal en el bosque; nada que temer, excepto el encontrarse solo y sin provisiones ni armas en una floresta de vegetación desconocida, a miles o millones de kilómetros del alcance o del conocimiento del hombre.

Pero Ransom pensaba en los *sorns,* porque sin duda, aquellos eran los *sorns,* los seres a quienes lo habían destinado. No guardaban semejanza alguna con los horrores que su imaginación había conjurado, y por tal motivo, lo habían dejado atónito. Se remontaban más allá de las fantasías de Wells, hasta un complejo de terrores más primitivo, casi infantil. Gigantes, ogros, fantasmas, esqueletos... esos eran los seres que le habían hecho evocar. "Hombres de la bolsa" montados en zancos, pensó; "cucos" surrealistas de largos rostros. Al mismo tiempo, el pánico de los primeros momentos iba desapareciendo y ahora descartaba la idea del suicidio. Se proponía hacer frente a todo hasta el final. Dijo una oración y acarició su cuchillo. Sentía por sí mismo una extraña emoción de confianza y afecto, y se contuvo cuando se iba a decir: "Juntos lo arrostraremos todo."

El terreno se tornó algo escabroso e interrumpió sus meditaciones. Había estado ascendiendo una suave pendiente durante algunas horas, y a su derecha la cuesta era más empinada, pues aparentemente se calaba mientras bordeaba una colina. Su senda comenzó ahora a cruzar repetidas cuestas y hondonadas que eran sin duda las estribaciones de las regiones más altas que se levantaban a su derecha. No sabía por qué, pero las cruzaba, posiblemente debido a que un vago recuerdo de la geografía terrestre sugería que las partes más bajas y llanas lo llevarían a espacios abiertos entre bosques y lagos, donde sería probable que los *sorns* lo atraparan. Mientras continuaba cruzando esas cuestas, lo sorprendió lo empinadas que eran, aunque no resultaban difíciles de transponer. También notó que hasta los más pequeños terrones de ese suelo tenían una extraña forma, demasiado angostos, muy puntiagudos en la parte superior y muy pequeños en la base, y recordó que las olas de los lagos azules ofrecían esa misma particularidad. Alzando la mirada hacia las purpúreas hojas, vio allí repetido el mismo panorama de la perpendicularidad, sintió ese mismo esfuerzo de alcanzar la altura. Sus puntas no estaban dobladas hacia abajo pues, pese a su enorme tamaño, el aire parecía suficiente para soportarlas y

los largos corredores del bosque se levantaban hasta concluir en un loco diseño de hojas transparentes dispuestas en abanico. Y al recordarlo, recorrió su cuerpo un escalofrío: los *sorns* también tenían esa fantástica forma alargada.

Concluyó entonces que debía estar en un mundo más liviano que la tierra, donde se necesitaba menos fuerza y la naturaleza tenía libertad para seguir su impulso hacia las alturas. Esto le hizo comenzar a tratar de deducir dónde se encontraba. No podía recordar si Venus era mayor o menor que la Tierra, pero tenía la impresión que sería más caluroso que este lugar. Quizá estaba en Marte, o en la Luna. Al principio, rechazó la idea de que estuviese en la Luna, ya que, en tal caso, habría visto la Tierra en el cielo cuando descendieron, pero luego recordó haber leído que una cara de la Luna estaba siempre oculta desde la Tierra, y por lo tanto, él podría estar ahora de ese lado. Y esta idea, por ridícula que parezca, le hizo sentirse más solo y alejado de todo que nunca. Muchas de las hondonadas que cruzaba ahora estaban surcadas por corrientes de agua, azules y sibilantes, que se dirigían hacia los terrenos más bajos que tenía a su izquierda. Eran tibias, como el lago, y el aire sobre ellas también lo era, de manera que al subir y bajar por los costados de las hondonadas continuamente cambiaba la temperatura. Al llegar a la cima de una de esas cuestas notó que, por contraste, dentro de los bosques hacía bastante frío, y ese frío parecía ir en aumento. Al echar una mirada a su alrededor, observó que la luz también iba disminuyendo, y recordó que no había considerado la noche en sus cálculos. No sabía qué clase de noches serían las de Malacandra. Mientras contemplaba la creciente oscuridad, una ráfaga de viento frío atravesó los tallos purpúreos y los hizo oscilar, revelando una vez más el extraordinario contraste entre su tamaño y la flexibilidad y poco peso que aparentaban. En esos momentos comenzó a sentir hambre y cansancio, que antes no había experimentado debido a su preocupación y a sus temores. Con un estremecimiento, se dispuso a proseguir la marcha, mientras el viento aumentaba y las hojas gigantescas danzaban sobre su cabeza, dejando ver por instantes trozos de un cielo cada vez más pálido, hasta que, con creciente nerviosismo, vio aparecer una o dos estrellas. El bosque ya no estaba silencioso. Su mirada se esforzaba para ver, por si se aproximaba algún enemigo, y solamente descubrió cuan rápidamente las sombras descendían sobre él. Hacía mucho frío, por lo que ansiaba cruzar los arroyos debido al calor que desprendían.

Fue esto lo que le sugirió una posible protección con el frío que se iba tornando muy intenso. No veía necesidad de continuar la marcha, ya que muy bien podría estar caminando hacia un peligro, sin saberlo. Todo era peligroso, y caminando no estaba más seguro que permaneciendo en un lugar, y si se quedaba cerca de un arroyo la temperatura sería allí más confortable. Siguió andando en busca de una corriente de agua, y tuvo que ir tan lejos que comenzaba a temer haberse alejado de donde esta podría existir. Ya estaba dispuesto a volver atrás, cuando notó que el terreno descendía en pronunciada cuesta. Resbaló, recobró el equilibrio y se encontró junto a un torrente. Los árboles, porque no podía referirse a ellos por otro nombre, no juntaban sus copas en lo alto y el agua parecía ser algo fosforescente, por lo que no estaba muy oscuro allí. El declive de derecha a izquierda era muy pronunciado, y rememorando lo acostumbrado cuando se va de pic-nic, caminó río arriba en busca de un “mejor lugar”. El valle se tornó más profundo, hasta que llegó a una pequeña cascada. Observó que la

corriente de agua no era tan rápida como correspondería a ese declive, pero estaba muy fatigado como para meditar el fenómeno. El agua aparentaba estar más caliente que la del lago, posiblemente debido a que aquí se encontraba más cerca de la fuente subterránea de calor. Lo que deseaba saber era si se atrevía a bebería, porque la sed lo atormentaba, pero tenía un aspecto extraño y venenoso. No iba a bebería; estaba tan cansado que quizá se dormiría aunque no bebiese antes. Se arrodilló y lavó sus manos en el cálido torrente, para después acostarse en un hueco junto a la cascada. Entonces bostezó, se oyó a sí mismo bostezando. Ese familiar sonido, tan común en los dormitorios de las escuelas, de los campamentos y en todos los cuartos donde la gente duerme, tocó algo en su sensibilidad que le hizo sentir lástima por sí mismo. Levantó las rodillas y se abrazó las piernas, experimentando un amor físico, casi filial, por su propio cuerpo. Se llevó el reloj a la oreja y descubrió que se había detenido. Murmurando, casi sollozando, pensó en voz alta sobre la gente que se iba a acostar en el distante planeta Tierra, en sus casas, en clubs, en transatlánticos y en hoteles; hombres casados y niños pequeños, que dormían con ayas en sus cuartos, y hombres rudos oliendo a tabaco echándose sobre catres en sus camarotes de los buques de carga o de guerra. La tentación de hablar consigo mismo era irresistible... “Te vamos a cuidar, Ransom... No te abandonaremos, viejito.” Se le ocurrió que una de esas bestias con batientes mandíbulas podría vivir en esas aguas. “Tienes razón, Ransom.” —dijo a media lengua—. “Este no es lugar seguro para pasar la noche. Vamos a descansar un ratito hasta que te sientas mejor, y luego seguiremos caminando... Ahora mismo no... Dentro de un momento...”

NUEVE

La sed lo despertó. No sentía frío, aunque sus ropas estaban húmedas, y se encontró echado a la luz del sol, con la cascada a su lado, danzando y saltando, iluminada por todos los posibles tonos de azul mientras lanzaba extraños reflejos hacia las hojas del bosque. El considerar su situación, a medida que la pesadez del sueño lo dejaba, le provocó una angustia insoportable. Si hubiera mantenido su sangre fría, los *sorns* ya lo habrían matado. Luego, recordó con tremendo alivio que había un hombre vagando por el bosque, pobre diablo, con quien le gustaría encontrarse. Se acercaría a él y le diría: “Hola, Ransom”. Se detuvo, intrigado ¡Pero no! se trataba de él mismo: *él* era Ransom... ¿O no...? ¿Quién era el hombre a quien había conducido a una corriente tibia y lo había acostado, advirtiéndole que no bebiese esa agua extraña? Se trataba, sin duda, de un recién llegado que no conocía la comarca tan bien como él. Pero, a pesar del consejo de Ransom, ese hombre iba a beber ahora. Se acostó boca abajo sobre la orilla y hundió su cabeza en la tibia corriente. ¡El líquido era bueno! Tenía un marcado sabor mineral, pero era bueno, muy bueno. Bebió otra vez y se sintió mucho mejor. Eso de que había otro Ransom eran simples pamplinas. Sabía perfectamente que existía el peligro de la demencia, y se dedicó a concentrarse con fuerza en la realidad. Quizá, sin embargo, la demencia no importaba mucho. Quizá ya estaba loco y, en lugar de encontrarse en Malacandra, estaba bien a salvo acostado en un manicomio de Inglaterra. ¡Ah si esa fuera la realidad!... Se lo preguntaría a Ransom... ¡Maldición! Otra

vez su mente le jugaba esa triquiñuela. Se puso de pie, y echó a andar a paso vivo.

Esas alucinaciones se repitieron a cada pocos minutos mientras duró esta etapa del viaje. Aprendió a detener su mente, y a que las alucinaciones ganaran terreno, ya que era inútil preocuparse por ellas. Cuando terminaran, podría recobrar su cordura. Mucho más importante era el problema de la alimentación. Hundió su cuchillo en unos de los "árboles" y, como lo esperaba, resultó firme y blando como un vegetal y no duro como si fuese de madera. Cortó un trozo y ese gigantesco organismo vibró hasta su tope; era como poder sacudir el palo mayor de una nave a toda vela con una sola mano. Lo llevó a su boca y, aunque casi carecía de sabor, no era desagradable, y por unos minutos masticó contento. Pero masticaba y masticaba y nada sucedía. Era imposible tragarlo y sólo podía usarse como la goma de mascar. Entonces se resignó a utilizarlo en esa forma, a ese y a muchos otros trozos después, y eso fue mejor que nada.

Resultaba imposible proseguir la huida como una huida; inevitablemente, degeneraba en una caminata sin dirección ni rumbo, vagamente impulsada por la búsqueda de alimentos. Y esa búsqueda no era nada metódica, ya que desconocía si habría comida para él en Malacandra y también cómo reconocerla como tal, si la hubiera. Se llevó un gran susto esa mañana cuando, al atravesar un espacio bastante abierto, vio un enorme objeto gigantesco, amarillo, luego dos y luego una multitud, acercándose a él. Antes de lograr escapar, se encontró en medio de un rebaño de enormes animales cubiertos con largo pelo, algo parecidos a jirafas pero con la particularidad de que podían pararse sólo sobre sus patas traseras y avanzar trechos en esa posición. Eran más esbeltos y mucho más altos que las jirafas, y comían las hojas de las altas legumbres purpúreas. Lo vieron y lo miraron fijamente con grandes ojos acuosos, relinchando con ruidos graves y profundos pero aparentemente sin intenciones hostiles. El apetito que demostraban era voraz. En cinco minutos habían mutilado las copas de varios cientos de "árboles" y eso dejó paso a la luz del sol. Luego, siguieron su camino.

El episodio tuvo un efecto infinitamente reconfortante para Ransom, ya que le demostró que en el planeta existían otros seres vivientes además de los *sorns.* Había visto un tipo de animal bastante presentable, al cual quizá se podía domesticar y cuyo alimento el hombre posiblemente podría compartir. ¡Si le fuera posible trepar a esos "árboles"! Miraba en derredor buscando algún medio de hacerlo, cuando notó que la devastación causada por los herbívoros había abierto un claro arriba a través del cual pudo ver una colección de los mismos objetos blanco verduzcos que había observado del otro lado del lago al aterrizar.

Esta vez estaban mucho más cercanos y se los veía tremendamente altos, de manera que tuvo que echar su cabeza hacia atrás para poder ver su parte superior. Tenían aproximadamente la forma de la especie PYLONS, pero sólidos, de diferentes alturas y agrupados en forma aparentemente desordenada. Algunos terminaban en puntas, y desde allí, se veían agudas como agujas, mientras que otros, después de angostarse en la parte superior, se expandían otra vez formando esferas o plataformas que, a sus ojos terráqueos, parecían iban a caer de un momento a otro. Notó que los costados eran más ásperos y marcados con fisuras que lo que le había parecido al principio, y entre dos de ellos, observó una línea inmóvil pero

zigzagueante de luminosidad azul, que indudablemente, era una distante caída de agua. Fue esto lo que lo convenció de que esas cosas, a pesar de su rarísima configuración, eran montañas. Y con ese descubrimiento, lo extraordinario de lo que veía fue para él una sublime revelación. Aquí se confirmaba, fehacientemente, el *leit-motiv* de la perpendicularidad que los animales, las plantas y el suelo obedecían en Malacandra; era una congelada explosión de rocas, que saltaban y surgían hacia el cielo como chorros sólidos de alguna fuente de piedra, tan livianas que, solas, se sostenían en el aire, y tan delgadas y enhiestas, que todas las montañas de la tierra parecerían apoyadas sobre uno de sus lados.

Pero un instante después, sintió que el corazón se le detenía. Contra el pálido fondo de las montañas y muy cerca de él, porque las montañas parecían estar a escasos 300 metros, apareció una forma que se movía. Enseguida se dio cuenta de qué se trataba, al verla avanzar lenta y, le pareció, sigilosamente, entre dos de las plantas comidas, con su estatura gigantesca, la delgadez cadavérica, el largo, derretido perfil de un *sorn.* La cabeza era estrecha y cónica; las manos o patas, que usaba para apartar los tallos de su paso, eran delgadas, con dedos como patas de araña, y casi transparentes. Ransom se sintió seguro de que venía buscándolo, y todas estas vivencias las tuvo en lo que sólo pareció un segundo de tiempo. La terrible imagen apenas se había fotografiado en su cerebro cuando Ransom echó a correr tan ligero como pudo para internarse en el espesor de la floresta.

No tenía otro plan más que el de poner la mayor distancia posible entre él y ese *sorn.* Deseó con todas sus fuerzas que solamente hubiese uno; quizás el bosque estaba poblado de ellos... quizá tuvieran la inteligencia suficiente como para rodearlo... Pero no había más nada que hacer que correr y correr, con el cuchillo en la mano. El miedo lo había activado; emocionalmente se sentía atento y alerta, y preparado, tan preparado como jamás lo estaría, para el último juicio. Su fuga lo llevó pendiente abajo a una velocidad cada vez mayor y, pronto, el declive fue tan marcado que si su cuerpo hubiese estado afectado por la gravedad de la Tierra, se hubiera visto obligado a moverse sobre sus manos y rodillas. Entonces, vio algo brillante delante de él. Un minuto después había salido del bosque y estaba en la orilla de un ancho río, hiriendo sus ojos el fulgor del sol y de las aguas. El paisaje era igual al que había visto al llegar a Malacandra: chato, con ríos, lagos, islas y promontorios.

No escuchaba ruido alguno de su perseguidor. Se acostó boca abajo y bebió, maldiciendo ese mundo donde parecía no existir agua *fría.* Luego, se quedó quieto para escuchar y recobrar el aliento. Sus ojos miraban el agua azul, que estaba agitada, con círculos concéntricos y burbujas que danzaban muy cerca suyo. De improviso, el agua se infló y una cosa redonda, negra y brillante, como una bala de cañón, comenzó a surgir de las aguas. Entonces, distinguió que tenía ojos y boca; una boca hinchada, con burbujas haciendo de barba. Y siguió apareciendo, elevándose. Era intensamente negra y lustrosa. Finalmente, se echó sobre la superficie del agua y pareció nadar hasta la costa, donde se levantó, humeante, sobre sus patas traseras. Debía tener más de dos metros de alto y era en extremo delgada, como todo lo que existía en Malacandra. Su piel estaba cubierta de pelo grueso y negro, como el de las focas; las patas traseras, muy cortas, tenían membranas entre los dedos; la cola ancha, como la de un castor o un pez; sus miembros

delanteros eran fuertes, con garras o dedos también unidos por membranas y en medio del vientre tenía algo que Ransom supuso eran sus órganos genitales. Parecía algún monstruoso pingüino, o quizá un ornitorrinco, con algo de foca también. La esbeltez y flexibilidad de su cuerpo sugerían, al mismo tiempo, un gigantesco armiño. Su enorme cabeza, con largos pelos y barbas, era lo que más recordaba a una foca, aunque su frente era más alta y la boca más pequeña que la de ese mamífero.

Llega un momento cuando las acciones del miedo y las precauciones son cosas puramente convencionales y el fugitivo ya no las experimenta con terror o desesperanza. Ransom permaneció inmóvil, apretándose tanto como pudo sobre los yuyos, obedeciendo a una idea totalmente teórica de que así podría pasar desapercibido. Sus emociones no eran muchas. En cierta forma objetiva e impersonal, presentía que ese era el fin de su historia: atrapado desde tierra por un *sorn* y por una bestia negra desde el agua. Es verdad, no obstante, que tenía una vaga idea de que las fauces y boca de la bestia no eran las de un carnívoro, aunque sabía que sus conocimientos de zoología no le podían garantizar una certeza completa.

Sucedió entonces algo que cambió totalmente su estado mental. La bestia, que aun desprendía vapor y se sacudía en la orilla, y que, por lo visto, no había notado la presencia de Ransom, abrió su boca y comenzó a lanzar sonidos. Esto no hubiese sido nada raro salvo que, los estudios sobre lingüística que había realizado toda su vida, indicaron enseguida a Ransom que eran sonidos articulares. El monstruo *hablaba;* tenía un idioma. Si el lector no es filólogo, tendrá que imaginar la reacción de tal científico al notar esto, y las prodigiosas consecuencias emocionales que produjeron en Ransom. Había visto un mundo nuevo, pero un idioma que no era humano sino enteramente nuevo y extra terrestre era algo distinto. No se le había ocurrido pensar en esto en relación a los *sorns,* y en ese momento la idea relampagueó en su mente como una revelación. La pasión por saber es una especie de locura, y en la fracción del segundo que le llevó a Ransom convencerse de que el monstruo hablaba, su imaginación salteó sus temores y esperanzas para especular sobre el fantástico proyecto de preparar una gramática *malacándrica,* a pesar que sabía que en ese instante podía encontrar su muerte. “Introducción al Idioma Malacándrico” “El Verbo Lunar” “Diccionario Abreviado de la Lengua Malacándrica”... los títulos desfilaron velozmente por su mente. ¡Y qué sorprendentes, extraordinarios descubrimientos podrían hacerse conociendo el idioma de una raza no humana! ¡La forma misma o raíz del idioma, el principio que está detrás de todos los idiomas del universo! ¡El secreto podría estar en sus manos! Inconsciente de lo que hacía, se apoyó sobre los codos y miró a la negra bestia. Esta acalló su voz. Su enorme cabeza en forma de bala se volvió hacia él y lo miró con lustrosos ojos color ámbar. Minuto tras minuto, y en absoluto silencio, los representantes de dos especies tan distantes se miraron al rostro.

Ransom se arrodilló. La bestia dio un salto hacia atrás, vigilándolo intensamente, y quedó inmóvil otra vez. Luego, dio un paso adelante, ante lo cual Ransom se levantó de un salto y retrocedió, pero no lejos, ya que la curiosidad era más fuerte que su temor. Armándose de valor, avanzó hacia el monstruo con una mano extendida. La bestia interpretó mal el gesto y retrocedió hasta el agua, y Ransom vio que comprimía los músculos bajo su lustrosa pelambre, alistándose para un movimiento súbito. Pero no hizo

nada más, ya que también la dominaba la curiosidad. Ninguno de los dos se atrevía a dejar que el otro avanzase y, no obstante, ambos sentían el impulso de acercarse al otro, y accedieron a él. Fue tonto, terrible, subyugante e insoportable; todo a la vez. Era más que mera curiosidad. Era una especie de flirteo, como el encuentro del primer hombre con la primera mujer en el mundo; quizá algo que iba aún más allá que eso; tan natural es el contacto de los sexos, tan limitado el estupor que provoca, tan ligera la indecisión inicial, tan poca la repugnancia que sugiere, en comparación con el éxtasis del primer acercamiento real de dos especies distintas pero racionales.

El monstruo inesperadamente se volvió y comenzó a alejarse, mientras Ransom sentía una desilusión lindante con la desesperación.

¡Vuelve! Le gritó en inglés. La bestia se volvió hacia él, extendió sus brazos y habló otra vez en su incomprensible idioma, para luego continuar su marcha, alejándose. No había andado más de quince metros, cuando Ransom vio que se detenía para levantar algo del suelo. Entonces volvió. En su mano (Ransom ya consideraba "mano" a su membranosa pata delantera) llevaba lo que parecía ser una concha, como de una ostra, pero más redondeada, como media esfera. La sumergió en la corriente y la levantó llena de agua. Luego la llevó hasta la mitad de su propio cuerpo y pareció que vertía algún líquido en ella. Ransom pensó con repugnancia que estaba orinando, pero, enseguida, notó que las protuberancias que se veían en el vientre de la bestia no eran sus órganos genitales ni ningún otro tipo de órganos; usaba una especie de cinto del que colgaban varios objetos semejantes a bolsas, y estaba agregando unas pocas gotas del líquido contenido en esas bolsas al agua recogida en la concha. Después de hacerlo, la llevó a sus negros labios y bebió, no echando su cabeza hacia atrás como una persona, sino inclinándola y absorbiendo, como un caballo. Al terminar de beber, volvió a llenar la conchilla de agua, le agregó gotas de una de las bolsas, que parecían ser botellas de piel, y, con sus dos manos, ofreció la bebida a Ransom. La intención era obvia. Vacilante, casi con timidez, Ransom se le aproximó y tomó la copa. Las yemas de sus dedos tocaron la membrana rugosa de las manos de ese ser y un escalofrío indescriptible recorrió su cuerpo, en una mezcla, de atracción y repulsión. Y luego bebió. Fuese lo que fuese, lo que se había agregado al agua era definitivamente alcohólico; nunca había disfrutado tanto de un trago.

—Muchas gracias —dijo en inglés—. Le estoy muy agradecido.

El monstruo se golpeó el pecho y lanzó un sonido, sin que, al principio, Ransom comprendiese el significado. Pero luego entendió que quería decirle su nombre, presumiblemente el nombre de su especie.

—*"Jross,"* —dijo—, *"Jross,"* —y pareció aletear con sus brazos.

—*"Jross,"* —repitió Ransom, señalándolo, y luego añadió: "Hombre" y golpeó su propio pecho.

—*"Mmbre... Mmbre... Mbre,"* lo imitó el *Jross.* Levantó un puñado de tierra, de la parte en que estaba descubierta entre yuyos y el agua, en la orilla.

—*"Jandra"* —dijo. Ransom repitió la palabra, y luego se le ocurrió una idea.

—"*¿Malacandra?"* dijo en tono inquisitivo. El *jross* extendió sus brazos e hizo que sus ojos abarcaran todo el paisaje. Ransom progresaba. *Jandra*

era el elemento tierra; *Malacandra* la "tierra" o planeta en que estaban. Pronto iba a poder averiguar el significado de *Malac.* Mientras tanto, tomó nota de que "Después de la C, la J desaparece", y aprendió su primera lección de fonética malacándrica. El *jross* trataba ahora de enseñarle el significado de *Jandramita.* Ransom reconoció la raíz *jandra* otra vez (y observó que existían sufijos y prefijos), pero esta vez no pudo comprender los gestos del *jross* y quedó en la oscuridad en cuanto al significado de esa palabra. Tomó entonces la iniciativa, abriendo su boca, señalándosela y haciendo la pantomima de comer. La palabra malacándrica equivalente a *comer* o *comida,* que enseguida aprendió, le reveló que contenía consonantes irreproducibles por la boca humana y, continuando con su mímica, trató de explicar que su interés en el término era práctico además de lingüístico. El *jross* lo comprendió, aunque le llevó bastante tiempo hacerle entender a Ransom que quería que lo siguiese, hasta que al fin lo consiguió.

Lo llevó hasta donde había levantado la conchilla y aquí, con asombro no muy justificable, Ransom vio un bote amarrado. Con una deducción muy humana, el ver el artefacto lo convenció más que nunca de que el *jross* era un ser racional, y lo admiró más aún porque el bote, a pesar de ser muy alto y estar fabricado con material muy delgado y endeble (cosa normal en Malacandra) tenía mucho en común con un bote de los que se ven en el planeta Tierra. Sólo que después se hizo la pregunta: ¿"Y qué otra forma podría tener un bote"?

El *jross* extrajo un plato ovalado de material duro pero algo flexible, lleno de una especie de fideos esponjosos, color naranja, y se lo dio a Ransom. Este cortó unos trozos con su cuchillo y comenzó a comer, primero con vacilación y luego vorazmente. Tenían un sabor semejante al de las habichuelas, pero más dulzón, y eran más que adecuados para un hombre medio muerto de hambre. Cuando sació su apetito, la realidad de su situación volvió a asaltarlo con angustiosa fuerza. La enorme bestia sentada junto a él, semejante a una gigantesca foca, era cual una imagen evocada por la demencia. Su actitud no era en absoluto hostil ni amenazante; pero era un monstruo, un monstruo grande, negro, y totalmente misterioso para él. ¿Qué relación tendría con los *sorns*? ¿Y, era realmente tan racional como parecía?

Le llevó a Ransom mucho tiempo descubrir cómo encarar estos repentinos ataques de desaliento y desconfianza. Se producían cuando el raciocinio del *jross* lo tentaba a pensar en él como en un hombre. Entonces, se tornaba en un ser abominable: un hombre de casi dos metros y medio de alto, con un cuerpo que recordaba el de un reptil, cubierto como su cara de gruesa pelambre negra, y con bigotes como un gato... Pero, si las cosas se consideraban desde el lado opuesto, tenía un animal con todo lo que un animal debe tener: pelambre lustrosa, ojos acuosos, buen aliento y dientes blanquísimos, y, encima de todo esto, y como si el paraíso nunca se hubiese perdido y los sueños y las fábulas fuesen ciertos, poseía el encanto de la palabra y del razonamiento. Nada podía ser más repugnante que la primera impresión; nada más delicioso que la segunda. Todo dependía del punto de vista.

DIEZ

Cuando Ransom terminó de comer, su anfitrión se levantó y entró al bote; introdujo primero la cabeza hasta que sus manos se apoyaron en el fondo mientras el resto de su cuerpo permanecía en tierra. Luego completó la operación levantando toda su parte trasera poco más de un metro en el aire y, torciéndose, se acomodó en el bote diestramente, con una agilidad que cualquier animal terrestre de sus dimensiones le habría envidiado.

Pero volvió a salir del bote y lo señaló, comprendiendo Ransom que quería siguiera su ejemplo. El *jross* podría sacarlo de muchas dudas, pero por el momento no podía formularle sus preguntas. Principalmente, le interesaba saber si los *jrossa* (más tarde descubrió que esta era la forma plural de *jross)* eran la especie dominante en Malacandra y si los *sorns,* a pesar de sus formas más humanas, eran una semi-inteligente clase de ganado. Deseó fervientemente que fuera así. Existía también la posibilidad de que los *jrossa* fuesen animales domésticos de los *sorns,* en cuyo caso estos tendrían una inteligencia sumamente desarrollada. Automáticamente, asociada la inteligencia sobre humana con un cuerpo monstruoso e instintos crueles. Se le ocurrió también que subir al bote podría significar el encontrarse con los *sorns* al final del viaje y tener que someterse a ellos, aunque, ¿quién le aseguraba que el aceptar la invitación del *jross* no representase alejarse de la región infectada de sorns? Al ver que Ransom no subía al bote, y posiblemente creyendo que no entendía sus gestos para que lo hiciera, el *jross* redobló sus esfuerzos para que comprendiese, por lo cual Ransom accedió a embarcarse. A su resistencia y a su temor se opuso el anhelo de aprender su idioma y de convivir con algo tan opuesto a él, a experimentar esa prodigiosa aventura.

La proa era muy alta, pero el bote carecía de quilla, por lo cual apenas tocaba el agua. Estaba amarrado por algo semejante a una cuerda, pero el *jross* simplemente la separó en dos partes, como si hubiese sido plastilina; se sentó sobre el piso (no tenía asientos) y tomó un remo enorme. Ransom se preguntó cómo podría la bestia manejarlo, ya que era tan grande, pero recordó una vez más la escasa atracción de la gravedad en ese planeta. Debido a su altura, el *jross* podía remar fácilmente estando sentado, a pesar de la alta proa, y lo hacía rápidamente.

Durante varios minutos navegaron por un arroyo de no más de setenta metros de ancho, bordeado por los árboles purpúreos, hasta doblar un recodo que los llevó a un lugar mucho más extenso, que parecía un gran lago o quizá un mar. El *jross* remaba ahora con sumo cuidado, modificando el rumbo continuamente y alejándose de la costa. Ransom no podía mirar las refulgentes aguas azules sin encandilarse, y, como desprendían tanto calor, se quitó su gorra y la chaqueta, ante el asombro del monstruo.

Se puso de pie con cautela y escudriñó el horizonte de esos parajes. Había algunas islas pequeñas y el resto era sólo el brillante lago. El sol estaba casi en su cénit (se encontraban en la región tropical de Malacandra). En las costas visibles notaba los gigantescos yuyos color púrpura, y detrás, muros quebrados formados por las montañas verdosas, a las que se resistía a llamar montañas por ser tan altas, aguadas, estrechas y por desobedecer, al menos aparentemente, a las más elementales leyes del equilibrio. Hacia estribor parecían estar a poco más de un kilómetro de la orilla, pero a babor se las veía muy distantes, aunque siempre imponentes. Estaban, en

realidad, navegando por un majestuoso cañón inundado, de casi quince kilómetros de ancho y de una longitud desconocida. Detrás de las cumbres, y, en algunos lugares encima de ellas, observaba concentraciones de esa substancia roja y rosada que el día anterior había supuesto eran nubes. Observó también que las montañas parecían carecer de ladera opuesta y eran más bien la fachada de extensísimas mesetas que se levantaban en todo el horizonte, con otras elevaciones rocosas sobre ellas en algunos lugares. Sólo el cañón inundado por donde él navegaba ahora cortaba el planeta, cual un surco o grieta entre las mesetas.

Mediante signos y gesticulaciones trató de preguntar qué eran esas masas rosadas semejantes a nubes, pero le resultó difícil hacerse entender. El *jross,* deshaciéndose en ademanes (sus brazos eran sumamente flexibles y se movían como látigos), pareció comprender que se lo interrogaba acerca de las mesetas en general, y dio a entender que se llamaban *jaranda.* La parte cubierta de agua, o sea el valle o cañón, parecía denominarse *jandramit,* y Ransom sacó sus conclusiones: *jandra* tierra; *jar andró,* tierra alta, montaña; *jandramit* tierra baja, valle. Es decir, tierras altas y tierras bajas. Tiempo después de esto Ransom aprendió la especial importancia de esta diferenciación en la geografía de Malacandra.

Para entonces, el *jross* había llegado al fin de su cuidadosa travesía. Distaban unos tres kilómetros de la Tierra cuando dejó de remar y se mantuvo atento, con el remo levantado; en ese mismo momento, el bote tembló y salió disparado hacia adelante, como de una catapulta. Aparentemente, estaban utilizando la fuerza de alguna corriente. En pocos segundos, habían alcanzado una velocidad de aproximadamente veinte kilómetros por hora y el bote se levantaba y descendía sobre las extrañas olas de Malacandra, en un movimiento brusco muy distinto al provocado por los mares de la tierra, por más agitados que estuviesen. A Ransom le hizo recordar su desastrosa experiencia practicando trote inglés en el ejército y tal movimiento le resultó del todo desagradable. Se aferraba con la mano izquierda a la borda, y con la derecha se secaba la frente, ya que la humedad caliente del agua se le hacía muy molesta. Se preguntó si los alimentos de Malacandra, y, más aun, si las bebidas de Malacandra, eran verdaderamente digeribles por el estómago humano. ¡Gracias a Dios era un buen marino! Por lo menos, tenía algo de buen marino. Por lo menos…

Rápidamente se inclinó sobre la borda. El calor del agua azul le golpeó la cara; le pareció ver anguilas jugando en la profundidad, anguilas largas y plateadas. Lo peor no sucede una, sino muchas veces. En medio de su indisposición recordó la vergüenza de cuando había vomitado en una fiesta infantil… hacia ya muchos años, en la estrella donde había nacido. Y ahora sintió una vergüenza similar. Era indigno que un representante de la humanidad ofreciera ese lamentable aspecto en su presentación a otra especie. ¿Vomitarían también los *jrossa?* ¿Sabría ese ser qué le estaba sucediendo? Agitado y quejándose, se enderezó otra vez y notó que el *jross* lo observaba, pero sin ningún tipo de expresión; pasó mucho tiempo antes de que aprendiese a leer un rostro de Malacandra.

Mientras tanto, parecía que la corriente ganaba velocidad. Trazando una enorme curva, avanzaron a través del lago hacia su centro, luego hacia un costado otra vez, para salir nuevamente disparados hacia el medio, en locas espirales y trazando ochos, mientras los bosques purpúreos y las montañas pasaban vertiginosamente y Ransom asociaba su sinuoso rumbo

con el repugnante movimiento de las anguilas. Iba perdiendo con rapidez todo su interés en Malacandra; la diferencia entre la Tierra y otros planetas le parecía insignificante en comparación con la terrible distinción entre tierra y agua. Se preguntó con desesperación si el *jross* habitualmente viviría sobre el agua. Quizá iban a pasar la noche en este detestable bote…

Pero su sufrimiento no duró mucho. Llegó un bendito momento en que cesaron el agitado movimiento y la velocidad, y notó que el *jross* remaba ahora con rapidez. Estaban aún flotando, con costas muy cerca de ambos lados; entre ellas un angosto canal por el que el agua corría y silbaba furiosamente. Sin duda, un rápido. El *jross* dejó el bote de un salto, haciendo que gran cantidad de esa agua caliente salpicara y cayese dentro del bote. Ransom, con más cautela y temblorosamente, salió del bote y notó que el agua le llegaba a las rodillas. Con asombro vio que el *jross,* sin demostrar esfuerzo alguno, levantó el bote y se lo colocó sobre su cabeza, y, sosteniéndolo con una de sus patas delanteras, se encaminó hacia la orilla cual diosa griega. Caminaron, si es que podría así llamarse al ondulante movimiento de las cortas patas traseras del *jross* y de sus flexibles caderas, junto al canal. En pocos minutos, Ransom vio un nuevo paisaje.

El canal era en efecto un rápido, el primero de una serie por los que el agua descendía bruscamente durante casi un kilómetro. El terreno bajaba delante de ellos y el cañón, o *jandramit,* continuaba en un nivel mucho más bajo. Las paredes, no obstante, no descendían con él, y de esta nueva ubicación Ransom tuvo una noción más clara de esa geografía. A izquierda y derecha veía esas tierras altas, a veces cubiertas de las formaciones rojizas que tomaba por nubes, pero más frecuentemente desnudas, pálidas y yermas hasta el horizonte. Los picos montañosos sólo parecían ahora el costado o borde de las mesetas, rodeándolas, como los dientes del maxilar inferior rodean a la lengua. Lo sorprendió el vivido contraste entre *jaranda* y *jandramit.* Como un collar de joyas, la profunda garganta se abría allí abajo, púrpura, azul zafiro, amarillo y rosado claro, un alto relieve de tierra boscosa y de aguas que aparecían y desaparecían. Malacandra se parecía menos a la Tierra de lo que antes había supuesto. El *jandramit* no era un verdadero valle que se elevaba y descendía con la cadena montañosa a la que pertenecía. En realidad, no pertenecía a ninguna cadena montañosa. Era sólo una enorme grieta o zanja, de distintas profundidades, que corría a través de la alta *jarandra;* y comenzaba a sospechar que ésta era la verdadera "superficie" de ese planeta, y, por cierto, un astrónomo terrestre la tomaría por tal cosa. El *jandramit* parecía no tener fin; se extendía sin interrupción alguna y casi completamente horizontal, como una línea de color que se angostaba con la distancia hasta unirse al horizonte formando allí una muesca en forma de V. Delante de él se extendía por lo que parecían ciento cincuenta kilómetros, y Ransom calculó que, desde el día anterior, habían recorrido unos cuarenta o cincuenta kilómetros.

Descendían junto a los rápidos y, al llegar a donde el agua volvía a correr horizontalmente, el *jross* depositó sobre ella a la embarcación. Ransom fue así aprendiendo las palabras equivalentes a botes, rápidos, agua; sol y cargar; esta última mereció su especial atención, ya que era el primer verbo que aprendía. El *jross* se esforzaba para hacerle comprender una asociación o relación, repitiendo pares de palabras en contraste: *jrossa-jandramit y séroni-jarandra.* Ransom entendió que los *jrossa* vivían en el bajo *jandramit* mientras que los *séroni* habitaban el *jarandra.* Se preguntó qué

diablos querría decir *séroni.* La desértica extensión del *jarandra* no sugería que pudiese estar habitado. Quizás los *jrossa* tenían una mitología (daba por sentado que su nivel cultural era bajo) y los *séroni* eran dioses o demonios.

El viaje continuó, y Ransom sufrió frecuentes ataques de náusea, aunque cada vez de menor intensidad. Horas después se le ocurrió que, muy posiblemente, *séroni* era la forma plural de *sorn.*

Hacia la derecha, el sol declinaba en el ocaso. Descendía mucho más rápidamente que en la Tierra, o, por lo menos, que en los lugares de la Tierra que Ransom conocía, y, debido a la ausencia de nubes, ese crepúsculo carecía de espectacularidad. En otros sentidos, y por algo que no lograba especificar, difería del sol que él conocía. Mientras especulaba sobre esto, las cumbres puntiagudas y afiladas se recortaban negras contra el poniente y el *jandramit* se fue oscureciendo, aunque hacia el este (o sea, a la izquierda) las tierras altas del *jarandra* aún estaban iluminadas por una tenue luz rosada, y ofrecían el aspecto de un mundo más espiritual, remoto y tranquilo.

Pronto desembarcaron otra vez, y caminaron sobre suelo sólido en dirección al bosque purpúreo. En su imaginación sentía todavía los movimientos del bote y la "tierra" parecía ondular bajo sus pies. Con el agregado de su cansancio y de la irreal luz crepuscular, le pareció que el resto del viaje lo hacía en un sueño. De pronto, una luz casi lo encegueció. Provenía de un fuego y a su resplandor vio las enormes hojas en lo alto y a las estrellas que brillaban titilando. Los debían estar rodeando docenas de *jrossa,* y por ser tantos, le parecieron más monstruosos y menos humanos que su solitario guía. Sentía cierto temor, pero más que nada una terrible sensación de soledad. Deseó ardientemente la presencia de seres humanos, aunque fuesen Weston y Devine. Rodeado de esas caras peludas con cabezas en forma de bala, se sintió sin fuerzas para hacer o decir nada, y de pronto notó que se le acercaban los cachorros o pichones o como se llamasen esos retoños de las bestias. Y entonces su humor cambió enseguida. Eran unos animalitos encantadores. Sonrió a uno de ellos mientras le acariciaba la negra cabeza, pero el contacto de su mano hizo que el animalito huyera.

Nunca volvió a recordar bien los acontecimientos de esa noche. Sabía que comió y bebió, mientras contemplaba un incesante ir y venir de esas formas negras y extraños ojos luminosos a la luz del fuego; finalmente, se durmió en algún lugar oscuro y aparentemente cubierto por un techo.

ONCE

Desde el momento en que despertó en la nave espacial, Ransom había pensado en la sorprendente aventura de ir a otro planeta y en las posibilidades de volver de él. Fue entonces que cada mañana se sentía estupefacto al ver que ni estaba llegando ni escapando de Malacandra, sino simplemente viviendo allí; despertando, durmiendo, comiendo, nadando y hasta conversando. Lo extraordinario de todo eso se le hizo aun más evidente cuando, unas tres semanas después de su llegada, se encontró conque iba a dar un paseo. Pocas semanas después ya tenía lugares favoritos donde ir a pasear y también comidas favoritas. Comenzaba a desarrollar costumbres, hábitos. Sabía ya diferenciar a un *jross* macho de una hembra a simple vista, y hasta las peculiaridades de cada uno se le hacían distinguibles. Hyoi, que era quien lo había encontrado a varios

kilómetros hacia el Norte, era una persona muy diferente al venerable Jnojra, el del hocico grisáceo, quien era su maestro de idioma; y los más jóvenes eran también distintos a su vez. Eran encantadores y el estar con ellos le hacia olvidar la extraña sensación provocada por el alto grado de raciocinio de los *jrossa* mayores. Los pequeñuelos eran un verdadero solaz para su soledad, como si se le hubiese permitido traer unos pocos perros de la Tierra. Por su parte, los cachorros estaban interesadísimos en el duendecillo desprovisto de pelaje que había aparecido entre ellos. Por consiguiente, con los pequeños y sus madres era inmensamente popular.

Sus primeras impresiones sobre esa comunidad fueron modificándose gradualmente. Al principio, había clasificado su cultura como perteneciente a una "pre-edad de piedra". Los pocos utensilios cortantes que poseían estaban hechos de piedra. Toda su vajilla estaba formada por unos pocos recipientes burdos donde hervían algunos alimentos, y el único método que tenían para cocinar era, efectivamente, el hervir los ingredientes. La esférica conchilla en que había recibido la primer muestra de hospitalidad servia de vaso, plato y cucharón, y el molusco que originariamente contenía; constituía su único alimento animal. Las legumbres abundaban y algunas eran deliciosas, y hasta esos yuyos color rosado claro que cubrían el suelo del *jandramit* eran comestibles y se arrancaban con suma facilidad, así que si hubiera muerto de hambre antes de que Hyoi lo encontrara, hubiera perecido rodeado de alimentos. Sin embargo, ningún *jross* comía ese yuyo *(jonodraskrud)* salvo necesidad imperiosa, aunque podían llevarlo como alimento de reserva en largos viajes. Sus viviendas eran chozas en forma de colmena hechas con hojas duras y las villas, de las que había varias en la región, estaban construidas cerca de los ríos para beneficiarse con su calor y cerca de su nacimiento junto a los muros del *jandramit,* ya que el agua era mucho más caliente allí. Dormían sobre el suelo y parecían no tener inclinaciones artísticas con excepción de una especie de poesía y música que practicaba casi todas las noches un cuarteto de *jrossa.* Uno de ellos recitaba con cierta entonación mientras los otros tres lo interrumpían de vez en cuando con un cántico. Ransom no podía determinar sí esas interrupciones era simplemente interludios líricos o un diálogo dramático surgido por la narración del recitador. En cuanto a la música, le era imposible entenderla. Las voces no eran desagradables y la escala parecía apta para el oído humano, pero el ritmo se le hacía totalmente ilógico. Al principio, las actividades y ocupaciones de cada tribu o familia le resultaron una incógnita, ya que la gente solía desaparecer durante varios días y aparecía otra vez. Pescaban ocasionalmente y hacían frecuentes viajes en bote pero nunca descubrió con qué propósitos, hasta que un día vio una caravana de *jrossa,* cada uno de ellos con una carga de alimentos vegetales sobre la cabeza y supuso que existía algún tipo de comercio en Malacandra.

Durante esa primer semana descubrió la agricultura. A una distancia de casi dos kilómetros por el *jandramit* existían amplios campos desprovistos de árboles, pero cubiertos en extensiones enormes por una vegetación de muy poca altura de aspecto pulposo, en la que predominaban los colores amarillo, naranja y azul. Luego venían unas plantas parecidas a las de lechuga, altas como abetos terrestres. Cuando una de estas plantas se inclinaba sobre las calientes aguas, Ransom podía recostarse sobre una de las hojas inferiores como sobre una fragante hamaca.

En otras partes el frío impedía que quedara mucho tiempo sin realizar alguna actividad, ya que la temperatura media en el *jandramit* equivalía a la de una mañana invernal del norte de Inglaterra. Las diferentes villas vecinas trabajaban juntas estas tierras laborables y dividían sus tareas con un grado de minuciosidad que Ransom no había esperado. La cosecha, el secado, el almacenaje, el transporte y algo que parecía el abono de las tierras fueron tareas que Ransom pudo presenciar y notó que algunos de los canales de riego eran artificiales.

Pero la verdadera revolución en su comprensión de los *jrossa* comenzó cuando su conocimiento del idioma le permitió ir satisfaciendo la curiosidad que sentían por él. Comenzó por explicarles que había llegado de los cielos. Jnojra le preguntó de inmediato de qué planeta o tierra *(jandra)* venía, y Ransom, que a propósito había dado una explicación infantil de la verdad para poder adaptarla a la supuesta ignorancia de su audiencia, se sintió un poco molesto cuando Jnojra le explicó, condescendientemente, que era imposible que hubiese vivido en el cielo ya que allí no había aire; sin duda había venido por el cielo, pero desde una *jandra.* Ransom no podía señalarles la Tierra en el cielo nocturno y parecían sorprendidos por su incapacidad y repetidas veces le señalaban un brillante planeta cercano a la línea del horizonte occidental, un poco al sur del lugar donde el sol se había puesto. Se sorprendió de que hubiesen señalado a un planeta en lugar de a una estrella. ¿Sería posible que tuvieran conocimientos de astronomía? Desgraciadamente todavía no conocía bien el idioma como para indagar más y establecer el grado cultural que poseían. Les preguntó el nombre de ese planeta y le dijeron que era Zulcandra, el mundo o el planeta del silencio.

—¿Por qué lo llaman *Zulc?* —preguntó— ¿Por qué le dan el nombre de silencioso? Nadie lo sabía.

—Los *séroni* lo saben —dijo Jnojra—. Ellos saben de esas cosas.

Luego le preguntaron cómo había venido y Ransom trató infructuosamente de describirles la nave espacial, y al no comprender, volvieron a comentar: —Los *séroni* deben saberlo.

¿Había venido sólo? No; había llegado con otros dos de su especie, hombres malos *("torcidos")* era el equivalente más aproximado en idioma *jrossian,* que trataron de matarlo, pero había logrado escapar. Los *jrossa* encontraron eso muy difícil pero finalmente decidieron que él debía recurrir a Oyarsa. Oyarsa lo protegería. Ransom preguntó quien era, y tras muchas dificultades, les entendió que Oyarsa (1) vivía en Meldilorn; (2) lo sabia todo y todo lo gobernaba; (3) siempre había estado allí y (4) no era un *jross* ni tampoco un *séroni.* Ransom les preguntó entonces si Oyarsa era el creador del mundo, y con marcado énfasis le contestaron que no. ¿No sabían los habitantes de Zulcandra que Maleldil el joven había creado y aún regía el mundo? Hasta un niño sabía eso. Ransom les preguntó donde habitaba Maleldil.

—Con el Anciano.

¿Y quién era el Anciano? Ransom no comprendió la respuesta, e intentó otra vez:

—¿Dónde está el Anciano?

—Él no es el tipo de ser que tiene que vivir en algún sitio, le respondió Jnojra y continuó dando unas explicaciones que Ransom no logró

comprender. Aproximadamente siguió el hilo de lo que quería decirle, y nuevamente se sintió irritado. Desde que había descubierto el raciocinio de los *jrossa* su conciencia le estaba azuzando a veces para que les diera instrucción religiosa, y ahora se sentía como si ellos lo considerasen un pagano a él y estuvieran enseñándole un catecismo elemental. Era obvio que Maleldil era un espíritu sin cuerpo, partes o pasiones.

—No es un *jnau* —dijeron los *jrossa.*

—¿Qué es un *jnau?*

—Tú eres *jnau.* Yo soy *jnau.* Los *séroni* son *jnau.* Los *pfifltriggi* son *jnau.*

—¿Pfifltriggi?

—A diez días de viaje hacia el oeste, —dijo Jnajra. La *jarandra* desciende no hasta un *jadramit* sino a un lugar amplio, abierto, que se extiende en todas direcciones. Cinco días de viaje del extremo norte al sur; diez días de viaje desde el este al oeste. Los bosques tienen un color distinto a los de aquí; son azules y verdes. El lugar es profundo y desciende hasta las raíces del mundo. Allí se extraen las mejores cosas que pueden obtenerse de la tierra. Los *pfifltriggi* viven allí y les gusta mucho hacer excavaciones. Lo que extraen lo ablandan al fuego y hacen cosas con eso. Son gente pequeña, más pequeña que tu, con hocico largo, color pálido, muy activas. Tienen largas extremidades delanteras. Ningún *jnau* puede rivalizar con ellos en hacer cosas y darles formas, así como nadie puede rivalizar con nosotros en el canto. Pero dejemos que el *Mbre* vea.''

Se volvió, dijo algo a uno de los *jrossa* más jóvenes, y a poco, y pasando de mano en mano, llegó a él un pequeño bol. Lo observó a la luz del fuego y vio que era de oro. Eso explicaba el interés de Devine en Malacandra.

—¿Hay grandes cantidades de esta substancia? —preguntó.

Si, se le dijo, se la podía encontrar en la mayoría de los ríos, pero en la región de los *pfifltriggi* era muy abundante y de la mejor calidad. Y ellos eran los expertos en ese material, al que llamaban *árbol jru,* sangre del sol. Ransom observó nuevamente el bol y notó que estaba cubierto con tenues dibujos de *jrossa* y de animales más pequeños, como sapos, además de figuras de *sorns.* A estos los señaló con un gesto interrogante.

—Séroni —dijeron los *jrossa,* confirmando sus sospechas—. Viven arriba, casi en el *jarandra,* dentro de grandes cuevas.

Los animales parecidos a sapos, o mejor dicho, con cabeza de tapir y cuerpo de sapo, eran los *pfifltriggi.* Ransom dedujo entonces que, aparentemente, en Malacandra existían tres especies distintas de seres racionales y ninguna de ellas había hasta entonces exterminado a las otras. Le interesaba sobremanera averiguar cual de las tres era la dominante.

—¿Cuál de los tres *jnau* es el principal? —preguntó.

—Oyarsa es el principal —fue la respuesta.

—¿Es él *jnau*?

Esto los intrigó un poco. Los *séroni,* pensaron, conocerían mejor la respuesta. Quizá Oyarsa era *jnau,* pero un *jnau* diferente ya que no tenía muerte y no tenía hijos.

—¿Estos *séroni* saben más que los *jrossa?* —preguntó Ransom.

Esto produjo un verdadero debate y lo que declararon al final del mismo fue que los *séroni* o *sorns* eran perfectamente inútiles en un bote y no podían pescar para no morir de hambre, apenas podían nadar, no sabían componer poemas y hasta cuando los *jrossa* los componían para ellos solamente podían comprender lo más elementales y simples. Sin embargo, admitían que eran muy buenos en averiguar cosas acerca de las estrellas y en comprender la más difíciles enseñanzas de Oyarsa, así como también en narrar lo que había sucedido en Malacandra hacía mucho tiempo, cosas de las que nadie tenía memoria.

¡Ah! la "intelligentsia" —pensó Ransom—. Deben ser los que gobiernan todo, aunque los demás no se den cuenta.

Trató de preguntar qué sucedería si los *sorns* emplearan su sabiduría para hacer que los *jrossa* hiciesen cosas, y eso es todo lo que logró expresar en su deficiente malancándrico. La pregunta no resultó tan importante como si hubiera podido decir: "emplearan sus recursos científicos para explotar a sus vecinos subdesarrollados". Pero se pudo haber ahorrado el esfuerzo. La mención de la inadecuada apreciación que los *sorns* tenían por la poesía llevó la conversación por canales literarios, y de la acalorada y aparentemente técnica discusión que tuvo lugar a continuación no pudo entender una palabra.

El tema de sus conversaciones con los *jrossa* no se limitaba naturalmente a hablar solamente de Malacandra. Tenía que retribuirles dándoles información sobre la Tierra, pero constantemente se veía en dificultades ya que no deseaba decirles toda la verdad y también porque descubría, humillado, que ignoraba muchísimas cosas acerca de su propio planeta. No deseaba hablarles demasiado de nuestras guerras e industrialización. Recordaba como Cavor, de H. G. Wells, había encontrado su fin en la Luna; y también sentía timidez. Una sensación semejante a la de sentirse desnudo lo dominaba cuando le hacían muchas preguntas acerca de los hombres, los *Mbra,* como formaban ese plural. Además, no quería enterarlos de que había sido llevado allí para ser entregado a los *sorns,* porque cada vez se convencía más de que esa era la especie gobernante. Lo que les dijo encendió la imaginación de los *jrossa;* todos comenzaron a hacer poemas cerca de la extraña *jandra* donde las plantas eran duras como la piedra y el yuyo de la tierra verde como las rocas y las aguas frías y saladas y los *Mbra* vivían en la *jarandra.*

Les interesó aún más lo que les dijo del animal acuático con batientes mandíbulas del que había escapado. Todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un *jnakra* y denotaron gran excitación. No habían visto un *jnakra* en el valle durante muchos años. Los jóvenes trajeron sus armas, arpones primitivos con puntas de hueso, y hasta los cachorros comenzaron a jugar fingiendo que cazaban *jnakrax* en los arroyos. Algunas madres dieron muestras de alarma y ansiedad y recomendaron a los cachorros que no se acercaron al agua, pero, en general, la noticia sobre el *jnakra* pareció ser recibida con cierto beneplácito popular. Hyoi se fue enseguida a hacer cierto tipo de aprestamiento a su bote y Ransom lo acompañó. Deseaba ser útil y comenzaba a adquirir cierta destreza en el manejo de las primitivas herramientas. Caminaron hasta el arroyo de Hyoi, que corría a un corto trecho a través del bosque.

Mientras andaban en fila india ya que el sendero era muy angosto, pasaron junto a una pequeña *jross,* apenas adolescente, quien habló pero no dirigiéndose a ellos. Sus ojos estaban fijos en un lugar a unos cinco metras de distancia.

—¿A quién le estás hablando, Jrikki —le preguntó Ransom.

—A el *eldil.*

—¿Donde?

—¿No lo viste?

—No vi nada.

—¡Allí! ¡Allí!, —exclamó la hembra de pronto— ¡Ah! ¡Se fue! ¿No lo viste?

—No vi a nadie.

—¡Hyoi! —exclamó Jrikki—. El *mbre* no puede ver al *eldil.*

Pero Hyoi ya se había alejado y no pudo oiría, y, por otra parte, parecía no haber visto nada tampoco. Ransom llegó a la conclusión de que Jrikki estaba "fingiendo y fantaseando", como los adolescentes de la Tierra. En pocos momentos, alcanzó a su compañero.

DOCE

Trabajaron en el bote de Hyoi hasta el mediodía, y luego se acostaron sobre los yuyos, cerca de la tibieza del agua, para almorzar. Los preparaciones que estaban haciendo sugerían mucho el que estaban pertrechándose para una guerra y Ransom tenía muchas preguntas que hacer. Desconocía la traducción de la palabra "guerra" pero se las ingenió para hacerse comprender. ¿Alguna vez los *séroni,* los *jrossa* y los *pfliflitriggi* marchan así, los unos contra los otros, armados?

—¿Para qué? —preguntó Hyoi.

Era difícil de explicar. "Si ambos desearan una cosa y ninguno la diera, ¿no recurrirían a la fuerza para conseguirla? ¿No dirían: dame eso o te mataré?

—Pero ¿qué clase de cosa?

—Bueno... comida, por ejemplo.

—Si el otro *jnau* quisiera comida, ¿por qué no se la íbamos a dar? A menudo lo hacemos.

—Pero, ¿y en caso de que no tuvieran suficiente para Uds, mismos?

—Pero Maledil nunca va a dejar que las plantas dejen de crecer.

—Hyoi, si ustedes tuvieran más y más hijos, muchísimos hijos, ¿crees que Maledil haría que el *jandramit* se agrandara para que entrasen todas las plantas que necesitarían?

—Eso seguramente lo saben los *séroni.* Pero, ¿para que vamos a tener tantos y tantos cachorros?

Ransom tuvo dificultad en responder, hasta que al fin dijo:

—La función de hacer que nazca un hijo, ¿no es causa de placer físico para los *jrossa?*

—De un placer muy intenso, *Mbre.* Es lo que llamamos amor.

—Si es un placer, el Mbre quiere repetirlo, y quizá tantas veces que los hijos que nazcan son más del número que puede alimentar.

Pasó un buen rato antes de que Nyoi lo comprendiese.

—¿Quieres decir —dijo lentamente—, que el *Mbre* puede hacerlo no sólo durante uno o dos años de su vida, sino también después?

—Si.

—Pero, ¿por qué quiere él entonces comer durante todo el día o dormir después de haber dormido? No lo entiendo.

—Pero uno come todos los días. ¿Quieres decir que este amor viene al *jross* una sola vez en su vida?

—Pero le ocupa toda su existencia. Cuando es joven, tiene que elegir a su compañera, luego tiene que cortejarla; luego nacen los jóvenes; tiene que criarlos. Después recuerda todo eso, que hierve dentro de él, y lo transforma en poemas y en sabiduría.

—¿Y en cuanto al placer físico? ¿Debe contentarse sólo con recordarlo?

—Eso es como decir: ¡Yo debo contentarme con sólo comer mis alimentos!

—No te comprendo.

—Un placer sólo es pleno cuando se lo recuerda. *Mbre,* tu hablas como si el placer y el recuerdo fueran dos cosas distintas, y no es así: son una sola. Los *séroni* pueden explicártela mucho mejor que yo, aunque no decirlo mejor que yo en uno de mis poemas. Lo que tu llamas "recordar" es la última parte del placer, así como el *craj* es la última parte de un poema. Cuando tu y yo nos encontramos, el encuentro terminó enseguida; no fue nada. Ahora está creciendo algo a medida que lo recordamos, pero todavía sabemos muy poco de ese encuentro. El encuentro verdadero entre tu y yo será lo que yo recuerde de él cuando me acueste a esperar la muerte; lo que haya influenciado en mi vida hasta ese momento... Me has dicho que en tu mundo hay poetas. ¿No te enseñaron esto?

—Quizá algunos lo hayan hecho —contestó Ransom—. Pero, aún en un poema ¿nunca desea un *jross* escuchar nuevamente algún verso o parte favorita?

Lamentablemente, la respuesta de Hyoi utilizó uno de esos giros de su idioma que Ransom aun no dominaba. Existían dos verbos que, por lo que captaba, significaban la misma cosa: *desear* o *anhelar,* pero los *jrossa* les daban un cierto énfasis para diferenciarlos que casi sonaba a que uno era lo opuesto del otro. Le pareció que Hyoi decía que todos desearían *(wondelone)* tal cosa, pero que nadie que estuviese en sus cabales lo desearía *(jluntheline).*

—Y, por cierto —continuó—, el poema es buen ejemplo, ya que un verso perfecto se torna plenamente perfecto bajo la influencia de los que le siguen; al volver a él, uno lo hallaría menos perfecto de lo que pensó, lo mataría... Naturalmente hablo de un buen poema.

—Y en el caso de un poema torcido, Hyoi.

—A los poemas “torcidos” no se los escucha, *Mbre.*

—Y el amor en una vida “torcida”.

—¿Cómo puede ser “torcida” la vida de un *jnau?*

Hyoi reflexionó unos momentos, y luego dijo:

—He oído hablar de algo de eso. Se dice que, a veces, un cachorro adquiere extrañas maneras al llegar a cierta edad. He oído de uno que deseaba extrañas maneras al llegar a cierta edad. He oído de uno que deseaba comer tierra; quizá exista o haya existido alguna vez un *jross* cuyo deseo fuese el prolongar sus años de amor. Nunca oí tal cosa, pero eso no quita que pudiera existir. Pero sí me enteré de algo más extraño aun: Existe un poema que habla de un *jross* que vivió hace mucho tiempo, en otro *jandramit,* que siempre lo veía todo por partida doble: dos soles en el cielo, dos cabezas sobre un cuello, y dicen que al final exigió tener dos compañeras. No te pido que me lo creas, pero eso dice la leyenda. Que él quiso a dos *jressni.*

Ransom meditó sobre esto. A menos que Hyoi lo estuviese engañando, esta era una especie monogámica y sexualmente continente por naturaleza. Pero ¿qué tenía eso de extraño? Algunos animales, sabía tenían sus épocas de celo y si la naturaleza podía realizar el milagro de controlar el impulso sexual ¿por qué no podía fijarlo, no moral sino instintivamente, hacia un único objeto?

También creía recordar que algunos animales terrestres, los que están colocados más abajo en la escala zoológica, eran monogámicos por naturaleza. Entre los *jross* era obvio que la natalidad sin control y la promiscuidad eran tan raras como las más raras de las perversiones. Entonces se dio cuenta que no eran ellos, sino su propia especie humana, la que resultaba extraña. Que los *jrossa* tuvieran esos instintos era, hasta cierto punto, sorprendente, pero ¿cómo explicar que tales instintos fuesen tan similares a los que esa otra especie tan lejana, el Hombre, tenía como ideales casi inalcanzables? ¿Cuál era la historia del Hombre? Pero Hyoi hablaba otra vez:

—Sin duda —decía—, Maledeldil nos hizo como somos. Si cada uno de nosotros tuviese veinte retoños, la comida no alcanzaría. ¿Y cómo podríamos soportar la vida y el paso del tiempo si siempre estuviésemos deseando el regreso de un día o de un año ya pasado; como si no supiéramos que cada día es parte de la vida misma llena de esperanzas y recuerdos y que *estos* son ese día?

—Sin embargo, —agregó Ransom, inconsciente de que sus argumentos trataban de justificar a su propio mundo—, Maledil ha permitido que existan los *jnéraki.*

—Pero eso es tan diferente. Tengo tantos deseos de matar a este *jnakra* como él desea matarme a mí. Ojalá que mi bote sea el primero, y yo el primero en mi bote que ataque con la lanza cuando esas negras mandíbulas se abran. Y si me mata, mi gente me llorará y aumentará sus deseos de exterminarlo. Y, pese a todo, no nos oponemos a que existan los *jnéraki.* ¿Cómo puedo hacértelo comprender, cuando no comprendes a los poetas? El *jnakra* es nuestro enemigo, pero nuestro amado también. En nuestros

corazones sentimos su alegría cuando mira desde lo alto de su montaña de agua en el Norte, el lugar donde ha nacido; saltamos con él cuando salta las cascadas; y al llegar el invierno y el vapor del lago sube por encima de nuestras cabezas, es con sus ojos que lo vemos y sabemos que su época de actividad llega a su fin. Colgamos imágenes de él en nuestras casas, y el signo de todos los *jrossa* es un *jnakra.* En él vive el espíritu del valle, y nuestros retoños juegan a que son *jnéraki* tan pronto pueden retozar en las aguas bajas de las orillas.

—¿Y si los mata?

—No sucede a menudo. Los *jrossa* serían *meles jrossa* si lo dejaran acercarse tanto. Mucho antes de que él se nos acercara, ya hubiésemos nosotros salido a buscarlo. No, *Mbre,* lo que hace entristecer a un *jnau* no es la muerte que acecha en varias formas en nuestro mundo; solamente un *jnau melé puede* causar gran tristeza... Y también te digo esto: creo que el bosque no sería tan radiante, ni el agua tan tibia, ni el amor tan dulce, si no existieran peligros en el lago. Te contaré lo que me pasó un día, un día que dio forma y carácter a mi ser. Uno de esos días que no se repiten, como el amor o como servir a Oyarsa en Meldilorn. Yo era joven entonces, poco más que un cachorro, y me fui lejos, muy lejos, hasta la tierra donde las estrellas brillan al mediodía y donde hasta el agua es fría. Trepé junto a una gran catarata y llegué hasta la laguna Balki, el lugar del gran temor.

Las paredes suben y suben hasta el infinito y en ellas están esculpidas imágenes sagradas, gigantescas, que fueron hechas hace mucho tiempo. Allí está la catarata llamada la Montaña de Agua, y debido a que estuve allí solo, Maleldil y yo, porque ni siquiera Oyarsa me llegó con un mensaje, en todos mis días mi canto ha sido más profundo y mi corazón se ha elevado. ¿Pero crees tu que tal cosa me hubiera sucedido si hubiese ignorado que en Balki habitaban los *jnéraki?* Allí bebí vida, porque sabía que la muerte estaba en la laguna. Esa fue la mejor bebida, con excepción de una.

—¿Cual? —preguntó Ransom.

—De la Muerte misma, el día en que bebí de ella y fui a Maleldil.

Poco después se levantaron y reanudaron su trabajo. Cuando volvían por el bosque a la hora del crepúsculo, a Ransom se le ocurrió hacerle otra pregunta:

—Hyoi —le dijo—, yo tuve la impresión que cuando te vi por primera vez, y antes de que tu me vieras estabas hablando. Por ese motivo me di cuenta de que eras un *jnau,* ya que de lo contrario te hubiera tomado por un animal y habría escapado. Pero, ¿con quien hablabas?

—Con un *eldil.*

—¿Que es eso? No vi a nadie.

—¿No hay *eldila* en tu mundo, Mbre? Eso si que es extraño.

—Pero ¿qué son?

—Vienen de Oyarsa; son, supongo, una clase de *jnau.*

—Mientras andábamos hoy, pasamos junto a una criatura que me dijo que estaba hablando con un *eldil,* pero yo no pude ver a nadie allí.

—Mirando tus ojos, *Mbre*, puedo ver que son distintos a los nuestros. Es muy difícil ver a los *eldila.* No son como nosotros, ya que la luz los atraviesa. Es necesario estar mirando al lugar exacto y en el momento exacto para poder verlos, y tal cosa no sucede a menos que el *eldil* lo quiera. A veces, puedes confundirlos con un rayo de sol o con el movimiento de las hojas, pero al mirar otra vez verás que era un *eldil y* que ya ha desaparecido. Aunque no sé si con tus ojos podrás verlos. Posiblemente los *séroni* podrán decirlo.

TRECE

Toda la aldea estaba en plena actividad a la mañana siguiente, aún antes de que la luz del sol, ya visible en la *jarandra,* hubiese penetrado por el bosque. A la luz de los fuegos que usaban para cocinar, Ransom vio que los *jrossa* estaban dedicados a varios preparativos. Las hembras servían humeante comida de toscas ollas; Jnojra dirigía la tarea de transportar pilas de lanzas hasta los botes; Hyoi, rodeado por un grupo de los cazadores más experimentados, hablaba pero con un lenguaje demasiado técnico y rápido como para que Ransom pudiera entenderle. De las villas vecinas llegaban grupos de seres, y los cachorros, contentos y excitados, corrían y gritaban entre los mayores.

Ransom notó que su rol en la cacería había sido ya fijado y que todos descontaban que lo haría. Iba a compartir el bote de Hyoi con éste y con Whin. Los dos *jrossa* se turnarían para remar, mientras Ransom y el que no remaba en el momento permanecerían alertas.

Conocía ya bastante a los *jrossa* para darse cuenta de que le ofrecían el papel más digno y que tanto a Hyoi como a Whin los atormentaba el temor de que él estuviese remando cuando apareciera el *jnakra,* Muy poco tiempo atrás, en Inglaterra, nada le hubiese parecido a Ransom más improbable que el que fuese a aceptar el puesto de honor y de mayor peligro en el ataque a un monstruo acuático desconocido pero ciertamente mortal. Aun más recientemente, cuando había huido de los *sorns* o cuando estaba echado sobre el suelo del bosque compadeciéndose a sí mismo, era poco probable que hubiese podido hacer lo que intentaría realizar ahora. Porque su intención era clara: sucediese lo que sucediese, debía demostrar que la especie humana también era *jnau.* Sabía perfectamente que tal resolución podría tambalear cuando el momento llegara, pero tenía el presentimiento de que, de una u otra manera, cumpliría con su misión. Era necesario que lo hiciese, y lo necesario siempre es posible. Quizás, también, había algo en el aire que ahora respiraba, o en su asociación con los *jrossa,* que había empezado a transformarlo.

El lago comenzaba a reflejar los primeros rayos del sol cuando se encontró arrodillado junto a Whin, como se le había pedido que hiciera, dentro del bote de Hyoi, con una pequeña pila de lanzas entre sus rodillas y una en su mano derecha.

Por lo menos cien botes tomaban parte en la cacería, divididos en tres partidas. La central y menos numerosa por cierto, debía llegar hasta la misma corriente por la cual Ransom y Hyoi habían descendido tras su primer encuentro. Para esto se empleaban botes más largos, con ocho remos. El *jnakra* tenía la costumbre de dejarse flotar corriente abajo, y, al

toparse con los botes, lo probable era que abandonase rápidamente la corriente central hacia uno de los costados de aguas tranquilas. Por consiguiente, mientras la partida central ascendiese lentamente la corriente, los botes más pequeños y livianos, que avanzaban mucho más ligeramente, recorrerían en zig-zag los costados tranquilos hasta que apareciese su presa.

En el juego, los *jrossa* tenían a su favor el número y la inteligencia mientras que el *jnakra* contaba con su rapidez y el hecho de poder nadar bajo el agua, haciéndose así invisible para sus cazadores.

Su cuerpo era casi invulnerable, con excepción de la boca. Si los dos cazadores del bote que el *jnakra* atacaba fallaban en su puntería, generalmente eso significaba el fin de ellos y del bote mismo.

En los botes livianos que exploraban los costados de la corriente un cazador valeroso tenía dos interesantes alternativas: podía mantenerse atrás y cerca de los botes largos, donde seguramente se produciría la aparición del *jnakra, o* de lo contrario adelantarse lo máximo posible en la esperanza de encontrarse con el *jnakra* cuando viniese a plena velocidad y todavía ignorante de la cacería, y de inducirlo, con una lanza bien arrojada, a que dejase la corriente allí mismo. Así sería posible anticiparse a los batidores y matar a la bestia, siempre que tal fuese el propósito de la cacería, sin la ayuda de nadie. Ese era el deseo de Hyoi y de Whin, y casi también el de Ransom, quien se había contagiado por el ardor de la aventura. En consecuencia, y apenas habían comenzado los batidores a dirigir sus pesados botes contra la fuerte correntada, cuando el bote en que iba Ransom avanzó a toda la velocidad que Hyoi podía darle con los remos, adelantándose a los otros.

La velocidad era vertiginosa, y en esa fría mañana, la tibieza que se desprendía de las aguas no era desagradable. Detrás de ellos se oían las voces de más de doscientos *jrossa,* multiplicadas por el eco de los lejanos pináculos de roca que se levantaban a ambos lados del valle, más musicales que el ladrido de una partida de mastines, pero similares a estos en su excitación y propósito.

A Ransom no le pareció del todo imposible que él mismo resultara quien matase al *jnakra,* porque algo que llevaba en la sangre y que había ignorado hasta entonces pareció despertar vigorosamente. Si tal cosa sucediera, la fama del *Mure jnakrapunt* podía pasar a la posteridad en ese mundo que no había conocido a ningún otro ser humano. Pero anteriormente había tenido otros sueños similares, y sabia la forma en que habían terminado. Cubriendo el ímpetu de esas nuevas sensaciones con un manto de humildad, volvió sus ojos a las turbulentas aguas de la corriente central que bordeaban, y vigiló con toda su atención.

Durante un largo tiempo no sucedió nada. Dándose cuenta de que todos sus músculos estaban en tensión, se dejó relajar algo. Con ciertas dudas, Whin fue a hacerse cargo de su turno con los remos, y Hyoi ocupó su posición junto a la borda. Casi en ese mismo momento, se acercó a Ransom y le dijo en voz baja, sin apartar sus ojos de la corriente:

—Allí viene un *eldil* hacia nosotros, sobre el agua.

Ransom no pudo ver nada, nada que pudiera separar de su imaginación y de la danza de la luz sobre el lago. Un momento después, Hyoi habló otra vez, aunque sin dirigirse a él:

—¿Qué sucede, nacido en el cielo?

Lo que pasó después fue la experiencia más singular que Ransom había tenido hasta ese momento en Malacandra. Oyó la voz, que parecía surgir del aire, de una altura apenas superior a la de su cabeza, y era casi de una octava más alta que la del *jross,* más aguda que su propia voz. Se dio cuenta de que si su sistema auditivo hubiese sido sólo un poco diferente, el *eldil* hubiese sido tan inaudible para él como invisible que era.

—Es el Hombre que esta contigo, Hyoi, —dijo la voz— no debería estar aquí, sino en camino a Oyarsa. *Jnau* torcidos de su propia especie de Zulcandra lo están siguiendo. Debería ir a Oyarsa. Si lo encuentran en otra parte, habrá desgracias.

—El te oye, nacido en los cielos —dijo Hyoi—. ¿Y no tienes algún mensaje para mi esposa? Tú sabes lo que ella quiere oír.

—Tengo un mensaje para Jleri —dijo el *eldil*— pero tu no podrás transmitírselo. Ahora mismo voy junto a ella. Todo está bien. Pero deja que el Hombre vaya a Oyarsa.

Hubo silencio por algunos momentos.

—Se ha ido —dijo Whin— Y hemos perdido nuestra cacería.

—Si —asintió Hyoi con un suspiro— Debemos desembarcar a *Mbre y* enseñarle el camino a Meldilorn.

Ransom no estaba muy seguro de su coraje, y ahora sintió un alivio al saber que no debía ocuparse más del temido *jnakra.* Sin embargo, algo en él lo urgía a aferrarse a esa hombría, a ese valor que había descubierto en sí mismo. Ahora o nunca, con sus compañeros o solo, debía dejar una hazaña para que lo recordaran por ella, y fue obedeciendo a algo muy parecido a la conciencia que exclamó:

—No, no. Hay tiempo para eso después de la cacería. Primero debemos matar al *jnakra.*

—Una vez que un *eldil* ha hablado —comenzó a decir Hyoi, cuando, repentinamente, Whin dio un gran grito (un "ladrido", lo hubiera llamado Ransom tres semanas antes) y señaló. Allí, a muy corta distancia, se veía esta estela de espuma como la dejada por un torpedo. Entonces, visible a través de una pared de espuma, vieron el cuerpo metálico de la bestia. Whin remaba furiosamente. Hyoi lanzó su arma y falló, pero cuando la primer lanza caía al agua, la segunda ya cruzaba el aire. Esta vez, debió haber tocado al *jnakra,* porque giró y salió de la corriente central. Ransom vio que sus enormes fauces se abrían y cerraban, con un sonido seco de sus dientes, similares a los del tiburón. Tiró él mismo una lanza, nerviosamente, y sin destreza.

—¡Rema! —gritó Hyoi a Whin, quien ya remaba con todas sus fuerzas. Entonces, todo se tornó confuso. Oyó que Whin, gritaba: ¡"Costa!" y, al chocar contra algo, fue arrojado hacia adelante y casi dentro de las fauces del monstruo, sintiendo que el agua le llegaba a la cintura. Las batientes mandíbulas lo buscaban furiosas.

Mientras arrojaba una y otra lanza en la caverna que era esa enorme boca, vio que Hyoi, increíblemente, estaba montado sobre la bestia, sobre su hocico, inclinado hacia adelante y arrojando sus armas desde allí. Casi

inmediatamente fue violentísimamente arrojado de su posición y cayó en el agua a casi diez metros de distancia. Pero el *jnakra* estaba muerto; boqueaba de costado, y el agua a su alrededor se tiñó de negro y se tornó maloliente de inmediato.

Cuando recobró la serenidad, se encontró con los dos *jrossa* en la orilla, mojados, despidiendo vapor, temblando por el esfuerzo y abrazándose unos a otros. Ahora no le parecía extraño ser palmoteado por una bestia de pelambre mojada, y su aliento, aunque dulce, no era humano y no le molestaba. Era uno de ellos; los tres eran *jnau.* Habían permanecido unidos ante el enemigo y las formas de sus cabezas ya no tenían importancia. Y hasta él, Ransom, había sobrevivido la experiencia con honor. Había crecido.

Estaban sobre un pequeño promontorio sin árboles, sobre el que habían encallado en la confusión de la lucha. Los restos del bote y los del monstruo flotaban juntos cerca de ellos. No se oía ruido alguno de los otros cazadores, ya que los habían dejado más de un kilómetro atrás cuando se les apareció el *jnakra.* Se sentaron para recobrar el aliento.

—Bueno, ahora somos *jnakrapunti* —dijo Hyoi—. Esto es lo que había deseado siempre.

En ese momento, a Ransom lo ensordeció un fuerte sonido, pero tan familiar que era lo último que había esperado oír allí. Era un ruido terrestre, humano y civilizado; hasta europeo: el estampido de un rifle inglés. Hyoi, a sus pies, luchaba por levantarse y jadeaba, y había una mancha de sangre a su lado, sobre los yuyos blancos.

Ransom cayó de rodillas junto a él y con la ayuda de Whin le sostuvieron la cabeza entre los brazos.

—¿Hyoi, puedes oírme? —preguntó Ransom—. Es por mí que esto ha pasado. Los otros *Mbres* te han lastimado, los torcidos que me trajeron a Malacandra. Pueden arrojar la muerte desde lejos con una cosa que han hecho; debí habértelo dicho: somos una raza torcida. Hemos venido aquí para traer cosas torcidas. Solamente somos *semi-jnau...* Hyoi...

Sus palabras se interrumpieron; no sabía cómo decir “perdón” o “tristeza” o “culpa”; apenas conocía la palabra para expresar “lo lamento”. Miró el rostro distorsionado de Hyoi con una expresión de culpabilidad y vergüenza, pero el *jross* parecía comprender. Trataba de decir algo y Ransom acercó su oreja a la boca casi inerte. Hyoi lo miraba con ojos apagados, pero Ransom todavía no podía comprender bien la expresión de los *jrossa.*

—*”M... Mure...* —murmuró, para agregar con un esfuerzo— *Mbre jnakrapunt.”*

Entonces todo su cuerpo se retorció en una convulsión, mientras un torrente de sangre y saliva salía por su boca. Ransom no pudo evitar que sus brazos cedieran ante el peso muerto de la cabeza de Hyoi. Esa cabeza había vuelto a parecer ahora tan extraña y animal como en el momento del primer encuentro. Los ojos vidrosos y la pelambre que rápidamente se endurecía eran como los de cualquier bestia muerta que hubiese encontrado en un bosque de la Tierra.

Ransom contuvo un infantil impulso de gritar improperios y maldiciones contra Weston y Devine, y sólo levantó su mirada hacia Whin,

que estaba en cuclillas —los *jrossa* no se arrodillan— del otro lado del cadáver.

—Estoy en manos de su gente, Whin, —le dijo—. Que hagan lo que quieran. Pero si son inteligentes me matarán y, especialmente deben matar a los otros dos *Mbres.*

—Uno no mata a los *jnau,* —respondió Whin—. Sólo Oyarsa puede hacerlo. Pero, y estos otros *Mbres* ¿donde están?.

Ransom miró a su alrededor. En ese lugar no había vegetación, pero a unos ciento cincuenta metros comenzaba un espeso bosque.

—En algún lugar del bosque —contestó— Échate allí donde el suelo es más bajo. Pueden arrojar muerte otra vez.

Tuvo alguna dificultad en conseguir que Whin lo obedeciera y cuando ambos estuvieron en esa depresión, con los pies casi en el agua, el *jross* habló otra vez.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó.

—No podían saber que era un *jnau* —explicó Ransom—. Como te dije, en nuestro mundo solamente hay una clase de *jnau,* y estos *Mbres* creyeron que Hyoi era una bestia. En ese caso, lo mataron por placer, o por miedo, o (aquí vaciló) o porque tenían hambre. Pero debo decirte la verdad, Whin. Ellos matarían a un *jnau,* sabiendo que es un *jnau,* si pensaran que su muerte podría favorecerlos.

Hubo un corto silencio.

—Me pregunto si me habrán visto —dijo Ransom—. Es a mí a quien buscan. Quizá, si yo fuera a ellos, eso les dejaría satisfechos y no avanzarían más adentro de tus tierras. Pero, cómo es que no salen del bosque para ver a lo que han matado?

—Viene nuestra gente —anunció Whin, volviendo su cabeza. Ransom miró hacia atrás y vio que el lago estaba negro de botes. La mayor parte de los cazadores estarían con ellos en pocos minutos.

—Tienen miedo a los *jrossa,* por eso no salen del bosque. Iré hacia ellos, Whin.

—No —interpuso éste—. He estado pensando; todo esto sucede por no haber obedecido al *eldil* cuando dijo que tú fueras a Oyarsa. Ya tendrías que estar camino a él. Debes irte ahora.

—Si voy a Oyarsa, estos *Mbres* quedarán aquí, y pueden causar más daño aun.

—No harán nada a los *jrossa.* Dijiste que nos temen, y es más probable que nosotros les hagamos algo a ellos. No temas, ni nos verán ni nos oirán. Los llevaremos a Oyarsa. Pero tu debes irte ahora, como dijo el *eldil.*

—Tu gente creerá que he huido porque temo mirar a sus rostros después de la muerte de Hyoi.

—No es cuestión de suponer nada sino de hacer lo que dijo el *eldil.* ¡Esta es una conversación de cachorros! Escúchame ahora; te enseñaré el camino.

El *jross* le explicó que tras cinco días de marcha hacia el sur, el *jandramit* se unía a otro *jandramit, y* marchando por éste durante tres días en dirección noroeste, se llegaba a Moldilorn, que era el asiento de Oyarsa. Pero había otro camino más corto, una senda de montaña, a través de un extremo de la *jarandra* entre los dos cañones, que sólo requería dos días de andar. Debía internarse en el bosque que estaba frente a ellos hasta llegar a la pared montañosa del *jandramit, y* continuar hacia el sur bordeando las montañas hasta encontrar una senda cortada en ellas. Allí debía ascender, y al llegar a las cumbres encontraría la torre de Augray. Augray lo ayudaría. Antes de dejar el bosque para internarse en la zona montañosa podía recoger yuyos para alimentarse. Whin contempló también la posibilidad de que se encontrase con los otros dos *Mbres* antes de dejar el bosque, y le dijo:

—Si te atrapan, sucederá lo que has dicho; no se internarán más en nuestra tierra. Pero es mejor que te atrapasen camino a Oyarsa que aquí. Además, una vez que estás camino a él, creo que no te dejará caer en manos de esos *Mbres.*

Ransom no estaba en absoluto convencido de que ese era el mejor plan, ni para él ni para los *jrossa,* pero el estupor y la humillación que sentía desde la muerte de Hyoi le impidió discutirlo. Estaba ansioso de hacer cualquier cosa que le mandasen, de molestarlos lo menos posible y, sobre todo, de irse. Le era imposible saber lo que Whin sentía, y reprimió un fuerte impulso de volver a recriminarse, a disculparse, a tratar de que le dijesen alguna palabra de perdón. Con su último aliento, Hyoi lo había llamado matador de *jnakra;* eso involucraba un generoso perdón y debía darse por satisfecho. Tan pronto como aprendió bien los detalles de su camino, se despidió de Whin y avanzó, solo, hacia el bosque.

CATORCE

Mientras se dirigía al bosque, a Ransom le resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuese la posibilidad de otro balazo por parte de Weston y Devine, aunque probablemente preferirían atraparlo vivo, Esto, combinado con el conocimiento de que un *jross* lo estaba vigilando, le posibilitó comportarse con, por lo menos, aparente tranquilidad. Aun cuando entró al bosque, sabía que estaba en peligro.

Los largos tallos sin hojas servían para ocultarse sólo si uno estaba muy lejos del enemigo, y en este caso, el enemigo podía estar muy cerca. Sintió el impulso de gritar y entregarse a los dos hombres, pues en ese caso no tendrían motivo para quedarse en esa región y lo llevarían a los *sorns,* sin perturbar más a los *jrossa.* Pero tenía algunos conocimientos de sicología y había oído o leída sobre el irracional instinto que tiene el hombre perseguido de no querer entregarse, y hasta en sueños había obedecido esa inclinación. De cualquier modo, de ahora en adelante estaba decidido a obedecer a los *jrossa* o a los *eldila.* Desde que estaba en Malacandra, cada vez que había confiado en su propio criterio, las cosas le habían salido muy mal, y resolvió que iría a Meldilorn según le habían pedido sin hacer caso a ningún cambio de idea que pudiera ocurrírsele durante el viaje.

Esta resolución de desechar desde el comienzo cualquier impulso que modificase el propósito original, le pareció sumamente acertada. La *jarandra* que debía atravesar era la zona de los *sorns* y él se disponía a entrar, por

voluntad propia, en la mismísima trampa que había evitado desde su llegada a Malacandra. (Aquí surgió el primer impulso de modificar su plan, pero inmediatamente lo sofocó). Aunque se salvara de los *sorns* y llegara a Meldilorn ¿quién o qué era Oyarsa? Whin había mencionado que Oyarsa no compartía la objeción de los *jrossa* a derramar la sangre de un *jnau.* Por otra parte, ese Oyarsa gobernaba a los *sorns* así como a los *jrossa* y a los *pfiftriggi.* Quizás era un super-*sorn*, sencillamente. Y aquí tuvo Ransom un segundo impulso de cambiar planes. Esos viejos temores que él y los hombres de la Tierra tienen por las inteligencias de otros planetas, de poderes sobrehumanos pero infrahumanos en crueldad, lo asaltaron nuevamente. Pero siguió caminando; iba a ir a Meldilorn. No podía creer que los *jrossa* obedeciesen a ninguna monstruosidad maligna, y le habían dicho —¿ o no?... estaba del todo seguro— que Oyarsa no era un *sorn.* ¿Sería un dios? ¿No sería el mismo ídolo a quienes los *sorns* querrían ofrecerlo en sacrificio? Pero no. Aunque habían dicho cosas extrañas sobre él, los *jrossa* habían negado que fuese un dios. El único dios era Maleldil el Joven. Tampoco podía imaginarse ni a Hyoi ni a Jnojra adorando a un ídolo sediento de sangre, a menos que los *jrossa* estuvieran dominados por los *sorns,* y aunque superiores a estos en todas las cualidades que los humanos valoran, dependieran de ellos por ser intelectualmente inferiores. Era una extraña aunque posible suposición; heroísmo y poesía abajo; arriba, un frío intelecto científico, y, cubriéndolo todo, alguna oscura superstición contra la que nada podía el intelecto científico, indefenso ante la venganza de las profundidades emocionales que había desoído... Demasiado complicado.

Ransom sacudió su cabeza para desprenderse de esas conjeturas. Había visto y aprendido mucho para pensar en esa forma. Él y cualquier otro ser humano hubieran considerado que los *eldila* no eran más que una superstición si alguien les hubiera hablado de ellos, pero él había oído la voz de uno. No, Oyarsa sería un ser verdadero, una persona verdadera, sí es que era una persona.

Había ya caminado durante una hora, y era casi mediodía. Hasta el momento, no se había perdido, y estaba seguro de que llegaría a la montaña tarde o temprano. Mientras tanto, se sentía muy bien, aunque con la mente algo cansada. A su alrededor veía esa semi luz purpúrea de los silenciosos bosques, como cuando había llegado a Malacandra, pero todo lo demás había cambiado. Recordó aquellos momentos como si hubiesen sido una pesadilla, y como si él mismo hubiera estado enfermo o trastornado. Todo había sido entonces una desesperación irracional, torpe, pero ahora, a la clara luz de una obligación contraída, sentía miedo, si, pero también una sensación de confianza en sí mismo y en el mundo, y hasta cierto elemento de placer. Era como un campesino en un naufragio o un jinete sobre un caballo desbocado: los dos pueden morir pero el jinete está más familiarizado con ese momento de peligro.

Una hora después del mediodía llegó al fin del bosque y salió a la radiante luz del sol. Estaba a escasos veinte metros de las montañas, que se levantaban casi perpendicularmente, por lo cual no podía ver sus cimas. Justo frente al lugar de donde había emergido del bosque comenzaba un valle que separaba dos montañas. Su base era una concavidad de piedra y ascendía verticalmente en ambos costados. En la parte más alta, parecía que ambas paredes hubieran querido juntarse otra vez, como si hubiesen sido dos gigantescas olas que, al romper, se hubiesen petrificado. Pero quizá era

sólo una ilusión óptica. Se preguntó entonces qué sería lo que los *jrossa* entenderían por un camino.

Comenzó a andar hacia el sur, a lo largo del terreno angosto y quebrado que se extendía entre el bosque y las montañas, y a pesar de que su peso era muy inferior al que tenía en la Tierra, lo accidentado del lugar hacia que la marcha le resultara en extremo fatigosa. Al cabo de media hora llegó a un arroyuelo y, tras arrancar un buen manojo de yuyos, se sentó junto al agua dispuesto a comer. Guardó luego en sus bolsillos el alimento que le había sobrado, y prosiguió su camino.

Pensó que le era imprescindible llegar a la cima antes de que se ocultase el sol, y ya promediaba la tarde, por lo cual comenzó a inquietarse, pero sus temores fueron innecesarios. Repentinamente, apareció una abertura entre el bosque, a su izquierda, y, sobre la derecha, vio el camino. Un angosto sendero que subía y bajaba a través de un valle realmente fantástico. Lo vio y quedó sin aliento. Era una senda estrecha, en extremo empinada, como una loca escalera sin peldaños, que subía hasta parecer un hilo casi invisible sobre las cumbres rocosas color verde claro. Sabía que no podía perder tiempo y comenzó el ascenso, estimando que por lo menos le tomaría hasta la hora del crepúsculo el alcanzar las cumbres.

En la Tierra hubiese sido imposible escalar esas montañas, por lo menos para un hombre del fisico y la edad de Ransom. Al principio se sintió exaltado por la facilidad de sus movimientos, pero pronto lo empinado del terreno y la distancia hicieron que sus rodillas temblaran y sintió dolor en el pecho y en la espalda, que debía encorvar por el esfuerzo. Sintió un zumbido en el oído, y notó que, pese a estar casi exhausto, su frente estaba seca. El frío, que aumentaba con cada paso, parecía afectar su vitalidad mucho más que si fuera un calor intenso. Se le pasmaron los labios, y al jadear, el aliento se veía como una nube. Pronto sintió que se le congelaban los dedos y meditó que transitaba por un silencioso mundo ártico, y había dejado un invierno inglés para penetrar en uno de Groenlandia. Se sintió asustado, y decidió que sería mejor que descansase en ese mismo momento porque si daba cien pasos más, se sentaría para no levantarse jamás. Se dejo caer sobre el suelo, haciendo golpear sus brazos contra su cuerpo para animarse. El paisaje era aterrador. El *jandramit* que había sido su mundo por tantas semanas era ahora sólo un tajo delgado y purpúreo hundido en la inmensa desolación de la *jarandra* que ahora, desde allí, se veía claramente entre y sobre los picos montañosos. Pero mucho antes de sentirse descansado supo que debía proseguir su camino o morir allí.

Durante su permanencia entre los *jrossa* casi había olvidado la sensación de estar en otro planeta, pero aquí volvió a él con fuerza desoladora. Estaba ahora en un planeta, en una estrella, en un estéril lugar del universo, a millones de kilómetros del mundo de los hombres. Le resultaba imposible recrear lo que había sentido por Hyoi, por Whm, por los *eldila* o por Oyarsa. Le pareció increíble haberse sentido obligado para con esos monstruos, si es que no fueron alucinaciones, que había encontrado en regiones ignotas del espacio. El no podía tener relación con ellos: era un hombre. ¿Por qué lo habían abandonado así Weston y Devine?

Sin embargo, su anterior resolución, tomada cuando aún podía pensar, lo impulsaba a seguir ascendiendo. Por momentos olvidaba a donde iba y para qué lo estaba haciendo. Sus movimientos se tornaron en un ritmo

mecánico, de cansancio a inmovilidad, de inmovilidad a un frío insoportable, del frío otra vez al movimiento.

Notó que el *jandramit,* que ahora era solamente una insignificante parte del paisaje, estaba cubierto por una especie de neblina, cosa que nunca había visto allí. Quizá ese era el aspecto que ofrecía desde la altura el aire del *jandramit,* que por cierto era muy diferente al de este nuevo lugar. Debía haber algo además que el esfuerzo y el frío para que su corazón y sus pulmones se sintieran tan afectados. Aunque no había nieve, la blanca brillantez era notable. La luz aumentaba, haciéndose continuamente más blanca e intensa. El cielo era de un azul mucho más profundo que en otras partes de Malacandra donde había estado. En realidad, era casi negro y las serradas espiras montañosas que se recortaban contra él visualizaban la imagen mental que tenía de un paisaje lunar. Se veían algunas estrellas.

De pronto encontró explicación a estos fenómenos: había muy poco aire sobre él; casi había llegado al nivel final del aire. La atmósfera malacándrica cubría principalmente los *jandramits* y la superficie verdadera del planeta estaba desnuda o casi nada cubierta. La luz solar, semejante a brillantes cuchillos, y el negro cielo que lo cubría formaban ese "cielo" del que él había caído, y que era ya visible a través del tenue velo de aire. Si la cumbre estuviese todavía a más de cincuenta metros, ningún hombre podría respirar allí. Quizá los *jrossa* tenían pulmones muy distintos y lo habían enviado a lugares donde un hombre hallaría la muerte. Pero aún mientras cavilaba sobre esto observó que las enhiestas cumbres iluminadas por el sol contra el cielo casi negro estaban a su mismo nivel de altitud. El camino ya no ascendía, sino que se extendía formando una hondonada, con los altos picos de un lado y una suave cuesta del otro, que ascendía hasta la verdadera *jarandra.* Todavía podía respirar, con cierto jadeo, dolorido y mareado. Lo peor era la irritación de sus ojos, pero pudo ver que el sol ya se ocultaba y pensó que los *jrossa* debían haber previsto todo eso; ellos tampoco podían vivir de noche en la *jarandra.*

Tambaleante, siguió su marcha, esforzándose por hallar cualquier tipo de señal de la torre de Augray.

Indudablemente, a Ransom le pareció mucho más largo el tiempo que pasó allí casi perdido que lo que en realidad fue. No debió haber pasado mucho cuando vio una luz a corta distancia delante de él, una luz que, por contraste, hizo aún más intensa la oscuridad que ya reinaba. Trató de correr, sin conseguirlo, y, tropezando y con sumo esfuerzo, se dirigió hacia esa luz. Cuando pensó que la había alcanzado, notó con desesperación que estaba más lejos de lo que había supuesto. Siguió su penoso camino y llegó, por fin, a lo que parecía la entrada de una caverna. La luz de su interior temblaba y una deliciosa ola de aire tibio le dio en el rostro. Era un fuego, una fogata la que ofrecía luz y calor. Ransom entró en la caverna y, deteniéndose frente al fuego, fue acostumbrando sus pupilas a esa luz. Al cabo de unos momentos pudo notar que era una cavidad de gran dimensión cavada en la verde roca, y en donde había dos cosas: una de ellas, bailando sobre la pared y el techo, era la enorme sombra angular de un *sorn;* la otra, acurrucada bajo la primera, era el *sorn* mismo, que lo miraba.

QUINCE

El vozarrón del *sorn* retumbó en la caverna:

—¡Entra, Pequeño! Entra y déjame mirarte.

Ahora que estaba frente al espectro que lo había atormentado desde su llegada a Malacandra, Ransom sintió una sorprendente indiferencia. Ignoraba que iba a suceder, pero estaba firmemente decidido a no modificar su programa. Mientras tanto, la tibieza del lugar y el aire más respirable le causaban un delicioso alivio. Entró con decisión, hasta interponerse entre el *sorn* y la fogata, y le contestó, notando que su propia voz le resultaba, en contraste con la del monstruo, terriblemente aflautada:

—Los *jrossa* me han enviado para que busque a Oyarsa —dijo.

El *sorn* lo miró de arriba a abajo.

—Tu no eres de este mundo —exclamó de pronto.

—No —replicó Ransom y se sentó. Estaba demasiado cansado como para dar mayores explicaciones.

—Me parece que eres de Zulcandra, Pequeño.

—¿Por qué?

—Eres pequeño y grueso y así deben ser los animales de los mundos pesados. No pueden venir de Glundandra, porque es tan pesado que, de haber animales allí, serían chatos como platos. Tampoco vendrás de Perelandra, porque hace demasiado calor allá. Por lo tanto, sostengo que vienes de Zulcandra.

—El mundo del que vengo se llama Tierra; así lo llaman quienes viven allí. Y no hace tanto frío como aquí. Antes de entrar en tu cueva casi muero por el frío y la falta de aire.

El *sorn* realizó un rápido movimiento con una de sus largas extremidades superiores. Ransom se sobresaltó (aunque pudo evitar el echarse hacia atrás) porque la bestia podría estar tratando de apresarlo, pero pronto vio que sus intenciones no eran malas. De la pared de atrás sacó, estirando su *"brazo",* algo que parecía una taza conectada a la pared por un largo tubo flexible, y la entregó a Ransom, diciéndole:

—Huele esto. Los *jrossa* también lo necesitan cuando pasan por aquí.

Tras una inhalación, Ransom se sintió magníficamente bien. Su jadeo terminó como por encanto y la presión que sentía en el pecho y las sienes también desapareció. El *sorn* y la caverna iluminada, que hasta ese momento veía confusamente y como en un sueño, adquirieron una nueva realidad.

—¿Es oxígeno? —preguntó, pero, naturalmente, esa palabra no significaba nada para el *sorn.* Tras un Instante, preguntó: "¿Eres tu Augray?"

—Si —contestó éste. ¿Y cuál es tu nombre?

—Pertenezco a una raza de animales llamados hombres, y por lo tanto, los *jrossa* me llaman *Mbre.* Pero mi nombre es Ransom.

—Hombre... Ran... som. —repitió el *sorn* y Ransom notó que articulaba en forma diferente a los *jrossa* y tenía más facilidad que estos para hablar un idioma humano.

Descansaba sobre sus larguísimas asentaderas, con los pies muy cerca. En esa misma posición, un hombre hubiese apoyado el mentón sobre las rodillas, pero las patas o piernas del *sorn* eran demasiado largas para eso. Sus rodillas se levantaban mucho más arriba que sus hombros, sobrepasando también la cabeza, y sugiriendo un par de grotescas orejas. La cabeza se inclinaba hacia delante, con el mentón apoyado sobre un poderoso pecho. Parecía tener o un doble mentón o una barba; Ransom no podía distinguirlo bien a la luz del fuego. Su color era blanco o cremoso y parecía estar cubierto hasta los tobillos por un ropaje de alguna substancia blanda que reflejaba la luz. Al mirarle los antebrazos, que estaban más cerca de él, verificó que se trataba de una especie de piel propia y no de una vestimenta. En realidad, más que piel parecían plumas.

Ahora que lo veía de cerca, el animal no era tan aterrador como había supuesto, y hasta no lo veía tan grande. Claro que el acostumbrarse a esa cara debía tomar un tiempo bastante considerable, porque era demasiado larga, demasiado solemne y demasiado incolora, y desagradablemente parecida a un rostro humano. Sus ojos, como siempre pasa con los animales muy grandes, parecían demasiado pequeños en contraste. En general, era más grotesco que horrible. Los calificativos de “gigantes” y “ogros” que le habían merecido esos seres al principio, daban paso ahora a los de “duende” y “ánima”.

—¿No tienes hambre, Pequeño?

Ransom estaba famélico. El *sorn* se puso de pie con extraños movimientos parecidos a los de una araña y comenzó a ir de un rincón a otro de la caverna, seguido por su flaca sombra alargada. Le trajo los acostumbrados alimentos vegetales de Malacandra y una fuerte bebida, pero además una novedad, muy bien recibida por Ransom, consistente en una substancia parda y cremosa que tenía el aspecto, el olor y el sabor del queso. Ransom preguntó qué era.

El *sorn* comenzó a explicarle, con suma dificultad, cómo la hembra de algunos animales segregaban un fluido para alimentación de sus hijos, y, si Ransom no lo hubiese interrumpido, ya se desataba en narrarle todo el proceso del ordeño y de la industria quesera.

—Si, si. Hacemos lo mismo en la Tierra. Pero ¿qué animal utilizaban para eso?

—Es una bestia amarilla con un largo cuello. Come las plantas que crecen en el *jandramit.* Nuestra gente joven que aun no tiene educación para otras tareas, llevan estas bestias a comer en las mañanas y las cuidan. Antes de que llegue la noche las traen de regreso y las encierran en las cuevas.

Por un momento, Ransom sintió un alivio al pensar que los *sorns* eran un pueblo de pastores, pero enseguida recordó que los cíclopes de Homero cumplían también esa tarea.

—Creo haber visto a uno de los tuyos realizando ese trabajo —le dijo— ¿Pero los *jrossa* no se oponen a que les destruyan sus bosques?

—¿Y porqué iban a oponerse?

—¿Ellos los obedecen a ustedes?

—Obedecen a Oyarsa.

—Y ustedes ¿a quién obedecen?

—A Oyarsa.

—Pero ¿son ustedes más inteligentes que los *jrossa?*

—Lo único que saben los *jrossa* es hacer poemas, pescar y hacer que crezcan cosas del suelo.

—Este Oyarsa... ¿es un *sorn?*

—¡No no, Pequeño! Te he dicho que él gobierna a todos los *nau* (así pronunció la palabra *jnau)* y a todo lo que existe en Malacandra...

—No comprendo a este Oyarsa, —dijo Ransom— Cuéntame más sobre él.

—Oyarsa no muere, —explicó el *sorn*— Y no procrea. Cuando Malacandra fue creada, él fue puesto aquí para gobernarla. Su cuerpo no es como el nuestro, tampoco como el tuyo. Es muy difícil verlo y la luz pasa a través de él.

—¿Cómo si fuera un *eldil?*

—Si, es el *eldil* más importante que haya venido a Malacandra.

—¿Qué son estos *eldila?*

—¿Quieres decirme, Pequeño, que no hay *eldila* en tu mundo?

—No que yo sepa. ¿Pero qué son *eldila;* por qué no puedo verlos? ¿No tienen cuerpos?

—Es claro que tienen cuerpos. Existen muchos cuerpos que tú no puedes ver. Cada animal ve algunas cosas, y otras no. ¿No existen diferentes tipos de cuerpos en Zulcandra?

Ransom trató de dar alguna idea de la terminología terrestre de sólidos, líquidos y gaseosos y el *sorn* lo escuchó con suma atención.

—Esa no es la forma de clasificarlos —replico—. Cuerpo es movimiento. Si se mueve a una velocidad, se huele algo. Si a otra, se escucha un sonido; a otra velocidad, se ve algo y existe también otra velocidad que impide oler, oír o ver y en tal caso es imposible saber que hay un cuerpo. Pero ten presente, Pequeño, que los dos extremos se encuentran.

—¿Que quieres decir?

—Si el movimiento es más rápido, lo que se mueve está casi en dos lugares a la vez.

—Sí.

Pero si el movimiento fuera todavía más rápido... me es difícil explicártelo, porque tu vocabulario es muy limitado... Bueno, si eso fuera más y más rápidamente, al final estaría en todas partes al mismo tiempo.

—Creo entenderte.

—Bueno, entonces, eso es lo que está sobre todos los cuerpos... tan rápido que está inmóvil, y con una cualidad de cuerpo tan pura que deja de ser cuerpo del todo. Pero no hablaremos de eso, sino que comenzaremos desde nuestra situación. La cosa más rápida que toca nuestros sentidos es la luz. En realidad, no la vemos y lo único que notamos son las cosas más lentas que ella ilumina. Por lo tanto, para nosotros la luz está en el borde; después de ese borde, existen otras cosas que desconocemos porque son demasiado veloces para nosotros. El cuerpo de un *eldil* es un movimiento rápido como la luz, podríamos decir que su cuerpo está hecho de luz, pero no de eso que es la luz para el *eldil.* Su luz es un movimiento más veloz, que para nosotros no existe. Y nuestra luz es para él algo como el agua, una cosa visible, que él puede tocar y en la que se puede bañar, y que le es oscura cuando no está iluminada por esa otra cosa más veloz... Y lo que llamamos cosas firmes, sólidas, como la carne y la tierra, para él son muy tenues y difíciles de ver, como si fueran nubes pero casi invisibles. Para nosotros, el *eldil* es un cuerpo casi irreal, transparente, que puede atravesar los muros y las rocas; pero él se considera firme y sólido y atraviesa las rocas, porque, para él, son como nubes. Y lo que es verdadera luz para él y llena los cielos, de manera que luego se sumerge en los rayos del sol para refrescarse, es ese nada negro que vemos en el cielo a las noches. Las cosas que te digo no son extraordinarias. Pequeño; si te resultan raras es porque escapan a nuestros sentidos. Lo que sí es raro es que los *eldila* no visiten Zulcandra.

—De eso no estoy seguro —repuso Ransom. Se le estaba ocurriendo que esas apariciones, de que hablan las leyendas en la Tierra, de seres brillantes y escurridizos, tales como *albs, devas,* etc. podrían tener, después de todo, otra explicación que la que daban los antropólogos. Claro que si tal cosa fuera así, varios conceptos humanos quedarían totalmente desvirtuados, pero sus experiencias en la nave espacial lo habían preparado para tales conmociones.

—¿Por qué quiere Oyarsa que yo vaya a él? —preguntó.

—No me lo ha dicho —contestó el *sorn*—. Pero, sin duda, él querrá ver a cualquier extraño de otra *jandra.*

—En mi mundo no tenemos ningún Oyarsa —dijo Ransom.

—Eso es otra prueba más de que tu vienes de Zulcandra, el planeta del silencio.

—¿Qué tiene eso que ver?

El *sorn* pareció sorprendido:

—Si ustedes tuvieran un Oyarsa, sería extraño que nunca hablara con el nuestro.

—¿Que hablara con el vuestro?... Pero ¿cómo podría hacerlo? La distancia es de millones de kilómetros.

—Oyarsa no se preocuparía por eso.

—¿Quieres decir que generalmente recibe mensajes de otros planetas?

—Bueno, esa no es exactamente la forma de decirlo. Oyarsa no diría que él vive en Malacandra y que otro Oyarsa vive en otro mundo. Para él, Malacandra es sólo un lugar en los cielos; y él y los otros viven en los cielos. Naturalmente, conversan entre ellos...

Ransom notaba que su atención se iba poniendo fuera de foco; lo estaba venciendo el sueño y pensó que ya no entendía bien lo que el *sorn* le decía.

—Creo que necesito dormir, Augray —le dijo—. Y no entiendo lo que estás diciéndome. Quizá sea que yo no vengo del lugar que tu llamas Zulcandra.

—Pronto dormiremos los dos —repuso el *sorn*—. Pero primero, te mostraré Zulcandra

Se levantó y Ransom lo siguió al fondo de la cueva. Allí vio una escalera en caracol cuyos peldaños, hechos para los *sorns,* eran demasiado altos para que un ser humano los subiera con comodidad, pero usando manos y rodillas consiguió treparlos. El *sorn* iba adelante y portaba un pequeño objeto redondo del que parecía partir la luz que los iluminaba. El ascenso fue muy largo, como si estuviesen subiendo una montaña por sus entrañas, hasta que por fin, casi ya sin aliento, se encontró en una oscura aunque tibia cámara de roca y oyó al *sorn* que le decía:

—Todavía está sobre el horizonte meridional —y señalaba a algo similar a una pequeña ventana. Ransom pensó que, fuese lo que fuese, no tenía semejanza alguna con los telescopios que conocía. Apoyó sus codos sobre la repisa de la ventanilla y miró por ella. Veía una oscuridad absoluta y, flotando en el medio y tan cerca que parecía que podría tocarla con sus manos, había un disco brillante del tamaño de una moneda grande. La mayor parte de su superficie era plateada, sin ninguna característica especial; en la parte inferior había unas marcas y, bajo ellas, un casquete blanco, como los casquetes polares que había visto en fotografías astronómicas de Marte. Por un momento se preguntó si no estaría contemplando a ese planeta pero, al prestar más atención a las marcas, reconoció que eran... Europa septentrional y una porción de América del Norte. Estaban al revés, con el Polo Norte abajo, y esto lo desconcertó. Pero era la Tierra... quizás, Inglaterra, aunque esa visión temblaba algo y sus ojos estaban muy cansados. Quizá lo estaba imaginando. En ese pequeño disco estaba todo... Londres, Atenas, Jerusalén, Shakespeare. Allí todos habían vivido y todo había sucedido, y allí, muy posiblemente, su mochila estaba todavía en el porche de una casa vacía cerca de Sterk...

—Si —le dijo con voz apagada al *sorn*—. Ese es mi mundo.

Fue el momento más desolado de su vida.

DIECISÉIS

Cuando despertó a la mañana siguiente, Ransom tuvo la gran sensación de que le habían quitado un gran peso de encima, y entonces recordó que era huésped de un *sorn,* y que el ser que había estado evitando desde su llegada a ese planeta había resultado ser tan amistoso como los *jrossa,* aunque estaba lejos de sentir el mismo afecto por él. Por consiguiente, ya no quedaba nada que temer en Malacandra excepto Oyarsa... "La última valla," pensó.

Augray le dio comida y alimento.

—Y ahora —preguntó Ransom—, ¿Cómo encontraré el camino para llegar a Oyarsa?

—Yo te llevaré, —contestó el *sorn*—. Eres demasiado pequeño para realizar ese viaje solo y me agradará mucho ir a Meldilorn. Los *jrossa* no debieron haberte enviado por aquí. Parece que no saben, al mirar a un animal, el tipo de pulmones que tiene y lo que es capaz de hacer. Es típico de los *jrossa.* Si murieras en la *jarandra* harían un poema acerca del valeroso *Mbre* que marchaba, marchaba, mientras el cielo se ponía negro y las estrellas brillaban, y pensarían alguna hermosa frase para que fuesen tus palabras postreras antes de expirar… y entonces eso les parecería tan bueno como si hubiesen sido más precavidos y te hubieran salvado la vida enviándote por una ruta menos arriesgada.

—Me gustan los *jrossa* —dijo Ransom secamente—, y creo que la forma en que hablan de la muerte es la correcta.

—Es correcto el que no la teman, Ransom, pero parece que no la consideran parte de la naturaleza de nuestros cuerpos lo que, a menudo, permite evitarla. Por ejemplo, esto ha salvado la vida de muchos *jrossa* y, sin embargo, a ninguno de ellos se le hubiera ocurrido recurrir a ella.

Mostró a Ransom un frasco conectado a una taza por medio de un tubo flexible, que, sin duda, era un aparato para la administración de oxígeno.

—Huele aquí dentro cuando lo necesites, Pequeño —dijo el sorn—. Y mantenlo cerrado cuando no te haga falta.

Augray le colocó el artefacto sobre la espalda y, pasándole el tubo por sobre el hombro, lo puso en su mano. Ransom no pudo evitar un estremecimiento al sentir el contacto de las manos del *sorn* sobre su cuerpo. Tenían la forma de un abanico, con siete dedos, y eran sólo piel y hueso, como las patas de un pájaro, a la par que muy frías. Para olvidar pronto esa desagradable sensación, le preguntó donde fabricaban esos aparatos, ya que no había visto todavía ningún lugar que sugiriese una fábrica o laboratorio ni remotamente.

—Nosotros lo ideamos —contestó el *sorn*— y los pfifltriggi lo fabricaron.

—¿Por qué lo hacen ellos? —inquirió Ransom. Una vez más estaba tratando, con su insuficiente vocabulario, de descubrir el armazón político y económico de Malacandra.

—Les gusta hacer cosas —replicó Auguray—. Su inclinación es hacer cosas atractivas e inútiles, pero a veces se cansan de eso y se encargan de hacernos cosas para nosotros, que los hemos ideado, siempre que sean lo bastante dificultosas. No tienen paciencia para hacer cosas sencillas por más útiles que sean. Pero, comencemos el viaje. Siéntate sobre mi hombro.

Esa invitación le resultó tan inusitada como alarmante, pero viendo que el *sorn* ya se había puesto en cuclillas, se sintió obligado a trepar a su hombro, que parecía emplumado, y sentarse junto a esa cara larga y pálida, y rodeando hasta donde alcanzaba su brazo el enorme pescuezo. El gigante se levantó cautelosamente y Ransom se encontró contemplando el paisaje desde una altura de unos seis metros.

—¿Vas bien, Pequeño? —le preguntó.

—Muy bien —le contestó Ransom. Y así comenzaron la marcha.

Posiblemente lo menos humano del *sorn* era su forma de caminar. Levantaba muy alto los pies y luego los apoyaba suavemente, sugiriendo a Ransom el paso de un gato al acecho, de un gallo o de un esbelto caballo trotador, aunque, en realidad el movimiento no era el de ningún animal terrestre. Para el pasajero era notablemente cómodo, y en unos pocos minutos perdió toda aprehensión y temor. Por el contrario, su mente se pobló de placenteras y hasta tiernas asociaciones: recordó cuando, de pequeño, había montado un elefante en el zoológico, o aún antes de eso, cuando su padre lo llevaba a sus espaldas. Era divertido. Parecían andar a razón de cuatro o cinco kilómetros por hora. El frío, aunque intenso era soportable y, gracias al oxígeno, no tenía problemas con la respiración.

El paisaje que veía desde su alto y ondulante lugar de observación era solemne. El *jandramit* no se veía en ninguna parte y a cada lado de ellos se extendía un mundo de rocas desnudas, de tenue color verde y salpicadas de rojo. El cielo, de azul muy oscuro donde se unía con las cumbres, era casi negro en el cénit y, mirando en aquellas direcciones donde el sol no lo enceguecía, podía ver estrellas. El *sorn* le confirmó que estaban muy cerca del límite del área respirable. Ya en la sierra que bordeaba el *jarandra* y forma los muros del *jandramit* o en la angosta depresión por la que marchaban, el aire estaba enrarecido, cómo en las cumbres del Himalaya, y los *jrossa* tenían allí problemas para respirar. En la *jarandra,* o verdadera superficie del planeta, ya no podía existir vida. En consecuencia, la brillantez por la que caminaban era casi la del cielo, una luz celestial apenas templada por un velo atmosférico.

La sombra del *sorn* y de Ransom sobre su hombro se deslizaba sobre las rocas con marcada nitidez, como la sombra de los árboles proyectada por los faros de un automóvil, y en las partes donde no había sombra el resplandor lastimaba los ojos. El lejano horizonte parecía estar a escasos metros. Las fisuras y curvas de remotas colinas se veían tan claras como si se tratase de un cuadro pintado por alguien sin ninguna noción de perspectiva. Estaban en la frontera de ese cielo que Ransom había visto desde la nave espacial y esos rayos que los mundos cubiertos de atmósfera no reciben comenzaban a actuar sobre su cuerpo. Experimentó nuevamente un bienestar total, una solemnidad que lo elevaba, y la sensación, sobria y regocijante a la vez, de que la vida y el poder se le ofrecían en ilimitada abundancia. Si hubiese tenido suficiente aire en los pulmones, se hubiera reído a carcajadas.

En los bordes del valle, como si fuera espuma caída de lo alto, aparecían bellísimas esas pompas jabonosas color rosado que tan a menudo había visto desde la distancia. Ahora, en la cercanía, parecían duras como de piedra, con formas que semejaban tallos abajo y una gran flor arriba. Recordó haberlas comparado con gigantescas coliflores, y notó que había estado muy acertado, ya que parecían coliflores pétreas del tamaño de catedrales y color rosa pálido. Preguntó al *sorn* qué eran.

—Son los viejos bosques de Malacandra —contestó Augray—. Hubo un tiempo en que había aire en la *jarandra y* no hacia frío. Si tu pudieras subir a ella y vivir, la verías cubierta por los huesos de antiguos seres; en aquellos tiempos había vida y bullicio allí. Fue entonces cuando crecieron estos bosques, y entre los troncos vivía un pueblo que hace miles de años que se

ha extinguido. No estaban cubiertos de piel como los *jrossa* sino que tenían algo similar a lo mío. No nadaban en el agua ni caminaban sobre el suelo sino que flotaban y se movían en el aire con brazos anchos y planos que los mantenían en lo alto. Se dice que cantaban muy bien y, en aquellos días, los rojos bosques devolvían el eco de sus cantos. Ahora, los bosques se volvieron de piedra y únicamente los *eldila* pueden atravesarlos.

—Nosotros todavía tenemos seres así en nuestro mundo —le informó Ransom— Los llamamos pájaros. ¿Dónde estaba Oyarsa cuando le sucedió todo esto a la *jarandra?*

—Donde está ahora.

—¿Y no pudo evitar que tal cosa pasara?

—No lo sé. Pero un mundo no está hecho para durar para siempre, y menos aún una raza; así lo dispone Maleldil.

A medida que avanzaban, los bosques petrificados se hicieron más numerosos y frecuentemente, durante largos trechos, todo el horizonte de ese yermo sin vida y casi sin aire se sonrojaba como un jardín inglés en el verano. Pasaron muchas cavernas donde, según le informó Augray, vivían *sorns;* algunos acantilados estaban perforados con innumerables agujeros hasta su cima, y de allí salían ruidos huecos que Ransom no lograba identificar.

El *sorn* le dijo que estaban trabajando, aunque no pudo lograr que Ransom entendiese qué tipo de trabajo. Su vocabulario era muy distinto al de los *jrossa.* Por ninguna parte vio algo que semejase un villorrio o ciudad de los *sorns,* que aparentemente eran solitarios y poco sociables.

A veces, por la boca de una caverna aparecía un rostro largo y pálido e intercambiaba un saludo, especie de ruido de claxon, con los viajeros, pero por lo general el largo valle, la calle rocosa de esos seres silenciosos, estaban callados y vacíos como la misma *jarandra.*

Esa tarde, cuando comenzaban a descender una suave hondonada, vieron a tres *sorns* que venían hacia ellos bajando por la cuesta opuesta. En lugar de caminar, parecían venir sobre patines. Ese mundo tan liviano y el porte perfecto de sus cuerpos les permitía inclinarse hacia delante formando un ángulo recto con la barranca, y descendían velozmente como navíos a toda vela con viento a favor. La gracia de sus movimientos, su elevada estatura y el suave reflejo del sol sobre su plumaje, hizo que otra vez Ransom modificara la opinión que le habían merecido. Cuando trataba de desprenderse de los brazos de Weston y de Devine, los había comparado con ogros. Ahora le pareció que la descripción adecuada era la de “titanes” o, quizás, “ángeles”. Hasta notó que se había equivocado con los rostros. Le habían parecido espectrales, cuándo, en realidad, sólo eran augustos. Las grandes criaturas blancas se deslizaron y pasaron junto a Ransom y a Augray, se inclinaron como árboles frondosos y prosiguieron su camino.

A pesar del frío, que a menudo hacía que bajara del hombro del Augray para caminar un trecho y así entrar en calor, Ransom no tenía deseos de que terminara el viaje, pero el *sorn* tenía sus planes y se detuvo para pasar la noche, muchos antes de la puesta de sol, en la vivienda de otro *sorn* anciano.

Ransom enseguida notó que había sido llevado allí para exponerlo a la curiosidad de un gran científico. La caverna, o, para decirlo correctamente, el sistema de excavaciones, era grande y tenía muchas cámaras, con una multitud de cosas que Ransom desconocía. En especial le interesó una colección de rollos, aparentemente hechos de piel, que estaban cubiertos de caracteres y que, presumiblemente, eran libros; pero se dio cuenta de que los libros eran muy escasos en Malacandra.

—Es mejor recordar las cosas —le dijeron a los *sorns.*

Cuando Ransom les preguntó si en esa forma no podrían perderse secretes valiosos, le contestaron que Oyarsa siempre los recordaba y los haría volver a la luz si lo creía conveniente.

—Los *jrossa* antes tenían muchos libros de poemas —agregaron—. Pero ahora no tienen tantos. Dicen que al escribirla se destruye la poesía.

El anfitrión que tenían en esas cavernas estaba ayudado por varios otros *sorns* que parecían, en cierta forma, sus subordinados; Ransom creyó al principió que eran sirvientes, pero decidió más tarde que eran alumnos o asistentes.

La conversación que tuvo lugar esa noche no fue de interés para un lector terrestre, porque los *sorns* insistieron en que Ransom contestara preguntas en lugar de formularlas. Su interrogatorio era muy distinto a las desordenadas, imaginativas preguntas de los *jrossa.* Cubría, sistemáticamente, desde la geología de la Tierra hasta su geografía actual, y luego pasaba a la flora, la fauna, la historia de la humanidad, los idiomas, la política y las artes.

Cuando notaban que Ransom ya no sabía qué agregar sobre algún tema, lo dejaban de inmediato y saltaban a otro. A menudo extrajeron mucha más información indirectamente de él, que lo que concientemente poseía, basándose en los amplios conocimientos que, obviamente, tenían de ciencias en general. Una casual observación de Ransom acerca de los árboles cuando los trataba de hablar sobre la fabricación del papel, llenó para ellos un blanco que les había dejado en sus incompletas explicaciones sobre botánica; lo que les dijo sobre la navegación en la Tierra les aclaró varias incógnitas sobre mineralogía y la descripción que les esbozó de la máquina de vapor les aclaró mucho mejor las características del aire y del agua en la Tierra, con datos que Ransom mismo desconocía. Desde un principio había decidido ser enteramente franco, porque de lo contrario sería indigno de ser considerado un *jnau* y, además, disfrazar las cosas no tendría objeto. Quedaron pasmados sobre lo que les contó acerca de la historia humana, de la guerra, de la esclavitud y de la prostitución.

—Eso se debe a que no tienen Oyarsa —dijo uno de los discípulos.

—Se debe a que, cada uno de ellos, desea ser un poco Oyarsa — comentó Augray.

—No pueden evitarlo —dijo el viejo *sorn*—. Debe existir algún tipo de gobierno, pero, ¿cómo pueden los seres gobernarse ellos mismos? Las bestias deben ser gobernadas por un *jnau,* un *jnau* por los *eldila,* y los *eldila* por Maleldil. Esos seres no tienen *eldila.* Están tratando de levantarse tirando hacia arriba de sus propios cabellos, o como alguien que quisiera ver desde donde está toda la región que lo rodea y está al mismo nivel que ella, o como una hembra que quisiera tener un cachorro sin el macho.

Dos cosas acerca de nuestro mundo les resultaron especialmente notables: una fue el grado extraordinario en que absorbe nuestras energías el levantar y transportar objetos. La otra fue que existía en la Tierra una sola clase de *jnau.* Esto pensaron que debe tener efectos decisivos en el desarrollo de nuestros sentimientos y de nuestras mentes.

—Vuestros pensamientos deben estar a merced, entonces, de vuestra sangre —observó el *sorn* viejo—, ya que no pueden establecer comparaciones con pensamientos que flotan en sangres diferentes.

Fue una conversación agotadora y muy desagradable para Ransom, pero cuando, por fin, se acostó a dormir, no pensaba ni en la desnudez humana ni en su propia ignorancia. Solamente pensó en los viejos bosques de Malacandra y en lo que significaría crecer viendo siempre a escasa distancia un mundo de color que nunca podría ser alcanzado y que había estado habitado en el pasado.

DIECISIETE

A la mañana siguiente, bien temprano, Ransom volvió a tomar asiento sobre el hombro de Augray y reanudaron el viaje. Durante más de una hora atravesaron la misma región desolada y brillante. Hacia el Norte, se veía en el cielo algo semejante a una nube color rojo y ocre, que avanzaba furiosamente a una altura que parecía de unos 15 kilómetros. Ransom, que nunca había visto nubes en Malacandra, preguntó qué era y el *sorn* le informó que era arena, levantada por los grandes vientos de los terribles desiertos del norte. Al caer, quizás en un *jandramit,* era una sofocante y enceguecedora tormenta de arena. Al mirarla avanzando amenazadoramente en el cielo desnudo Ransom recordó que estaban en el *exterior* de Malacandra, en la superficie de un extraño planeta.

Por fin, la nube pareció romperse y caer en el horizonte, y quedó allí un resplandor como el de una ciudad bombardeada o un incendio, que permaneció visible para ellos hasta que una curva del valle ocultó esa región a sus ojos.

Esa misma curva trajo un cambio muy marcado en el panorama. Al principio, le pareció un lugar de aspecto terrestre: cuestas color grisáceo levantándose y bajando como las olas del mar. A lo lejos, acantilados y agudas montañas de esa roca verde se levantaban contra el azul oscuro del cielo. Un momento después, Ransom vio que lo que había tomado por cuestas era la superficie de una niebla azul grisácea, una niebla que no parecía niebla cuando descendieran al *jandramit.*

Ya a medida que el camino descendía, era menos visible y el multicolor país bajo comenzó a traslucir borrosamente. La bajada se hizo muy pronunciada y era en extremo dificultosa por lo accidentada. El aspecto del cielo y la luz sufrieron un cambio apenas perceptible. Unos minutos después estaban junto a una cuesta que, si estuviera en la Tierra, hubiese sido llamada precipicio. El camino descendía hacia las profundidades, donde se perdía en un conglomerado de vegetación purpúrea. Ransom rehusó de plano realizar el descenso sobre el hombro del *sorn,* y éste, aunque no pareció entender los motivos, se inclinó para dejarlo bajar, y continuó luego

el camino con su misma ondulante forma de andar, seguido de Ransom quien se alegraba de usar sus piernas, por más endurecidas que las sentía.

La belleza de este nuevo *jandramit* lo dejó extasiado. Era más amplio que el otro en el cual había vivido y allí abajo se veía un lago casi circular, un zafiro de quince kilómetros de diámetro engarzado en bosques purpúreos. Del medio del lago surgía, como una baja pirámide o como un pecho de mujer, una isla color rosa pálido, y en su parte central y más alta, que era redondeada, había un bosque de árboles jamás vistos por un ser humano. Sus lisos troncos tenían una altura superior a la más altas catedrales de la Tierra y sus copas no parecían formadas por follaje sino más bien por una gran flor, dorada como un tulipán, inmóvil como si fuera de roca y enorme como una nube de verano. Eran, en realidad, flores y no árboles. Ransom observó cierto tipo de construcciones levantadas junto a las raíces. Antes de que su guía se lo dijese, supo que habían llegado a Meldilorn.

No podía decir qué era lo que había esperado. Hacía tiempo que había descartado lo que había imaginado en la Tierra de cómo serían esos otros mundos, pero nunca había esperado nada tan clásico, tan virginal como este luminoso bosque, que yacía tan inmóvil, tan secreto, en su colorido valle, elevándose con inimitable gracia a alturas tan grandes en esa luz de sol invernal. Con cada paso del descenso, subía a ellos la deliciosa tibieza del valle; arriba, el cielo se tornaba celeste; mirando hacia abajo, la dulce y suave fragancia de las gigantescas flores llegaba hasta ellos. Las rocas parecían ahora menos agudas y las superficies menos deslumbrantes. La profundidad, la suave luz normal, la suavidad de las cosas y la perspectiva volvían al paisaje. El labio o borde rocoso del cual habían iniciado el descenso ya estaba muy arriba y parecía increíble que hubiesen bajado desde allí. Ransom respiraba ahora con facilidad; los dedos de sus pies, que durante tanto tiempo había sentido tiesos, como congelados, podían moverse ahora deliciosamente dentro de sus botas. Levantó las orejeras de su gorra y enseguida sus oídos se llenaron del sonido de agua que caía. Pisaba blandos yuyos sobre suelo por fin llano, y el techo de la floresta semejaba la nave principal de una enorme iglesia. Había conquistado la *jarandra* y estaban en los umbrales de Meldilorn.

A unos pocos pasos encontraron una especie de “avenida”, un ancho sendero derecho como una flecha que cruzaba a través de los tallos purpúreos hasta llegar al lugar donde el vivido azul del lago danzaba y refulgía. Allí vieron un gong y una maza colgados de una columna de piedra. Estos objetos estaban profusamente decorados y el gong y la maza eran de un metal azul verdoso que Ransom no pudo identificar. Augray hizo sonar el gong y la excitación que se apoderaba de Ransom casi imposibilitó que dedicara toda la atención que hubiese deseado para observar la ornamentación de la piedra. Era en parte pictórica y en parte pura decoración. Lo que principalmente llamó su atención fue un cierto equilibrio entre las partes labradas y las superficies lisas. Eran líneas desnudas, como los dibujos prehistóricos de bisontes en la Tierra, y, alternadamente, había porciones con un diseño tan intrincado como una joya celta. Al mirar más detenidamente, estas partes labradas y lisas formaban, a su vez, un diseño mayor y le sorprendió notar que el trabajo pictórico no se confinaba a los espacios más vacíos: algunos arabescos formaban una decoración secundaria de extraño diseño. En las otras partes se seguía el ordenamiento

principal, y este sistema alternado poseía un notable elemento rítmico o matemático. Comenzaba a comprender que las figuras aunque estilizadas, narraban una historia, cuando Augray lo interrumpió. Una embarcación zarpaba desde la isla.

Cuando estuvo más cerca, Ransom vio con alegría que quien remaba era un *jross.* Este trajo el bote a la orilla, miró durante unos momentos fijamente a Ransom y luego volvió su mirada, interrogativamente, a Augray.

—No es extraño que te intrigue este *nau,* Rina —dijo el *sorn—,* porque nunca has visto a otro como él. Se llama Ransom y ha venido desde Zulcandra a través de los cielos.

—Le doy la bienvenida, Augray —repuso el *jross* con cortesía—. ¿Viene a Oyarsa?

—Lo ha mandado llamar.

—¿Y a ti también, Augray?

—Oyarsa no me ha llamado. Si llevas a Ransom al otro lado del agua, yo regresaré a mi torre.

El *jross* indicó que Ransom entrase en el bote. Este trató de expresarle su agradecimiento a Augray y, tras un instante para pensar en algo, se quitó su reloj pulsera y se lo ofreció. Era lo único que poseía y que podía ser un regalo adecuado para un *sorn.* No tuvo dificultad en hacerle comprender para qué servía, pero después de examinarlo, el gigante se lo devolvió, con alguna duda diciéndole:

—Debes dar este regalo a un *pffiltriggi.* Me regocija el corazón, pero será de más utilidad para ellos. En Meldilorn es muy probable que te encuentres con algunos; dáselo. En cuanto a su uso ¿tu gente no sabe sin mirarlo cuanto pasó y cuánto queda del día?

—Creo que algunos animales poseen cierto conocimiento sobre eso —contestó Ransom—. Pero nuestro *jnau* lo ha perdido.

Se despidió entonces del *sorn* y entró en el bote. Estar otra vez embarcado con un *jross*, sentir el calor del agua sobre el rostro y ver un cielo azul fue casi como un retorno al hogar. Se quitó la gorra y se recostó cómodamente contra la popa, mientras interrogaba a su guía. Se enteró así que los *jrossa* no estaban específicamente al servicio de Oyarsa, como había sospechado al ver a un *jross* en cargo del "ferry"; las tres especies de *jnau* lo habían servido en sus especialidades específicas y, naturalmente, el "ferry" era confiado a aquellos que entendían de embarcaciones. Entendió también que la actitud que debía adoptar al llegar a Meldilorn era la de hacer lo que quisiera e ir a donde se le antojara, hasta que Oyarsa lo mandara llamar. Esto podía suceder de inmediato a su llegada o demorar varios días. Cerca del lugar de desembarque, encontraría chozas donde dormir de ser necesario y se le proveería de alimentos. En pago de toda esta información, relató al *jross* todo lo que podía acerca de su propio mundo y del viaje que había hecho desde allí, y lo advirtió sobre los hombres meles que lo habían traído y que aún estaban en Malacandra. Al decirle esto, recapacitó que ese tema no lo había tocado con el énfasis necesario en sus conversaciones con Augray, pero se consoló al reflexionar que Weston y Devine ya parecían tener alguna relación con los *sorns* y no se atreverían a molestar a seres tan enormes y comparativamente tan parecidos al hombre. Por lo menos, no lo harían

enseguida. En cuanto a los propósitos de Devine no se hacía ilusiones; todo lo que podía hacer era exponer a Oyarsa las cosas con toda franqueza. En ese instante, el bote tocó la orilla.

Mientras el *jross* ataba el bote a la costa, Ransom se levantó y miró a su alrededor. Cerca de la pequeña bahía a la que habían entrado había edificios bajos de piedra, los primeros que había visto en Malacandra, y varias fogatas. El *jross* le dijo que allí podría encontrar abrigo y comida. El resto de la isla parecía desolado, y las suaves colinas se veían desnudas hasta llegar al monte que las coronaba y en donde, otra vez, vio rocas talladas. Pero no parecía ni un templo ni una casa en el sentido humano, sino una ancha avenida de monolitos, una avenida principal mucho más grande, majestuosa, vacía y que se perdía del otro lado de la colina. Todo era soledad, pero al mirar más intensamente, le pareció oír, contra el fondo silencioso de la mañana, una leve pero continua vibración de un sonido argentino, apenas un ruido y sin embargo, bien perceptible.

—La isla está llena de *eldila,* —le susurró el *jross.*

Desembarcó y, como si hubiese esperado hallar algún obstáculo, dio algunos pasos vacilantes, se detuvo, y prosiguió andando en la misma forma.

Aunque los yuyos que cubrían el suelo eran densos y muy blandos y sus pies no producían el menor ruido, Ransom sentía el impulso de caminar en puntas de pie. Todos sus movimientos eran suaves y tranquilos. La gran extensión de agua que los rodeaba hacía que el aire fuese el más tibio que había encontrado en Malacandra; el clima era casi como el de un tibio día otoñal en la Tierra, tibio, pero ya sugiriendo el frío invernal que va a venir. Ese temor respetuoso que sentía acrecentar a cada momento, le impidió ascender a la cima de la colina con su monte y avenida de monolitos.

Cuando había llegado a la mitad de esa cuesta, dobló hacia su derecha y siguió andando en forma paralela a la costa. Se dijo a sí mismo que estaba echando una mirada a él. Esa sensación fue ratificada por un descubrimiento que hizo al cabo de andar durante media hora, y que posteriormente siempre tuvo dificultad en describir. En los términos más abstractos, podría resumirse diciendo que la superficie de la isla estaba sujeta a tenues variaciones de luz y sombra que parecían no depender del cielo en absoluto. Si el aire no hubiese estado quieto y los yuyos no hubieran sido tan cortos y firmes como para moverse en el viento, Ransom hubiese pensado que una suave brisa jugaba con ellos, causando esas alteraciones en luz y sombra que se ven en los maizales de la Tierra. Como los sonidos argentinos que se oían, estas “pisadas” de luz eran sumamente difíciles de percibir. Cuanto más atentamente miraba, menos las veía. En los extremos de su campo de visión, era donde más se notaban, pero tan pronto dirigía su vista allí, todo desaparecía, y ese brillo fatuo parecía que acababa de desaparecer de todo lugar donde creía haberlo visto. No dudó entonces que estaba “viendo”, a los *eldila* y eso era lo máximo que jamás vería de ellos. La sensación que le produjo fue curiosa; no fue sobrecogedora, como si hubiese estado rodeado de fantasmas; tampoco era como si lo estuviesen espiando; más bien la impresión era de que estaba siendo observado por cosas que tenían el derecho a hacerlo. No era temor; sentía timidez, ofrecía su misión y, en general, tenía conciencia de que la situación le era embarazosa y le causaba nerviosismo.

Estaba cansado, y pensó que, en esa tierra favorecida, el agradable clima le permitiría recostarse al aire libre. Se sentó, y la blandura de los yuyos, el aire tibio y el dulce aroma que llegaba a él, le hicieron pensar en la Tierra y en los jardines del verano. Cerró sus ojos por unos instantes, y, al abrirlos otra vez, notó que había edificios allá a lo bajo y vio también un bote que se acercaba a través del lago. Enseguida se dio cuenta que era el "ferry" y que esos edificios eran las casas de huéspedes que estaban frente a la bahía; en su paseo había dado una vuelta completa a la isla. Al hacer este descubrimiento, sintió cierta desilusión.

Comenzaba a sentir apetito, y quizá sería una buena idea bajar hasta la costa y pedir algo de comer; por lo menos, ayudaría a pasar el tiempo.

Pero no lo hizo, porque cuando se puso de pie y miró más atentamente a las casas, vio un revuelo considerable de seres que iban y venían y notó que del "ferry" desembarcaba un grupo bastante numeroso de pasajeros. En el lago vio varios objetos que se movían y que, al principio, no pudo identificar pero que resultaron ser *sorns* que, evidentemente, venían a Meldilorn vadeando el lago. Eran aproximadamente diez de esos seres. Por alguna causa, la isla estaba recibiendo un gran flujo de visitantes. Ya no creía que si bajaba y se mezclaba entre ellos le significaría algún daño, pero vacilaba en hacerlo. La situación le trajo a la memoria lo que había sentido, cuando muy pequeño, el primer día de clase y era un extraño entre los demás colegiales. Por fin tomó la decisión de no ir. Arrancó algunos yuyos del suelo, los comió y se echó a dormir un poco.

Cuando comenzó a refrescar en la tarde, se levantó y prosiguió su paseo. Encontró que había otros *jnau* en la isla para entonces. Principalmente, eran *sorns,* pero se hacían más notorios debido a su altura. El silencio era casi completo. Su resistencia a acercarse a esos seres, que parecían preferir permanecer junto a las orillas, lo llevó hacia la elevada parte central de la isla. Pronto se encontró en las cercanías del bosque y frente a la avenida de los monolitos. Por razones que no podía definir, no entraba en sus planes el recorrer esa avenida, pero comenzó a estudiar con interés las inscripciones en la piedra que tenía más cerca y su curiosidad lo llevó después a observar, poco a poco las demás.

Las inscripciones eran sumamente intrigantes. Junto a figuras de *sorns,* de *jrossa* y de lo que suponía eran *pffiltriggi,* aparecían solitarias imágenes de unos seres ondulantes, con algo que podría representar un rostro y alas. No había duda que eran alas, y eso lo intrigó mucho. ¿Sería entonces que las tradiciones del arte en Malacandra se originaran desde esa era geológica y biológica cuando, según Augray, había vida, incluyendo aves, en la *jarandra?* La respuesta de las piedras parecía ser afirmativa. Había figuras representando las viejas florestas rojas con pájaros (no había duda que lo eran) volando entre las plantas y otros seres vivos que no conocía. En otra piedra, estaban las mismas figuras, pero muertas y otra figura de aspecto fantástico, parecido a un *jnakra,* y que presumiblemente representaba al frío, aparecía en el cielo arrojándoles dardos. Otras figuras, aun vivas, rodeaban al ondeante ser alado, que quizá fuese Oyarsa, y que estaba representado por una llama de fuego con alas. En otra piedra estaba Oyarsa, seguido por muchos seres, y aparentemente araba un surco con un objeto en punta. Otra piedra mostraba a varios *pffiltriggi* que estaban ensanchando ese surco con herramientas similares a palas. Los *sorns* apilaban la tierra a ambos lados del surco, mientras varios *jrossa* parecían

estar construyendo canales de agua. Ransom se preguntó si todo eso seria una representación de la leyenda sobre la creación de los *jandramits* o si, en realidad, estos serían artificiales.

En otras piedras había inscripciones y figuras que no pudo descifrar. En una representaba, en su parte inferior, un segmento de un círculo y arriba y debajo del mismo aparecían las tres cuartas partes de un disco dividido en anillos concéntricos. Pensó que representaba al sol levantándose tras unas colinas. El segmento del círculo estaba rodeado de varias imágenes de Malacandra: Oyarsa en Meldilorn, *sorns* al borde de la *jarandra* y varias otras cosas que ya le eran familiares. Se abocó entonces a observar el disco que surgía desde allí y decidió que no era el sol. El sol estaba allí no había duda, como centro del disco y, a su alrededor, giraban los círculos concéntricos. En el primero y más pequeño de ellos había una pequeña bola sobre la que cabalgaba una figura alada, parecida a Oyarsa, pero sosteniendo lo que podría ser una trompeta. El segundo círculo, otra figura hecha de fuego cabalgaba otra bola, y notó que tenía dos protuberancias que podrían significar las ubres o senos de un mamífero hembra. Para entonces, ya había decidido que se trataba de una representación del sistema solar. La primer bola era Mercurio, la segunda, Venus... y ¡"qué coincidencia extraordinaria"! —pensó Ransom—, "que esta mitología, a semejanza de la nuestra, asocie el sexo femenino al planeta Venus." El problema le hubiera ocupado mucho más tiempo si su curiosidad no le hubiese hecho pasar a la siguiente esfera, que sin duda representaba a la Tierra. Cuando la miró, su actividad mental quedó paralizada por un momento. La esfera estaba allí, pero en el lugar donde debía estar la figura de fuego no había nada salvo una depresión, como si a esa figura la hubiesen arrancado de su lugar. Eso significaba que, una vez... pero sus especulaciones tropezaron con gran serie de incógnitas insolubles. Miró entonces al círculo siguiente. No había esfera; en cambio, la parte inferior del círculo tocaba la parte de arriba del segmento con las ilustraciones sobre Malacandra, de manera que Malacandra, en ese punto, tocaba al sistema solar y salía de él, en perspectiva, hacia el espectador. Ahora que había comprendido el significado de esos grabados, se maravilló ante la vividez y perfección de los mismos. Dio un paso atrás y respiró profundamente, en preparación de las sorpresas que le depararían las conclusiones a que ahora podía llegar. Malacandra era, entonces, Marte. La Tierra... pero en ese momento un martilleo que inconscientemente había estado escuchando se hizo demasiado fuerte e insistente como para seguir ignorándolo. Alguien, y por cierto no un *eldil,* estaba trabajando, cerca de él. Un poco sobresaltado, ya que había estado absorto en sus pensamientos, se dio vuelta. No vio a nadie. Estúpidamente, gritó en inglés:

—¿Quién está ahí?

El martilleo cesó y un rostro notable apareció detrás de un monolito.

No lo cubría pelambre y era alto y puntiagudo como brujo de los cuentos infantiles, amarillento y de aspecto desaliñado; casi no tenía frente, pero su cabeza era muy voluminosa. De improviso, y dando un sorprendente salto, todo su cuerpo salió de detrás de la piedra. Ransom especuló si sería un *pffiltriggi* y se felicitó de no haberse encontrado con uno de esa raza al llegar a Malacandra. Su aspecto era lo más semejante al de un reptil o al de un insecto de todo lo que había visto hasta ese momento en ese mundo. Se parecía a un gran sapo, y, al principio, Ransom creyó que estaba apoyado, como ese anfibio, sobre sus patas delanteras, pero pronto notó que esa parte

de sus extremidades delanteras era, en términos humanos, un codo más que una mano. Era ancha y acolchada y claramente destinada a servirle de locomoción y, hacia arriba, a un ángulo de aproximadamente cuarenta y cinco grados, comenzaban los verdaderos antebrazos: delgados, fuertes y terminaban en enormes manos con muchos dedos en extremo flexibles. Era obvio que este ser tenía la ventaja de poder apoyarse en un codo y dedicar toda su fuerza para cualquier trabajo desde minería hasta el tallado de camafeos. El efecto que ofrecía de ser insecto surgía de la velocidad conque se movía y se detenía y también de que podía hacer girar su cabeza casi totalmente hacia atrás. También sus movimientos producían un ruido o zumbido parecido al de una chicharra. Parecía un saltamontes, un sapo y hasta cierto parecido con un viejo disecador de animales que Ransom había conocido en Londres.

—Vengo de otro planeta —comenzó Ransom.

—Lo sé, lo sé —exclamó el extraño con una voz rápida, aguda y en tono impaciente—. Ven aquí, detrás de esta piedra. ¡Por aquí, por aquí! Son órdenes de Oyarsa. ¡Hay mucho que hacer! ¡Hay que comenzar enseguida! Párate aquí.

Ransom se encontró del otro lado del monolito, frente a una ilustración aún inconclusa. El suelo estaba cubierto de astillas de piedra y el aire lleno de polvo.

—Quédate ahí —dijo ese personaje—. No me mires a mí. Mira hacia allá.

Por un momento, Ransom no entendía qué se le ordenaba hacer, pero, cuando notó que el *pfifltrigg* lo miraba a él y luego a la piedra en la típica forma que un artista mira al modelo y a su obra, casi no pudo contener la risa. ¡Le estaba haciendo un retrato! Cortaba la piedra con tanta facilidad como si ésta hubiera sido queso y la velocidad conque lo hacía era impresionante. Los sonidos que dejaba oír provenían de gran cantidad de pequeños instrumentos que llevaba sujetos en alguna forma a su cuerpo. Por momentos, tiraba hacia un lado el instrumento cortante que estaba usando con una exclamación de fastidio, y seleccionaba otro de los que colgaban de su cuerpo, pero la mayor parte de los que tenía en constante uso los sostenía en la boca. Ransom también notó que, como él mismo, ese animal llevaba cierto tipo de vestimenta artificial, una substancia brillante y escamosa que parecía profusamente decorada aunque ahora cubierta de polvo. Alrededor de su cuello llevaba una prenda de piel similar a una bufanda y sus ojos estaban protegidos por gruesas antiparras. Estaba adornado con collares, anillos y cadenas de un metal brillante, pero que no parecía oro. Mientras trabajaba murmuraba algo continuamente, casi silbando, y cuando se ponía nervioso, cosa frecuente, arrugaba su hocico como un conejo. Por fin dio otro repentino salto, aterrizó a unos diez metros del monolito y exclamó:

—¡Sí, sí! No salió tan bien como esperaba. Otra vez será mejor. Basta por ahora. ¡Ven a verlo!

Ransom obedeció. Vio una representación de los planetas, no ordenadamente como en una maya del sistema solar sino avanzando en fila india hacia el espectador. En todos, salvo en uno, iba el jinete de fuego. En la parte inferior estaba Malacandra y allí vio, gran sorpresa, la figura

bastante aceptable de la nave espacial. Junto a ella permanecían tres figuras humanas, para las cuales Ransom había servido de modelo. Pero, al verlas, Ransom se echó hacia atrás disgustado. Aún teniendo en cuenta que la figura humana era algo completamente exótico en Malacandra y que el arte local fuese estilizado en extremo, ese *pfifltrigg* podría haber copiado mejor las características del cuerpo humano. Esas figuras eran rígidas como muñecos, tan altas como gruesas, resultando así cuadradas y en lugar de cuello y cabeza presentaban una protuberancia que semejaba un hongo.

—Bueno, —comentó tratando de no mostrarse ofendido—. "Supongo que así es como aparezco a tus ojos y a los de tu gente, pero en mi mundo me dibujarían en forma muy distinta.

—No —dijo el *pfifltrigg*—. No quise que salieras idéntico. Si te hiciera idéntico, los que todavía no nacieron jamás creerían en mis ilustraciones — agregó otros comentarios que Ransom tuvo dificultad en entender, pero, mientras hablaba, Ransom recapacitó en que esas figuras eran una *idealización* de la humanidad. La conversación languideció por unos instantes y, para cambiar el tema, Ransom le hizo una pregunta que lo había estado intrigando:

—No puedo comprender —le dijo— cómo es que tú y los *sorns* y todos los *jrossa* hablan el mismo idioma. Supongo que los dientes y la lengua y las gargantas de cada uno deben ser diferentes.

—Tienes razón —le contestó el *pfifltrigg*—. Hubo una época en que todos teníamos idiomas distintos y en nuestros hogares todavía los conservamos. Pero todos hemos aprendido el idioma de los *jrossa.*

—¿A qué se debe eso? —preguntó Ransom, todavía pensando en términos de la historia terrestre ¿Fue porque en un tiempo los *jrossa* dominaban a los demás?

—No entiendo. Ellos son nuestros grandes oradores y cantantes. Tienen más y mejores palabras. Nadie aprende el idioma de mi gente porque lo que tenemos que decir lo decimos en piedra, y en sangre de sol y en leche de estrellas, y todos pueden verlas. Nadie aprende el idioma de los *sorns*, porque se puede convertir todo su conocimiento en cualquier idioma y sigue siendo el mismo. Eso no puede hacerse con los cantos de los *jrossa.* Su idioma se habla en toda Malacandra. Te hablo en ese idioma porque eres extranjero. También hablo en ese idioma a un *sorn.* Pero en casa conservamos nuestro viejo idioma. Puedes darte cuenta de esto por los nombres. Los nombres de los *sorns* son altisonantes, como Augray y Arkal y Belmo y Falman. Los *jrossa* tienen nombres chillantes, como Jnoj y Jniji y Hyoi y Hlithnahi.

—¿Es decir que la mejor poesía viene en el idioma más áspero?

—Quizás, —dijo el *pfifltrigg*—. Así como las mejores figuras se hacen en la piedra más dura. Pero mi gente tiene nombres como Kalakaperi y Parakataru y Tafalakeruf. Yo me llamo Kanakaberaka.

Ransom le dijo su nombre.

—En nuestra tierra —explicó Kanakaberaka— no es como aquí. No estamos concentrados en un angosto *jandramit.* Allí hay verdaderos bosques, verdes sombras, profundas minas. No hace frío, la luz no deslumbra como aquí y tampoco es todo tan silencioso como en estas partes. Podría llevarte a

un rincón del bosque donde podrías ver cien fuegos a la vez y oír cien martillos. Me hubiera gustado que hubieses visitado mi tierra. No vivimos en agujeros como los *sorns* ni en atados de yuyos como los *jrossa.* Podría mostrarte casas con cien columnas, una de sangre de sol y la siguiente de leche de estrellas, siempre así... y todo el mundo pintado en las paredes.

—¿Cómo se gobiernan? —preguntó Ransom—. ¿A los que hacen excavaciones en las minas les gusta tanto su trabajo como a los que pintan las paredes?

—Todos trabajan las minas. Es un trabajo que debe ser compartido, pero cada uno excava lo que necesita para su trabajo. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—En mi mundo, las cosas son diferentes.

—Entonces creo que el trabajo que ustedes hacen debe ser *torcido.* ¿Cómo puede alguien comprender cómo debe trabajarse la sangre de sol a menos que haya estado en el lugar donde se extrae? ¿A menos que sepa distinguir una clase de otra y que haya vivido allí con la sangre de sol durante días enteros sin ver la luz del cielo hasta que ese elemento haya formado parte de su propia sangre y de su corazón, y que lo escupa y lo coma y solo piense en él?

—En mi mundo, la sangre de sol se encuentra en lugares muy profundos, es difícil de arrancar y los que lo hacen dedican toda su vida a esa tarea.

—¿Y les gusta... aman verdaderamente su trabajo?

—Creo que no... no lo sé bien. Siguen haciéndolo porque si no lo hacen, no se les da alimento.

Karakaberaka frunció su hocico.

—¿Entonces, no hay suficiente comida en tu mundo?

—No lo sé —contestó Ransom—. Muy a menudo quise saber la respuesta a esa pregunta, pero nadie me la pudo decir... ¿Hay alguien que cuide o vigile a los que trabajan, Kanakaberaka?

—Nuestras hembras —contestó el *pfifltrigg* emitiendo a la vez un sonido aflautado que aparentemente equivalía a una carcajada.

—¿Las hembras tienen entre ustedes más importancia que entre otros *jnau*?

—Entre nosotros tienen mucha importancia. En el otro extremo están los *sorns* a cuyas hembras casi no se las considera para nada.

DIECIOCHO

Esa noche Ransom durmió en la casa de huéspedes, que era una verdadera casa construida por los *pfifltrigg y* profusamente decorada. El placer que sintió al encontrarse en un medio más afín con su condición humana le hizo sobrellevar mejor la incomodidad que no pudo menos que sentir, a pesar de su raciocinio, al encontrarse confinado con gran número de seres extraños. Las tres especies de Malacandra estaban representadas allí y no parecían, en absoluto, mal predispuestas entra sí, aunque existían

las diferencias de opinión tan comunes en un coche de ferrocarril en la Tierra: los *sorns* decían que hacía mucho calor en la casa mientras que los *pfifltrigg* se quejaban de que hacía frío. En esa noche, Ransom aprendió más acerca del sentido del humor de los habitantes de Malacandra y de los sonidos con que lo expresaban, que durante toda su estada hasta entonces en ese planeta. Retrospectivamente, todas las conversaciones que había mantenido en Malacandra habían sido serias y casi solemnes, y, aparentemente, el sentido humorístico salía a relucir cuando se encontraban diferentes clases de *jnau.* Las bromas que hacían o decían los tres especímenes le resultaban incomprensibles, aunque creyó detectar característicos tipos de humor. Los *sorns* rara vez se aventuraban más allá de una ligera ironía, los *jrossa* eran extravagantes y fantásticos mientras que los *pfifltrigg* eran amigos de las bromas pesadas, pero aun en los casos en que entendía todas las palabras, se le escapaba el sentido de las chanzas. Decidió irse a dormir enseguida.

Lo despertaron muy temprano, a la hora en que los hombres de la tierra salen a ordeñar las vacas. Al principio, no atinó a descubrir qué lo había sacado de su sueño. La habitación donde se encontraba estaba casi oscura del todo, vacía y completamente silenciosa. Se preparaba a continuar durmiendo cuando una aguda voz exclamó muy cerca suyo: "Oyarsa pide que vayas." Se incorporó, mirando en su alrededor y, aunque no vio a nadie, la voz repitió: "Oyarsa quiere que vayas". Tras unos instantes, se apercibió que había un *eldil* en la habitación. No sintió temor conciente, pero mientras se levantaba y se vestía, notó que el corazón le latía apresuradamente. No le preocupaba tanto ese ser que estaba junto a él, como la entrevista que le aguardaba; ya había dejado de imaginar qué terribles monstruos o ídolos lo amenazarían y sus nervios eran los que un estudiante siente al despertar una mañana y recordar que en pocas horas lo espera un examen. Como buen inglés, lo que deseó más que nada en ese momento, fue una buena taza de té.

La casa estaba vacía. Al salir al exterior, vio que del lago se desprendía una neblina azul y que aclaraba detrás de los peñascos, en el Este. El aire estaba aún muy frío, los yuyos del suelo empapados en rocío y en todo había un algo extraño que, pronto se dió cuenta, era el absoluto silencio. Las voces de los *eldila* ya no se escuchaban y tampoco se veía ese cambiante juego de tenues luces y sombras que esos seres provocaban. Sin que nadie le dijese nada, sabía que debía ir hasta el centro de la isla, a la parte más alta, donde estaba el bosque. Al llegar, vio que la avenida de los monolitos estaba llena de seres, todos guardando el más profundo silencio. Formaban dos líneas, una a cada lado de la avenida, y estaban sentados o en cuclillas, según se lo permitían sus respectivas anatomías. Marchó lentamente y con cierta vacilación, no atreviéndose a detenerse, mientras todos esos ojos inhumanos lo miraban fijamente, sin pestañear. Al llegar al verdadero centro, en el medio de la avenida donde se encontraba la piedra mayor, se detuvo, y jamás pudo después recordar si lo hizo por intuición o porque se le ordenó algún *eldil.* Decidió no sentarse, porque el suelo estaba mojado y además, pensó que no sería decoroso. Simplemente se quedó inmóvil, firme como un soldado. Todos seguían mirándolo y no se escuchaba ruido alguno.

Gradualmente, se dio cuenta de que el lugar estaba lleno de *eldila.* Las luces, o sugerencias de luces, que el día anterior estaban esparcidas por la isla, estaban ahora concentradas en ese lugar y estaban quietas o apenas se

movían. El sol ya había salido, pero todo el mundo se mantuvo silencioso, sin decir nada. Al levantar la mirada para ver los primeros rayos pálidos de sol iluminar los monolitos, vio que el aire estaba poblado de reflejos foráneos al sol; no solamente el suelo sino también el cielo estaba lleno de esas luces de los *eldila;* los seres de Malacandra visibles, que lo rodeaban, no eran más que la parte más pequeña de los silenciosos testigos que lo rodeaban. Llegado el momento, podría estar defendiendo su causa ante miles o millones. Seres que nunca habían visto a un hombre y a quienes el hombre no podía ver, esperaban a que comenzara su proceso. Se pasó la lengua por los labios, que tenía secos, y se preguntó si podría hablar cuando el momento llegase. Entonces se le ocurrió que quizás esa... espera mientras todos lo miraban... *era* el proceso; quizás ya, inconscientemente, les estaba diciendo todo lo que querían saber. Pero después, un largo tiempo después, hubo ciertos ruidos y movimientos. Todos los seres visibles se levantaron y permanecieron en absoluto silencio, con la cabeza inclinada y Ransom vio (si a eso se le podía llamar *ver*) que Oyarsa se acercaba entre las hileras de piedras esculpidas. Parcialmente lo supo al ver los rostros de todos cuando el amo y señor avanzaba frente a ellos, y parcialmente porque vio (no podía negar que lo veía) al mismo Oyarsa. Nunca pudo después describirlo. Algo así como un leve fulgor, o, menos aún una tenue disminución de la sombra, avanzaba sobre la desnivelada superficie del suelo; quizá fuese más aproximado a la realidad decir que lo que se acercaba era una casi imperceptible diferencia en el aspecto del suelo, demasiado leve como para poder ser calificada en el lenguaje de los cinco sentidos humanos. Era como un silencio que se extendiera por una habitación llena de gente, como una ligera brisa en un día de calor, como el recuerdo fugaz de un sonido o de un perfume por mucho tiempo olvidado, como todo lo que es más quieto y más pequeño y más difícil de percibir en la naturaleza. Eso era Oyarsa, quien pasó entre sus súbditos y se detuvo en el centro de Meldilorn, a escasos diez metros de Ransom. Este sintió que la sangre le picaba, que finas agujas pinchaban sus dedos y que todo su cuerpo y su corazón estaban hechos de agua.

Oyarsa habló, con la voz más distinta a la humana que jamás había oído, dulce y aparentemente lejana; una voz firme; una voz que, como un *jross* la describió después a Ransom, "no tenía sangre. La luz es para ellos como la sangre para ti." Las palabras que dijo no fueron alarmantes:

—¿De qué sientes tanto miedo, Ransom de Zulcandra?

—De ti, Oyarsa, porque eres tan distinto a mí y porque no puedo verte.

—Esas no son grandes razones —dijo la voz—. Tu también eres distinto a mí y, aunque te veo, apenas puedo distinguirte. Pero no creas que somos completamente distintos. Ambos somos copias de Maleldil. Esas no son las verdaderas razones.

Ransom no dijo nada.

—Comenzaste a tenerme miedo antes de sentar pie en mi mundo y desde ese momento has dedicado todo tu tiempo a huir de mí. Mis siervos vieron tu miedo cuando atravesabas el cielo en tu nave. Vieron que eras maltratado por los de tu misma clase, aunque no pudieron entender lo que decían. Entonces, para librarte de ellos, hice aparecer un *knakra* para ver si te decidías a venir a mí por tu propia voluntad, pero te ocultaste entre los *jrossa* y, aunque te dijeron que vinieses a mí, no lo hiciste. Después, envié a

mi *eldil* a buscarte, y tampoco viniste. Al final, los de tu misma clase te han empujado hacia mí y se ha derramado sangre de *jnau.*

—No comprendo, Oyarsa. ¿Quieres decir que fuiste tú quien me mandó buscar a Zulcandra?

—Sí. ¿No te lo dijeron los otros dos? ¿Y por qué viniste con ellos, a menos que quisieras obedecer mi llamado? Mis siervos no pudieron entender lo que los dos *Mbre*s te decían durante el viaje.

—Tus siervos... no alcanzo a comprender —repuso Ransom.

—Haz todas las preguntas que quieras —dijo la voz.

—¿Tienes siervos en... el cielo?

—¿Y dónde más voy a tenerlos? No existe otro lugar.

—Pero tú, Oyarsa, estás aquí en Malacandra, lo mismo que yo.

—Pero Malacandra, como todos los mundos, flota en el cielo. Y yo no estoy "aquí" tan completamente como lo estás tú, Ransom de Zulcandra. Los seres de tu clase deben caer de los cielos a un mundo; para nosotros, los mundos son lugares del cielo. Pero no trates de comprender esto ahora. Es bastante que sepas que yo y mis siervos estamos en el cielo aún en este instante; estaban a tu alrededor en la nave celestial igual que lo están en este momento.

—¿Entonces tu sabías de nuestro viaje aún antes de que partiéramos de Zulcandra?

—No. Zulcandra es el mundo que desconocemos. Es el único que está fuera del cielo y del que no se recibe mensaje alguno.

Ransom guardó silencio, pero Oyarsa contestó las preguntas que su cerebro esbozó.

—No siempre fue así. En una época conocimos al Oyarsa de tu mundo, era más brillante y más grande que yo, y entonces el nombre de tu mundo no era Zulcandra. Es la más larga y amarga de las historias. Ese Oyarsa se volvió torcido. Fue antes de que hubiera vida en tu planeta. Esos fueron los Años torcidos de los que todavía hablamos en los cielos, en los cuales ese Oyarsa no estaba encadenado a Zulcandra sino que era libre como nosotros. Su propósito era el de corromper los otros mundos. Con su mano izquierda golpeó a tu luna y con la derecha trajo la muerte fría a mi *jarandra* antes de que llegase el momento; si por mi mano Maleldil no hubiese abierto los *jandramits* dejando surgir los manantiales calientes; mi mundo no estaría ahora poblado. Pero nos opusimos a él. Hubo una gran guerra, y lo expulsamos de los cielos, confinándolo al aire de su propio mundo, como Maleldil nos enseñó. Allí sin duda se encuentra aún, y no supimos nada más de ese planeta: guarda silencio. Creemos que Maleldil no lo ha dejado enteramente a merced del Torcido, y circulan historias entre nosotros de que Él había obedecido a extraños consejos y se atrevió a cosas terribles, luchando con el torcido en Zulcandra. Pero de esto sabemos menos que tú, y es algo que deseamos conocer.

Pasaron algunos momentos antes de que Ransom contestara, y Oyarsa respetó su silencio. Cuando se compuso, dijo:

—Después de oír tu historia, Oyarsa, puedo decirte que nuestro mundo es muy torcido. Los dos que me trajeron no sabían nada acerca de ti; sólo que les *sorns* habían pedido que me trajeran aquí. Pensaron que tú eras un falso *eldil,* según creo. Hay falsos *eldila* en las regiones salvajes de nuestro mundo; los hombres matan a otros hombres frente a ellos, pues creen que el *eldil* bebe sangre. Pensaron que los *sorns* me querían para esto u otro propósito maligno. Me trajeron por la fuerza, y yo pasé temores horribles. Los que cuentan historias en nuestro mundo nos han hecho creer que si existe vida en otros planetas, es una vida de seres malignos y crueles.

—Te comprendo, —dijo la voz—. Y esto explica cosas que eran un misterio para mí. Tan pronto como tu nave traspuso los límites de tu aire y entró al cielo, mis siervos me contaron que tú parecías venir contra tu voluntad y que los otros te ocultaban varios secretos. Nunca había pensado que algún ser pudiera ser tan torcido como para traer hasta aquí a otro de su especie por la fuerza.

—Ellos no sabían para qué tu querías que yo viniese, Oyarsa. Tampoco lo sé yo todavía.

—Te lo diré. Hace dos años, o sea, hace casi cuatro de vuestros años, esta nave salió de tu mundo y entró a los cielos. Vigilamos el viaje y cuando volaba sobre la *jarandra* varios *eldila* iban en la nave. Cuando por fin descendió en el *jandramit,* más de la mitad de mis siervos estuvieron allí para ver a los extraños. Todas las bestias fueron mantenidas lejos del lugar, y ningún *jnau* sabia de la existencia de esa nave. Cuando los extraños habían ya explorado esa parte de Malacandra y construido una choza y habían calmado sus temores sobre este nuevo mundo, envié a algunos *sorns para* que se mostrasen y les enseñaran nuestro idioma. Elegí *sorns* porque son los que más se asemejan a ustedes en forma. Los Zulcandrianos se asustaron de los *sorns* y era muy difícil poder enseñarles algo. Me dijeron que los Zulcandrianos recogían sangre de sol en los arroyos. Cuando las informaciones que yo recibía de ellos no eran lo suficientemente claras para que yo las entendiera, ordené a los *sorns* que los trajesen a mi presencia, no por la fuerza sino con toda cortesía. No quisieron venir. Pedí que viniese uno solo, pero tampoco accedieron. Me hubiera sido fácil atraparlos y traerlos, pero, aunque veíamos que eran estúpidos, no sabíamos cuan torcidos eran y yo no deseaba emplear mi autoridad con seres de un mundo que no era mío. Pedí a los sorns que los tratasen como a cachorros, y que les advirtiesen que, si uno de ellos por lo menos no venía a mí, no les permitiríamos seguir recogiendo sangre de sol. Cuando se enteraron de esto, juntaron toda la sangre de sol que pudieron y se volvieron a su mundo. Tal actitud nos intrigó, pero ahora ya es bien clara. Pensaron que yo quería a uno de vuestra raza para comérmelo, y entonces fueron a buscar a una víctima. Si hubiesen venido a verme, los hubiera recibido con todos los honores. Ahora han hecho dos veces un viaje de millones de kilómetros para nada, y no obstante, van a comparecer ante mí. Tú también, Ransom de Zulcandra, has hecho muchos vanos esfuerzos por evitar estar donde estás ahora.

—Eso es verdad, Oyarsa. Los seres torcidos están llenos de temores. Pero estoy aquí ahora dispuesto a conocer cual es tu voluntad acerca de mí.

—Existen dos preguntas que yo deseo hacer acerca de tu raza. Primero, debo saber por qué viniste aquí. Es un deber para con mi pueblo. Segundo, quiero conocer qué sucede en Zulcandra y cómo fueron las

extrañas guerras entre Maleldil y el Torcido porque eso, como te he dicho, es algo que deseamos conocer bien.

—La respuesta a tu primer pregunta, Oyarsa, es que he venido porque me trajeron. En cuanto a los otros dos, a uno de ellos solo le interesa la sangre de sol, porque en nuestro mundo puede cambiarla por muchos placeres y poderes. Pero el otro abriga siniestros planes contra ustedes. Creo que no vacilaría en destruirlos a todos ustedes para dar lugar en este mundo a nuestra gente y luego haría lo mismo con otros mundos, si pudiese hacerlo. Quiere que nuestra raza sea eterna y de que vaya de un mundo viejo a otro nuevo, yendo siempre a un nuevo sol cuando el sol viejo muera... creo que ese es su propósito.

—¿Tiene el cerebro enfermo?

—No lo sé. Quizá no te estoy describiendo sus ideas adecuadamente. Él tiene muchos más conocimientos y cultura que yo.

—¿Cree que podría ir a los grandes mundos? ¿Cree que Maleldil desea que alguna raza viva eternamente?

—Él no sabe que exista Maleldil alguno. Pero lo que es cierto, Oyarsa, es que tiene intenciones torcidas para tu mundo. Es necesario impedir que los de nuestra raza vuelvan aquí. Si únicamente puedes impedirlo matándonos a los tres, yo lo acepto.

—Si ustedes fueran de mi raza, yo mataría a esos dos ahora mismo y, poco después, te destruiría a tí; porque son irremediablemente torcidos y tú, cuando tu valentía aumente un poco, estarás preparado para comparecer ante Maleldil. Pero mi autoridad está limitada a mi propio mundo y es terrible matar a los *jnau* ajenos. No será necesario.

—Son fuertes, Oyarsa, y pueden arrojar la muerte a muchos kilómetros de distancia y pueden hacer caer aires mortales sobre sus enemigos.

—El más insignificante de mis siervos pudo tocar su nave antes de que llegase a Malacandra, mientras surcaba el cielo, y transformarla en un cuerpo de muchos movimientos, y dejarte a tí sin cuerpo alguno. Te aseguro que nadie de tu raza vendrá otra vez a mi mundo si no lo llamo. Pero, basta de esto. Háblame ahora de Zulcandra. Cuéntamelo todo, no supimos nada más desde el día en que el torcido cayó desde el cielo al aire de tu mundo, herido a la misma luz de su luz. Pero... ¿por qué sientes miedo otra vez?

—Tengo miedo de esos espacios de tiempo, Oyarsa... o quizá es que no comprendo. ¿No dijiste que todo esto sucedió antes de que hubiese vida en Zulcandra?

—Sí.

—¿Y tu, Oyarsa? Has vivido... ¿y esa figura en la piedra donde el frío los mata en la *jarandra?* ¿Representa algo que sucedió antes de que mi mundo existiera?

—Veo que, después de todo, eres un *jnau* —dijo la voz—. Ninguna piedra a quien el aire tocó entonces sería una piedra todavía. La figura comenzó a deshacerse y fue copiada un número más grande de veces que la cantidad de *eldila* que están ahora en el aire. Pero fue copiada fielmente. Estás viendo una imagen terminada cuando tu mundo estaba a medio

hacer. Pero no pienses en esas cosas. Mi gente tiene ley que les prohíbe hablar mucho de tamaño o de números con otros, ni siquiera con los *sorns.* Esto excede los limites de tu entendimiento y hace que reverencies cosas triviales y que pases por alto lo que es de verdadera importancia. Mejor cuéntame que es lo que Maleldil ha hecho en Zulcandra.

—De acuerdo a nuestras tradiciones... —comenzó Ransom, cuando algo inesperado turbó la solemne quietud de la asamblea. Un numeroso grupo de seres, casi una procesión, se acercaba al bosque desde el "ferry". Por lo que pudo ver, consistía casi totalmente de *jrossa, y* notó que traían algo.

DIECINUEVE

Cuando la comitiva se acercó más, Ransom observó que los *jrossa* que la encabezaban transportaban tres bultos largos y angostos. Cada bulto era cargado por cuatro *jrossa,* quienes lo llevaban apoyados sobre sus cabezas. Detrás seguía otro grupo armado con arpones y que, aparentemente, custodiaban a dos seres que no pudo reconocer, ya que la luz estaba detrás de ellos cuando entraron por el extremo de la avenida de los monolitos. Eran mucho más bajos que todos los seres que había visto hasta entonces en Malacandra, y, por lo que distinguía, eran bípedos aunque sus extremidades inferiores eran tan gruesas que parecían grandes salchichas y apenas podrían merecer el nombre de patas o piernas. Sus cuerpos eran angostos arriba y se ensanchaban hacia abajo, dándoles la configuración de una pera, y las cabezas no eran ni redondas, como las de los *jrossa,* ni alargadas como la de los *sorns,* sino casi cuadradas. Caminaban torpemente con unos pies angostos que tenían que ser muy pesados, ya que golpeaban el suelo a cada paso con una fuerza que parecía innecesaria. A medida que la distancia se acortaba, pudo comenzar a distinguir sus rostros, formados por carne aterronada de varios colores y cubiertas en parte por una sustancia oscura en forma de virutas. De pronto, con un indescriptible cambio de sensaciones, Ransom se dio cuenta de que estaba mirando a hombres. Los dos prisioneros eran Weston y Devine, y él, por un momento privilegiado, había visto a la forma humana con los ojos de un ser de Malacandra.

Los que encabezan la procesión habían ahora llegado a pocos metros de Oyarsa y colocaron su carga sobre el suelo. Se trataba de tres *jrossa* muertos, colocados en ataúdes abiertos de algún metal desconocido. Tenían los ojos abiertos, y parecía que mirasen fijamente a algo en las alturas. Uno de ellos era Hyoi, y pronto vio que el hermano de éste, Hyahi, se adelantaba y detenía frente a Oyarsa, y, tras hacerle una reverencia, comenzó a hablar.

Al principio, Ransom no pudo oír lo que decía, ya su atención estaba concentrada en Weston y Devine. No portaban armas y estaban celosamente vigilados por *jrosca* pertrechados con sus largas lanzas. Ambos se habían dejado crecer las barbas, igual que Ransom, y se los veía pálidos y cansados. Weston permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, y en su rostro denotaba una profunda, hasta dramatizada, desesperación. Devine, por el contrario, se veía furioso y tratando de contenerse, con las manos enfundadas en los bolsillos. Ambos tenían suficientes motivos para sentir miedo, aunque afrontaban la situación con valentía, y, en medio de ese

momento crucial y rodeados por los guardias, ninguno de los dos se apercibió de la presencia de Ransom. El hermano de Hyoi decía:

—Oyarsa: no me quejo mucho por la muerte de estos dos, porque cuando caímos sobre los *Mbres* a la noche, estaban aterrorizados. Podríamos suponer que un *jnakra* los mató durante una cacería. Pero a Hyoi lo mataron desde lejos con un arma de cobardes, cuando no había hecho nada para atemorizarlos, y ahora mi hermano yace allí, y era un *jnakrapunt y* un gran poeta, y su muerte es una gran pérdida para todos.

Por primera vez, la voz de Oyarsa se dirigió a los dos hombres:

—¿Por qué han dado muerte a mi *jnau?*

Weston y Devine miraron con ansiedad para todos lados, a fin de averiguar quien les hablaba.

—¡Diablos! —exclamó Devine en inglés—. ¡No me digas que tienen altoparlantes!

—Es ventriloquia —replicó Weston—. Es común entre los pueblos salvajes. El brujo o hechicero finge caer en un trance y lo practica. Lo que hay que hacer es identificar al hechicero y dirigirle a él las respuestas, no importa de donde parezca venir la voz; eso lo desarma, lo pone nervioso y muestra a todos que uno ha podido ver a través de él. ¿Ves a alguno de estos brutos en trance? ¡Ah! Creo que ya sé quien es.

Fue necesario reconocer que Weston tenía admirables poderes de observación: eligió al único ser del grupo que no asumía una actitud de reverencia y atención completas. Era un *jross* anciano, sentado en cuclillas a poca distancia, y que permanecía con los ojos cerrados. Avanzando hacia él en actitud desafiante, Weston exclamó a toda voz (su conocimiento del idioma era muy elemental):

—¿Por qué nos han quitado nuestros pum pums? Nosotros muy enojados. Nosotros no tener miedo.

Según la hipótesis de Weston, su acción debió haber surtido un gran efecto, pero, lamentablemente para él, ninguno de los presentes compartía su teoría sobre la reacción del anciano. Ese viejo *jross,* bien conocido por todos, incluso por Ransom, no había venido con la procesión fúnebre. Había estado allí desde el amanecer y, aunque distaba mucho de querer faltarle el respeto a Oyarsa, había sucumbido desde hacía un buen rato a las debilidades que hacen presa de los *jnau* de todas las especies cuando llevan muchos años a sus espaldas, y en esos momentos estaba gozando de una inesperada, pero no menos agradable, siestecita. Uno de sus bigotes se retorció un poco mientras Weston le gritaba tan cerca, pero los ojos siguieron cerrados.

La voz de Oyarsa habló otra vez

—¿Por qué le hablas a él? —dijo—. Soy yo quien te hace la pregunta: ¿Por qué has dado muerte a mi *jnau*?

—Tu nos dejas ir; después nosotros hablar —siguió gritando Weston al durmiente *jross*—. Tu crees nosotros no poder; crees nosotros hacer todo lo que tu ordenar. ¡Pero tu muy equivocado! Gran jefe en el cielo nos envía. ¡Tú no hacer lo que yo digo, Gran jefe venir y matarlos a todos con gran pum-pum!

—No sé lo que quieres decir con eso de pum-pum —dijo la voz—. ¿Pero por qué has dado muerte a *jnau*?

—Dile que fue accidente —le susurró Devine a Weston, en inglés.

—Ya te dije antes que tu no sabes como hablar con los nativos —le replicó Weston en el mismo idioma—. A la primera señal de acatamiento que demos se nos echarán encima. Lo que hay que hacer es intimidarlos.

—¡Muy bien! Emplea tu método entonces! —gruñó Devine, quien a las claras estaba perdiendo la fe en su socio.

Weston aclaró su voz con un carraspeo y nuevamente enfrentó al anciano *jross.*

—¡Lo matamos para mostrar nuestro gran poder! —gritó—. ¡Aquellos que no hacer lo que nosotros ordenar, nosotros pum-pum ¡matamos también! Ustedes hacer lo que nosotros ordenar, y nosotros dar lindas cosas. ¡Mirar! ¡Mirar!

Al decir esto, y provocando en Ransom una intensa sensación de vergüenza para con sus congéneres, Weston extrajo de su bolsillo un chillón collar de fantasía, adquirido sin duda en el bazar de un supermercado, y agitándolo ante los rostros de sus guardias, lo pasaba de uno a otro exclamando: ¡Lindo! ¡Lindo! ¡Mirar! ¡Mirar!

El resultado de esta maniobra fue más sorprendente aún de lo que el mismo Weston había esperado. Un estruendoso ruido, tal como el oído humano jamás había escuchado antes, partió de las gargaritas de los presentes y quebró el solemne silencio de ese angosto lugar, despertando ecos de las distantes montañas: relinchos de *jrossa,* aflautadas notas de los *pfifltriggi y* graves sonidos *bassoprofundo* de los *sorns*. Aun desde el aire llegó el agitado tintineo de las voces de los *eldila.* Es necesario reconocer en mérito a Weston que, aunque empalideció, no perdió su compostura.

—¡Ustedes no rugir! —gritó con voz atronadora—. ¡No rugir! ¡No tratar de asustarme! ¡Yo no temer a ustedes!

—Debes perdonar a mi gente, —contestó la voz de Oyarsa, en cuyo tono había un sutil cambio— pero no están rugiendo. Sólo están riéndose.

Pero Weston no conocía la palabra reír en Malacándrico y por cierto no era una palabra que él conociese bien en ningún idioma. Miró en rededor intrigado. Ransom, mordiéndose los labios ante lo embarazoso del momento, rogó que ese experimento con el collar dejase satisfecho ya al científico, pero no lo conocía bien. Weston notó que el clamor había cesado; sabía que estaba siguiendo las reglas más ortodoxas para atemorizar y luego conquistar a las razas más primitivas y no era hombre que se dejara derrotar por uno o dos fracasos.

El rugido que escapó de todas las gargantas cuando comenzó a girar entre todos otra vez, secándose la transpiración de la frente con una mano y agitando el collar en la otra, ahogó todo lo que podía estar diciendo, pero Ransom pudo leer sus labios que seguían diciendo: “¡Lindo! ¡Lindo!”. Entonces, el sonido de las risas casi aumentó su volumen al doble. Los astros no estaban ese día a favor de Weston. Levantaba y bajaba una rodilla e inclinaba la cabeza, rítmicamente, hacia uno y otro lado, mientras agitaba el collar.

Posiblemente estaba rememorando esfuerzos hechos tiempos atrás para entretener a alguna sobrinita y evitar que llorara. Casi se podía decir que bailaba y su rostro estaba enrojecido por el esfuerzo. Ransom casi se dio vuelta para irse cuando notó que los labios del científico cantaban: ¡"Sobre el Puente de Avignon...!

Fue un agotamiento casi total lo que concluyó la representación del gran físico, la más exitosa en su tipo jamás ofrecida en Malacandra, y que provocó rugientes carcajadas de la audiencia. Cuando se hizo silencio, Ransom oyó que Devine decía en inglés:

—¡Por amor de Dios, deja de hacerte el payaso, Weston! ¿No ves que no te da resultados?

—Es verdad; creo que no surte efecto —admitió Weston—. Y estoy por creer que tienen menos inteligencia aun de la que yo esperaba. A lo mejor si tratara otra vez,... ¿o quieres tu hacerlo ahora?

—¡Vete al infierno! —exclamó Devine, quien, dando la espalda a su socio, se sentó abruptamente en el suelo, extrajo su cigarrera y comenzó a fumar.

"Se lo voy a dar al hechicero", decidió Weston durante el momento de silencio que la acción de Devine había provocado entre los asombrados espectadores, y, antes de que nadie pudiera detenerlo, se acercó al viejo *jross* y trató de colocarle el collar. No obstante, la cabeza era demasiado grande para permitir la operación y el collar debió quedar sobre la frente, algo inclinado sobre un ojo, como una corona. El *jross* sacudió algo su cabeza, como un perro molesto por las moscas, y continuó su sueño.

La voz de Oyarsa se dirigió entonces a Ransom.

—Dime, Ransom de Zulcandra, ¿están tus semejantes enfermos del cerebro? ¿O tienen miedo para contestar a mis preguntas?

—Lo que creo, Oyarsa, —dijo Ransom—, es que ellos no creen que tu estés aquí, y también pienso que todos estos *jnau* son... como cachorros. El *Mbre* más grueso está tratando de atemorizarlos y luego complacerlos con regalos.

Al oír la voz de Ransom, los dos prisioneros se volvieron sorprendidos hacia él. Weston estaba por hablar cuando Ransom lo interrumpió bruscamente, diciéndoles en inglés:

—Escucha Weston. No se trata de un truco. Hay realmente un ser allí en el medio, donde ves cierto tipo de luz, o cierto tipo de algo, si miras con atención. Y tiene, por lo menos, la inteligencia de un hombre, y viven durante un enorme número de años. Deja de tratarlo como si fuera un niño y contesta a sus preguntas. Y si quieres un consejo, dile la verdad y no trates de engañarlo.

—Estos brutos, de cualquier manera, parecen tener inteligencia suficiente como para engañarte a ti —gruñó Weston, pero había otro tono en su voz cuando volvió a dirigirse al durmiente *jross* (el deseo de despertar a quien suponía el hechicero se había tornado una obsesión) y le dijo, señalando a Hyoi:

—Nosotros lamentar matarlo, no venir a matarlo. *Sorns* decirnos traer hombre y entregarlo a tu Gran Jefe. Nosotros volver entonces al gran cielo.

Él venir con nosotros (señalando a Ransom). Él hombre muy torcido escapó, y no hacer lo que *sorns* dicen, como nosotros. Nosotros perseguirlo para devolverlo a los *sorns.* Queremos hacer lo que los *sorns* ordenan pero él no dejarnos. Huye, huye. Nosotros seguirlo. Vimos ser grande, negro y creer él querer matarnos. Nosotros matamos primero. ¡Bang! ¡Bang! La culpa es de este hombre torcido. Si él no escapar, si él bueno, nosotros no perseguirlo, no matar gigante negro, ¿entiendes? Tu tienes al hombre torcido, que tener toda la culpa: quédate con él y déjanos ir. Él tenerte miedo, nosotros no tener miedo. Escucha.

En ese momento, los gritos de Weston a la cara del *jross* por fin produjeron el efecto que había estado esperando tanto tiempo. El viejo abrió los ojos y lo miró primero estúpidamente y luego con cierta perplejidad. Entonces, dándose cuenta gradualmente de la irreverente situación que había contribuido a crear, se levantó lentamente, se inclinó respetuosamente ante Oyarsa y finalmente se alejó cual ondulante masa de la asamblea, llevando todavía la vincha inclinada sobre un ojo. Weston, con la boca abierta según le había quedado en medio de una palabra, siguió con su mirada a la mole que se alejaba con oscilantes movimientos hasta que se perdió entre los tallos del bosque.

Fue Oyarsa quien rompió el silencio.

—Hemos tenido ya suficiente algarabía, —dijo— y es hora de que nuestras preguntas reciban sus respuestas. Algo anda mal en tu cerebro, *jnau* de Zulcandra. Hay demasiada sangre allí. ¿Se encuentra Firikitekila presente?

—Estoy aquí, Oyarsa —exclamó un *pfifltrigg.*

—¿Tienes en tus cisternas agua enfriada?

—Si, Oyarsa.

—Entonces, haz que lleven a este *jnau* a la casa de huéspedes para que bañen su cabeza en agua fría. Usen mucho agua y repitan varias veces la operación. Mientras tanto, haré arreglos en cuanto a mis *jrossa* muertos.

Weston no entendió del todo lo que la voz decía, y, en efecto, estaba demasiado ocupado en tratar de descubrir de donde provenía, pero se sintió aterrorizado cuando los *jrossa* que lo rodeaban lo apresaron de pronto en sus fuertes brazos y lo obligaban a marchar. Ransom sintió el impulso de gritarle que no se asustara, pero Weston gritaba tanto que nunca hubiese podido oírlo. Ahora mezclaba palabras en inglés y en Malacándrico, y lo último que se le oyó gritar fue: "¡Pagarán caro por esto!... ¡pum-pum!... ¡bang!... ¡bang! ¡Ransom! ¡Por amor de Dios!. ¡Ransom! ¡Ransom!".

—Y ahora —dijo Oyarsa, cuando se hubo restablecido el silencio— rindamos honores a mis *jnau* muertos.

Diez *jrossa* se agruparon entonces en derredor de los ataúdes. Levantando sus cabezas, y sin esperar señal alguna según le pareció a Ransom, comenzaron a cantar.

A todo hombre, cuando empieza a interesarse por cualquier manifestación artística, le llega un momento en que, aquello que al principio le pareció sin sentido, de pronto adquiere un significado y lo revela, con un deleite que una posterior y mejor comprensión casi nunca puede igualar, una muestra de las infinitas posibilidades que le estaban ocultas. Para

Ransom, ese momento le había llegado al poder comprender de improviso los cánticos de Malacandra. Primero notó que su ritmo estaba basado en una sangre distinta de la nuestra, en un corazón que latía más rápidamente y en un calor interior mucho más intenso que el nuestro. Debido al conocimiento que tenía ya de esos seres y al amor que sentía por ellos, comenzó a escuchar el cántico no con su oído humano, sino con el de ellos. La sensación era de grandes masas moviéndose a velocidades visionarias, de gigantes danzando, de penas eternas eternamente consoladas, de algo que no sabía qué era y que, sin embargo, siempre había conocido. Todo esto lo experimentó al escuchar las primeras notas de ese grave cántico fúnebre, y su espíritu se inclinó en reverencia como si se le hubieran abierto las puertas del paraíso.

"Dejad que se aleje de aquí", cantaban. "Dejad que se aleje de aquí, que se disuelva y que no sea cuerpo. Libéralo, déjalo caer, déjalo caer suavemente, cual a una piedra que los dedos dejan caer sobre una laguna quieta. Déjalo caer, hundirse; bajo la superficie ya no hay divisiones, ya no hay capas diferentes sino agua y agua hasta el fondo; el agua es un solo elemento invisible. Envíalo en un viaje del que no retornará. Deja que descienda; el *jnau* se levantará. Esta es la segunda vida, el otro comienzo. Ábrete, oh, mundo de color, sin peso, sin orillas. Tu eres segundo y mejor; este fue primero y débil. Tiempo hubo en que los mundos tenían calor adentro del que surgía vida, pero sólo las pálidas plantas, las plantas oscuras. Vemos hoy a sus hijos crecer, con la luz del sol en los lugares tristes. Después, el cielo hizo crecer a otra clase en los mundos: los altos trepadores, los rubios bosques, mejillas de flores. Primero los oscuros, luego los brillantes. Primero la progenie de los mundos; luego la progenie de los soles.

Esto fue todo lo que Ransom pudo luego recordar y traducir. Al terminar el canto, Oyarsa dijo:

—Ahora a esparcir los movimientos que fueron sus cuerpos, y que Maleldil esparza así los mundos cuando el primero y débil se desgaste.

Hizo una señal a uno de los *pfifltriggi,* quien instantáneamente se levantó y se acercó a los cadáveres. Los *jrossa* cantando ahora otra vez pero con suma suavidad, retrocedieron más de diez metros. El *pfifltrigg*, con un objeto que parecía de vidrio o cristal, tocó a los tres cadáveres y luego, de un salto, se alejó a varios metros de ellos. Ransom cerró los ojos para protegerlos de una luz deslumbradora y sintió que un viento huracanado le sopló en el rostro durante la fracción de un segundo. Volvió entonces la calma, y los tres ataúdes quedaron vacíos.

—¡Recorchos! ¡Sería magnífico conocer ese truco y usarlo en la Tierra! —exclamó Devine dirigiéndose a Ransom—. Resuelve el problema que tienen los asesinos para deshacerse de los cadáveres de sus víctimas ¿no te parece?

Pero Ransom, que estaba pensando en Hyoi, no le respondió, y, antes de que hablara otra vez, la atención de todos fue concentrada por el regreso del infeliz Weston rodeado por sus guardias.

VEINTE

El *jross* que encabezaba ese grupo era un individuo consciente y comenzó enseguida a explicarse en tono algo preocupado.

—Espero que hayamos hecho lo correcto, Oyarsa —dijo—. Pero no estamos seguros. Sumergimos su cabeza siete veces en agua fría, pero a la séptima vez algo cayó en ella. Creímos que era todo el casco y que le había quedado la cabeza abierta, pero entonces notamos que sólo había caído una pequeña alfombra hecha de pelos animales. Algunos dijeron que con haberlo sumergido siete veces habíamos cumplido tus órdenes, pero otros dijeron que no y, como no nos poníamos de acuerdo, lo sumergimos siete veces más. Este *Mbre* hablaba mucho entre una y otra sumergida, y prácticamente dijo un discurso antes de comenzar la segunda serie de siete, pero no le entendimos nada.

—Han hecho muy bien, Jnu, —repuso Oyarsa. Hazte a un lado para que pueda verlo, pues quiero hablar con él.

Los guardias se plegaron hacia los costados. El rostro de Weston, generalmente pálido, había ahora tornado el color de un tomate maduro por la influencia del agua fría, y sus cabellos, que, naturalmente, no habían sido cortados desde su llegada a Malacandra, estaban aplastados contra su frente y todavía le chorreaba abundante agua sobre la nariz y las orejas. La expresión de su rostro, que lamentablemente no podía ser apreciada por una audiencia que desconocía la fisonomía humana, era la de un hombre valeroso sufriendo por una gran causa, y casi ansioso por arrostrar lo peor y hasta por provocarlo. Para justificar su conducta, corresponde recordar que esa mañana ya había soportado todos los terrores de aguardar un martirio y todo el anticlimax de catorce baños obligatorios. Devine, que lo conocía bien, le gritó en inglés:

—Tranquilo, Weston. Estos diablos están en condiciones de dividir al átomo y de otras linduras por el estilo. Ten cuidado y no digas ni hagas ninguna de tus acostumbradas estupideces.

—Así que tu también estás de parte de los nativos, ¿eh? —exclamó Weston con una mueca de desprecio.

—Guarden silencio —ordenó la voz de Oyarsa—. Tu, Grueso, no me has dicho nada acerca de ti mismo, así que te lo diré yo. En tu mundo has obtenido gran sabiduría acerca de los cuerpos, y has podido hacer una nave para cruzar los cielos; pero en todas las otras cosas tienes la mente de un animal. Cuando llegaste aquí por primera vez, mandé a buscarte, y únicamente para rendirte honores. La oscuridad de tu mente te llenó de temores y, porque creíste que mis intenciones eran hacerte daño, atrapaste a este Ransom, como una bestia atrapa a otra de distinta especie. Lo hubieras entregado a ese mal que tanto temías tu mismo. Hoy, viéndolo aquí, me lo entregarías otra vez para que yo le hiciera ese supuesto daño, sólo por salvar tu vida. Esa es tu conducta para con tu gente, y en cuanto a tus intenciones para con los míos, ya las conozco bien. Ya me has matado a algunos, y has venido para matarlos a todos, sin importarte si un ser es *jnau o* no. Al principio creí que solamente te preocuparías por seres que tuvieran un cuerpo semejante al tuyo, pero Ransom lo tiene y tú lo matarías sin la menor vacilación, como a cualquiera de mis *jnau.* No sabía que el torcido había influenciado tanto en tu mundo, y todavía no alcanzo a comprenderlo. Si

fueras mío, te descorporizaría ahora mismo. No pienses estupideces. Por mi intermedio Maleldil hace cosas más grandes que esta, y puedo deshacerte aun en los límites del aire de tu propio mundo. Pero todavía no he resuelto hacerlo. Habla tú ahora. Déjame ver si existe otra cosa en tu mente que no sea miedo, muerte y deseo.

Weston se volvió a Ransom:

—Veo —le dijo—, que has elegido la más crucial crisis en la historia de la humanidad para traicionarla.

Luego, ubicándose en dirección a la voz de Oyarsa, agregó:

—Mi saber tú matarnos. Mi no tener miedo. Otros venir y apoderarse de este mundo...

De un salto, Devine se puso de pie y lo interrumpió.

—¡No, no Oyarsa! —gritó—. Tu no escucharlo. El hombre muy tonto. Nosotros gente inofensiva solo querer linda sangre de sol. Tu darnos mucha sangre de sol, nosotros volver a cielo y tu no vernos nunca más. ¿No parecerte bien?

—Silencio —pidió Oyarsa.

Hubo un cambio casi imperceptible en la luz, si se la pudiera llamar luz, de la que la voz surgía, y Devine se encogió y cayó al suelo. Cuando volvió a sentarse, jadeaba y estaba muy pálido.

—Sigue hablando —ordenó Oyarsa a Weston.

—Mi no... mi no... —comenzó éste en malacándrico, pero se interrumpió, para agregar en inglés— ¡No puedo decir lo que quiero en este maldito idioma.

—Háblale a Ransom y él convertirá tus palabras a nuestro idioma. —dijo Oyarsa.

Weston aceptó la proposición de inmediato. Creía llegada la hora de su muerte, y estaba decidido a decir lo único, casi lo único fuera de su propia ciencia, que debía decir. Se aclaró la garganta y comenzó:

—A ti puedo parecerte un vulgar ladrón, pero llevo en mis hombros el destino de la raza humana. Tu vida primitiva, con sus armas de la edad de piedra, sus chozas como colmenas de abejas, y su elemental estructura social, no puede ni compararse con nuestra civilización, con nuestra ciencia, medicina y leyes, con nuestros ejércitos, con nuestra arquitectura, con nuestro comercio y con nuestros sistemas de transporte, que están rápidamente aniquilando al tiempo y al espacio. Nuestro derecho a avasallarlos es el derecho de los superiores para con los inferiores. La vida...

—Un momento —pidió Ransom en inglés—. Voy a traducir esa parte porque si no, me olvido.

Luego, volviéndose a Oyarsa, comenzó a traducir lo mejor que pudo. El proceso fue difícil y el resultado, que sabía no era del todo satisfactorio, fue aproximadamente así:

—Entre nosotros, Oyarsa, hay una clase de *jnau* que se apodera de la comida y de... otras cosas de los otros jnau cuando estos no lo ven. Weston dice que él no pertenece a esa clase. Dice también que lo que hace ahora provocará que cosas muy distintas sucedan a los de nuestra raza que

todavía no han nacido. Dice que, entre ustedes, los *jrossa* tienen arpones como los que usamos hace mucho tiempo y que tus viviendas son pequeñas y redondas y que tienen sólo uno que los manda a todos. Dice que en nuestro mundo todo es muy diferente. Dice que tenemos muchos conocimientos. En nuestro mundo, cuando un ser siente dolor en el cuerpo y se pone débil, a veces sabemos cómo hacerlo poner bien otra vez. Dice que tenemos gente torcida y que los matamos o los encerramos en chozas y que tenemos gente que arregla discusiones entre los *jnau* torcidos acerca de sus chozas y de sus hembras y de otras cosas. Dice que tenemos muchas formas para que los *jnau* de una tierra maten a los de otra, y muchos *jnau* están entrenados sólo para eso. Dice que construimos chozas muy fuertes y grandes de piedra y de otros elementos, como los *pfifltriggi.* También dice que nosotros damos unas cosas a otros *jnau y* ellos nos las cambian por otras y que podemos llevar pesadas cargas rápidamente a través de grandes distancias. Debido a todo esto, dice que no sería una acción torcida si nuestra gente matara a toda tu gente.

Tan pronto Ransom terminó, Weston continuó hablando:

—La vida es más importante que cualquier sistema de moralidad, sus derechos son absolutos, y no fueron tabúes tribales ni máximas de los libros de texto los que la impulsaron en su inexorable marcha desde la ameba hasta el hombre, y desde el hombre hasta la civilización.

—Ha dicho —comentó Ransom—, que los seres vivientes están por encima del hecho de que una acción sea torcida, o buena, no eso está mal. Dice que es mejor estar vivo y ser torcido que estar muerto... no, dice que, que... Oyarsa, no puedo decir en tu idioma lo que él expresa. Pero sigue diciendo que lo único bueno es que haya muchos seres vivientes. Dice que hubo muchos otros animales antes que el primer hombre y que cada vez eran mejores; pero dice que los animales no nacieron debido a lo que los mayores dicen a los jóvenes sobre lo que es bueno y lo que es torcido. Y dice también que estos animales no sintieron ninguna lástima.

—Ella... —prosiguió Weston.

—Perdón —interrumpió Ransom—, pero olvidé a quien te refieres con "ella".

—¡A la vida, es claro! —replicó Weston bruscamente—. Ella ha sobrepasado todos los obstáculos y vencido a todos los fracasos, implacablemente, y hoy, en su forma más elevada —el hombre civilizado— y en mi persona como su representante, avanza para dar ese salto interplanetario que, quizá, la colocará para siempre más allá del alcance de la muerte.

—Dice —continuó Ransom— que estos animales aprendieron a hacer muchas cosas difíciles, excepto aquellos que no lo lograron, y que murieron, y los otros animales no sintieron lástima alguna por ellos. Y dice que el mejor animal de ahora es ese hombre que hace chozas grandes y transporta las pesadas cargas y hace todas las otras cosas de que te hablé. Weston es uno de ellos y dice que si los otros supieran lo que está haciendo se pondrían muy contentos. Dice que si él pudiera matarlos a todos ustedes y trajera a nuestra gente a vivir en Malacandra, entonces podríamos seguir viviendo aquí después que en nuestro mundo algo sucediese para que no pudiésemos seguir viviendo allí. Y también que, si algo parecido sucediese

aquí en Malacandra, podrían irse y matar a todos los *jnau* de otro mundo e instalarse allá. Y luego hacer lo mismo con otros mundos, y no morir nunca.

—Es, entonces, en nombre de la Vida —prosiguió Weston— que vengo, con pasión y sin titubeo alguno, a colocar la bandera del Hombre en el suelo de Malacandra, y para seguir la marcha, paso a paso, aplastando de ser necesario las formas inferiores de vida que encuentre, reclamando para la humanidad planeta tras planeta, sistema tras sistema, hasta que, en toda parte habitable del universo, habite nuestra posteridad, en cualquier forma extraña que los cuerpos humanos hayan adquirido y con la mentalidad, ahora desconocida, que hayan adoptado.

—Dice —tradujo Ransom— que por todo eso no sería una acción torcida, sino que sería algo *posible*, si él matara a todos ustedes y nos trajese a los humanos aquí. No sentiría lástima alguna por ustedes, y trataría de saltar de un mundo a otro nuevo, matando a sus habitantes para hacer lugar para nosotros. Creo que ahora habla de mundos que giran alrededor de otros soles. Quiere que los cachorros que tengamos nosotros puedan vivir en todos los lugares posibles, y dice que no sabe cómo serán entonces nuestros cachorros.

—Puedo caer en mi empresa —continuó Weston— pero mientras tenga vida y con la maravillosa llave que tengo en mis manos jamás consentiré en cerrar las puertas al futuro de mi raza. Lo que encierra ese futuro, ni nuestra imaginación lo puede vislumbrar, pero para mí es suficiente que existe ese Más Allá.

Weston, que había ahora terminado su disertación, miró en su derredor instintivamente buscando un sillón donde dejarse caer. En la Tierra generalmente se dejaba caer sobre un sillón tan pronto comenzaban los aplausos. Al no encontrar asiento alguno (y él no se iba a sentar en el suelo como Devine) cruzó sus brazos y miró fijamente a los presentes con aire de dignidad.

—A sido bueno el que te haya escuchado —dijo Oyarsa—, porque aunque tu mente es aún más débil de lo que yo creía, tus intenciones no son tan torcidas como lo había supuesto, ya que lo que quieres hacer es para beneficio de otros y no de ti mismo.

—No, —asintió Weston orgullosamente, en malacándrico—. Mi morir. Hombre vivir.

—Sin embargo, sabes que esos seres tendrán que estar hechos en forma muy distinta a la tuya antes de que puedan vivir en otros mundos.

—Si, si. Todo nuevo. Nadie saber todavía. ¡Extraños! ¡Grandes!

—Entonces, no es la forma del cuerpo lo que tú amas…

—No. Mi no importar que formas tener humanos.

—Entonces, uno deduciría que lo que te importa es sus mentes, pero eso tampoco puede ser, pues entonces tu sentirías amor por todo *jnau* que te saliese al paso.

—Mi no importar *jnau.* Mi importar hombre.

—Pero si no es ni la mente del hombre, que es la misma de todos los *jnau* ¿acaso Maledil no los hizo a todos? ni su cuerpo, ¿por qué admites que va a cambiar? ¿qué es lo que llamas tu “hombre”?

Fue necesario que Weston oyera la versión inglesa de esto para poder comprenderlo. Dijo entonces:

—Mi importar hombre, importar nuestra raza, importar lo que hombre procrea. (Tuvo que pedir a Ransom que le dijera las palabras malacánrdicas por *rasa y procrea.)*

—¡Muy extraño! —exclamó Oyarsa— No amas a ninguno de tu raza... hubieras permitido que yo matara a Ransom. No amas ni a la mente de tu raza, ni a su cuerpo. Cualquier clase de ser te complacerá con tal que sea procreado por el hombre tal cual es ahora. Me parece, Grueso, que lo que tú amas no es ningún ser completo sino sólo una semilla; porque es lo único que queda.

—Dile, —agregó Weston una vez que se le explicaron las palabras de Oyarsa—, que no pretendo ser metafísico y que no he venido aquí para dar conferencias sobre mi lógica. Si él no puede comprender, como tampoco pareces comprenderlo tú, algo tan fundamental como la lealtad de un hombre para con la humanidad, será inútil e infructuoso que yo lo explique.

Pero Ransom no logró traducir esto y la voz de Oyarsa continuó:

—Veo ahora cómo el amo del mundo silencioso te ha torcido. Existen leyes que conocen todos los *jnau*, acerca de la piedad, del juego limpio, de la vergüenza... y también del amor para con los semejantes. Tu amo te ha enseñado a desobedecer todas estas leyes menos a la última que he mencionado... que no es una de las más importantes. A esta ley sobre el amor para con los semejantes, tu amo la ha torcido hasta convertirla en una aparente locura o desatino, y, así torcida, la ha implantado en tu cerebro como a un pequeño y ciego Oyarsa. Ahora no puedes hacer más que obedecerla, aunque si te preguntamos por qué es una ley no puedes dar más razón que la que das para las otras leyes más grandes e importantes que tu amo te ha enseñado a desacatar. ¿Sabes por qué te ha hecho eso?

—Mi no creer en tal amo... yo hombre nuevo, inteligente... no creer en esos cuentos de viejos...

—Yo te lo diré. Te ha dejado esa ley porque un *jnau* torcido puede hacer más daño que uno roto. A ti solamente te ha torcido; pero a este Delgado que está sentado en el suelo lo ha roto, pues lo que le ha dejado es sólo la codicia. Es ahora solo un animal que habla y, en mi mundo, no podría causar más daño que cualquier otro animal. Si me perteneciera, yo desharía su cuerpo, porque su *jnau* ya no existe. Pero si tu fueras mío, trataría de curarte. Dime, Grueso, ¿por qué viniste aquí?

—Mi decírtelo. Hacer que hombre viva siempre.

—¿Pero son los sabios de tu mundo tan ignorantes que no saben que Malacandra es más vieja que Zulcandra y que está más cerca de la muerte? Casi toda Malacandra ya ha muerto; mi gente está confiada en los *jandramits;* el calor y el agua fueron antes más y serán menos. Dentro de poco, de muy poco, terminaré mi mundo y devolveré mi gente a Maleldil.

—Mi saber todo eso perfectamente. Este ser primer paso. Pronto hombres ir a otro planeta.

—¿Pero no sabes tu que todos los planetas van a morir?

—Antes que un planeta morir, hombres saltarán al siguiente, y así, así y así. ¿Comprender?

—¿Y cuando todos los planetas estén muertos?

Weston no contestó. Después de un momento, Oyarsa continuó:

—¿No te has preguntado por qué mi gente, cuyo mundo es más viejo que el tuyo, no han ido a tu planeta para apoderarse de él?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Porque no saber cómo!

—Estas equivocado —prosiguió Oyarsa— Hace miles de miles de años, cuando en tu mundo no había vida, la muerte fría invadía mi *jarandra.* Entonces tuve serios problemas, no principalmente por la muerte de mis *jnau* (ya que Maleldil no les da largas vidas), sino por las ideas que el señor de tu mundo les metió en las cabezas. Él los hubiera hecho como lo que ustedes son ahora: lo suficientemente inteligentes como para tener conciencia de que la muerte de vuestra raza se aproxima pero no lo suficientemente inteligentes como para resignarse. Pronto hubieran aparecido entre mis *jnau* consejeros torcidos. Estaban capacitados para construir naves espaciales. Por mi intermedio, Maledil los detuvo. A algunos los curé, a otros los descorporicé.

—¡Y mira lo que eso lograr! —le interrumpió Weston—. Ahora ustedes ser pocos. ¡Encerrados en *jandramits* ¡Pronto morir todos!

—Si —asintió Oyarsa— Pero hemos dejado algo, atrás nuestro, en el *jandra:* temor. Y, junto con el temor, también hemos dejado atrás el crimen y la rebelión. Aún la más débil de mis criaturas no teme a la muerte. Es el Torcido, el amo de tu mundo, quien desperdicia y confunde vuestras vidas al impulsarlos a huir de lo que, inexorablemente, los alcanzará al final. Si ustedes fueran súbditos de Maleldil, tendrían paz.

Weston se desesperaba por sus ansias de hablar y por su ignorancia del idioma.

—¡Basura! ¡Basura derrotista! —le gritó a Oyarsa en inglés. Luego, con una profunda inhalación y adoptando su pose más digna, agregó en malacándrico: —Tú decir que tu Maleldil dejar morir a todos. El otro, el Torcido, ¡él luchar, saltar, vivir! No pura charla. Mi no gustar Maleldil. Gustar Torcido mucho más. ¡Mi estar de su lado!

—Pero es que no puedes ver que él nunca querrá ni podrá... —pero aquí Oyarsa se interrumpió, como si deseara contenerse—. Pero quiero que Ransom me hable más acerca de tu mundo, y para eso necesito hasta la noche. No te mataré, ni tampoco al Delgado, porque no me pertenecen. Mañana se irán de aquí en vuestra nave.

A Devine se le abrió la boca. Tras un segundo de estupor, comenzó a hablar aceleradamente en inglés:

—Por amor de Dios, Weston, haz que comprenda. ¡Hace meses que estamos aquí! La Tierra no está en posición adecuada ahora! Dile que nos es imposible partir ahora. ¡Si lo hace, es lo mismo que si nos matara!

—¿Cuánto tiempo les demandará el viaje de regreso a Zulcandra? —preguntó Oyarsa.

Weston, empleándolo a Ransom de traductor, explicó que el viaje, en la posición actual de les planetas, era prácticamente imposible. La distancia había aumentado en millones de kilómetros. El ángulo de su curso con los rayos solares sería totalmente distinto al que había considerado en sus cálculos. Aun si por un milagro pudiesen llegar a la Tierra, la provisión de oxígeno que llevaban no les alcanzaría en absoluto.

—Y dile que nos mate ahora —concluyó.

—Todo eso lo sé —dijo Oyarsa— y si permanecen aquí deberé matarlos, ya que no tengo por qué soportar a seres semejantes en mi mundo. Sé que existe escasa posibilidad de que lleguen a vuestro mundo, pero escasa no es lo mismo que ninguna. Entre este momento y la próxima luna decidan cual de las dos alternativas tomarán. Mientras tanto, díganme esto: ¿Cuánto tiempo les demandaría llegar a vuestro mundo, si es que llegasen?

Tras un largo rato en que realizó sus cálculos. Weston, con voz ya entrecortada, respondió que si no llegaban en noventa días no llegarían nunca, y morirían asfixiados.

—Pues tendrán esos noventa días —repuso Oyarsa— Mis *sorns* y mis *pfifltriggi* les darán aire (también harán algo más. Mi voluntad es que vuestra nave no retorne a los cielos una vez que logre llevarlos a Zulcandra. Tu, Grueso, no estuviste aquí cuando yo deshice a mis *jrossa* muertos por ustedes, pero el Delgado te dará detalles. El deshacer cuerpos y materias puedo realizarlo con proyección de tiempo y de espacio, según lo aprendí de Maleldil. Antes de que dejen nuestro suelo, mis *sorns* harán arreglos para que, exactamente después de noventa días, vuestra nave se deshaga y se transforme en lo que ustedes llaman nada. Si ese día los encuentra en el espacio, vuestra muerte no será más cruel debido a esa medida... Y si logran llegar a Zulcandra, les aconsejo que abandonen la nave sin pérdida de tiempo. ¡Bien! Llévense a estos dos y que vayan a donde les plazca. Yo debo conversar ahora con Ransom.

VEINTIUNO

Todo el resto de esa tarde Ransom permaneció allí respondiendo a las preguntas de Oyarsa. No estoy autorizado para transcribir esta conversación y solamente puedo decir que terminó con las siguientes palabras de Oyarsa:

—Me has hablado de extrañas maravillas como no se conocen en el universo.

Luego discutieron el futuro de Ransom: se le dio plena libertad para permanecer en Malacandra o para emprender el arriesgado viaje a la Tierra. Le resultó terrible resolver el dilema hasta que, por fin, decidió unirse a Weston y a Devine y arrostrar juntos un común destino.

—El amor por los semejantes —dijo— no es la más grande de las leyes, pero tu, Oyarsa, has dicho que es una ley. Si no puedo vivir en Zulcandra, será mejor que no viva en ninguna otra parte.

—Tu decisión es acertada —aprobó Oyarsa— Y te diré dos cosas. Mi gente sacará de la nave todas las armas extrañas, pero a ti te entregarán una. Y los *eldila* de alto cielo vigilarán en derredor de la nave durante su

viaje y, a menudo, ingresarán a ella, hasta que lleguen al aire de Zulcandra, y no permitirán que esos dos te maten.

A Ransom no se le había ocurrido que, si lo asesinasen, sería una de las soluciones más fáciles para economizar oxígeno y comida en que Weston y Devine podrían pensar. Ahora se sorprendía de su propia ingenuidad y agradeció a Oyarsa por esas medidas protectoras. Entonces, el gran *eldil* lo despidió con estas palabras:

—Eres inocente de todo mal, Ransom de Zulcandra, excepto de sentir algo de temor, y el viaje que emprenderás será tu juez y te absolverá o te condenará, porque antes de que concluya deberás estar demente o ganar una valentía total. Pero también te doy una orden: si llegan a Zulcandra, deberás vigilar siempre a Weston y a Devine, ya que pueden causar mucho daño no sólo en tu mundo sino también fuera de él. Por lo que me has dicho, comienzo a darme cuenta que existen *eldila* que penetran en el aire de tu planta, al dominio mismo del Torcido, tu mundo no está cerrado tan herméticamente como creíamos en estas partes del cielo. Vigila bien a esos dos torcidos. Ten valor. Lucha contra ellos. Y cuando lo necesites, algunos de los nuestros te ayudarán. Maleldil te indicará quiénes son. Quizá suceda que tu y yo volvamos a encontrarnos cuando estés todavía en tu cuerpo, porque no supongas que Maleldil no tuvo intervención en que nos conociéramos y en que yo aprendiera tanto acerca de tu mundo. Creo que este es el comienzo de más idas y venidas entre los cielos, entre los mundos, y entre un mundo y otro, aunque no con los propósitos que anhela el Grueso. Puedo decirte sólo esto; el año actual, aunque los años celestiales no son como los tuyos, fue anunciado desde hace mucho tiempo por las profecías como uno de acontecimientos y grandes cambios y el sitio de Zulcandra puede llegar a su fin. Grandes novedades nos esperan, y, si Maledil no me lo prohíbe, yo tendré intervención en todo eso. Y ahora, adiós.

Al día siguiente, y en presencia de una multitud formada por todas las especies de seres vivientes de Malacandra, los tres hombres embarcaron para emprender el terrible viaje. A Weston se lo veía pálido y agotado tras una noche de intrincados cálculos suficientes como para exigir al máximo a cualquier matemático aun si su propia vida no dependiera de ello. Devine estaba alborotado y casi histérico. De un día para el otro, el concepto que tenía de Malacandra había cambiado al descubrir que los “nativos” tenían una bebida alcohólica y hasta había tratado de enseñarles a fumar, aunque sólo los *pfifltriggi* parecieron entusiasmarse con la novedad. Ahora, trataba de calmarse un fuerte dolor de cabeza y pensaba que, si en el viaje iban a encontrar la muerte, por lo menos hasta ese instante mortal podría atormentarlo a Weston. Ninguno de los dos socios estuvo conforme al descubrir que todas las armas habían desaparecido de la nave, pero, en otros aspectos, todo había salido como lo habían deseado. Una hora después del mediodía, Ransom echó una última y prolongada mirada a las aguas azules, a los bosques purpúreos y a las lejanas paredes verdes del *jandramit* y siguió a los otros dos cuando entraron por la escotilla. Antes de cerrarla, Weston les advirtió que debían realizar el menor número de movimientos posibles para economizar aire, y que hasta el conversar estaba prohibido.

—Yo hablaré solamente en momentos de emergencia —les previno.

—Y nosotros muy agradecidos —fue el ácido comentario de Devine, tras lo cual, se encerraron en la nave.

Ransom fue hasta la parte inferior de la esfera, hasta la cámara que estaba ahora en posición totalmente invertida, y se acostó sobre lo que luego se transformaría en la claraboya. Se sorprendió al notar que ya habían ascendido miles de metros, y el *jandramit* era sólo una línea recta purpúrea a través de la superficie roja y rosada de la *jandra.* Estaban encima del lugar donde se unían los dos *jandramits;* uno de ellos era sin duda aquel donde habían vivido, y el otro era donde se encontraba Meldilorn.

Continuamente se veían nuevos jandramits, largas líneas rectas, algunas paralelas, algunas cruzándose y otras formando triángulos. El paisaje se tornaba cada vez más geométrico. Las regiones encerradas por las líneas purpúreas se veían completamente chatas. El rosado color de los bosques petrificados provocaba que ese fuera el tinte de todo el paisaje, pero en la parte noroeste había grandes superficies color amarillo y ocre, que, sin duda, eran los grandes desiertos de arena que los *sorns* le habían mencionado. En el oeste comenzó a verse una enorme región color verde azulado, que parecía como una depresión entre la *jarandra.* Supuso eran las tierras bajas de los *pfifltriggi,* o, mejor dicho, una de sus tierras bajas cubiertas de bosques, porque ahora aparecían otros lugares similares en todas direcciones. Tuvo conciencia entonces de que lo que conocía de Zulcandra era solamente una pequeñísima parte. Era como si un *sorn* hubiese viajado cincuenta millones de kilómetros para llegar a la Tierra y hubiese pasado su estada allí entre Worthing y Brighton, en Inglaterra, y nada más. Si llegaba vivo a la Tierra, Ransom reflexionó, tendría muy pocas pruebas de su extraordinario viaje: un rudimentario conocimiento del idioma, la descripción de algunos paisajes, algunas leyes físicas no del todo comprendidas, pero... ¿dónde estaban las estadísticas, la historia, el estudio de las condiciones extraterrestres que tal viajero debía traer a su regreso? Esos *jandramits,* por ejemplo, vistos desde la altura a que ahora estaban y ubicados en forma tan geométrica lo hacían avergonzar de su anterior creencia de que se trataba de valles naturales. Eran gigantescas obras de ingeniería, sobre las que nada había aprendido. Eran obras realizadas antes del comienzo de la humanidad.

¿O era todo sólo una mitología? Sabía que, si llegaba a la Tierra, todo parecería mitología, pero la presencia de Oyarsa estaba aún demasiado vivida en su memoria como para permitirle entrar en dudas, y llegó a pensar que, quizá, la diferencia entre historia y mitología podría no existir fuera de la Tierra.

Trastornado por esos pensamientos, volvió a concentrarse en la contemplación del panorama, ese panorama que, poco a poco, perdía las características de un paisaje para convertirse en un diagrama. En el Este apareció ahora otra región enorme y oscura que avanzaba dentro del ocre rojizo de Malacandra, una región de curiosas formas, con largos brazos o cuernos que se abrían hacia ambos lados y una especie de bahía entre ellos, como la parte cóncava de una luna en cuarto creciente. Se agrandaba cada vez más y los anchos y oscuros brazos parecían querer rodear a todo el planeta. De pronto vio un brillante punto luminoso en el centro de esa región oscura y se dio cuenta de que no se trataba de una región de la superficie del planeta sino del cielo negro detrás de él. La suave curva era el borde de Malacandra. En ese momento y por primera *vez* desde que habían embarcado, sintió miedo. Lentamente, aunque no tanto como para que él no lo notara, los brazos oscuros avanzaban más y más en derredor de la

superficie iluminada, hasta que se encontraron. El disco entero, rodeado de oscuridad, estaba frente a él. La débil percusión de los meteoritos ya se había hecho audible; el ventanal por el que miraba ya no estaba exactamente debajo de él. Aunque se sentía ahora mucho más liviano, sentía que sus brazos y piernas estaban entumecidos y se dio cuenta de que tenía hambre. Al mirar su reloj, se apercibió de que había estado allí, extasiado, durante casi ocho horas.

Avanzando con dificultad, se dirigió hacia el lado de la nave iluminado por el sol y, al llegar, tuvo que dar unos pasos atrás enceguecido por esa gloriosa brillantez. Ubicó sus anteojos oscuros en su vieja cabina y se sirvió algo de comida y agua. Weston había establecido estrictas raciones. Fue hasta la sala de controles y encontró allí a los dos socios, con los rostros tensos por la ansiedad, sentados ante una mesa metálica, cubierta con delicados instrumentos que vibraban muy suavemente, formados principalmente por cristal y delgadísimo alambre. Ambos ignoraron su presencia y por el resto del silencioso viaje tuvo libertad para visitar todas las dependencias de la nave.

Cuando volvió al lado oscuro, el mundo que habían dejado colgaba en el cielo tachonado de estrellas y no se veía más grande que la luna cuando se la contempla desde la Tierra. Todavía se distinguían sus colores, un amarillo rojizo con parches azul verdoso y con casquetes polares blancos. Vio también las dos pequeñas lunas de Malacandra, que estaban entre las mil cosas que no había notado durante su permanencia allí. Durmió, despertó, y vio el disco todavía colgando en el cielo.

Ahora era más pequeño que nuestra Luna, y se había descolorido hasta tomar un difuso tono rojizo. Ya no era Malacandra y se había transformado en Marte.

Volvió a su vieja rutina de dormir y tomar sol, aunque dedicó algo de su tiempo a comenzar el borrador del diccionario inglés-malacándrico. Sabia que sus chances de transmitir sus conocimientos al hombre eran escasas, ya que lo más probable era que el fin de la aventura fuese la muerte en el espacio. Pero ya le era imposible pensar en eso como en el “espacio”. Tuvo algunos momentos de miedo, pero cada vez se tornaban más breves y quedaban absorbidos por un temor casi religioso que relegaba su propia suerte a un plano secundario. Su impresión no era de que constituyeran una isla de vida viajando por un abismo de muerte, sino casi todo lo contrario; que la vida aguardaba fuera de esa cáscara de huevo metálica en la que viajaban, lista para irrumpir en cualquier instante, y que, si los mataba, los mataría por su excesiva vitalidad. Deseó con fervor que, si la muerte le llegaba, fuese producida por la “descorporización” de la nave y no por asfixia dentro de ella. En ciertos momentos, la idea de poder salir, de ser liberado, de disolverse en ese océano del eterno mediodía, le parecía una culminación aún más deseable que el regreso a la Tierra. Si se había sentido extasiado al salir de la Tierra, esa sensación se había multiplicado ahora, porque estaba convencido de que ese abismo estaba lleno de vida en el sentido más real, lleno de seres vivientes.

Su confianza en las palabras de Oyarsa acerca de los *eldila* aumentaba a medida que avanzaban por los cielos. No vio a ninguno, porque la intensidad de la luz por la que avanzaban no permitía las sutiles variaciones que delatarían su presencia. Pero oía, o pensó que oía, toda una gama de

sonidos delicados o de vibraciones similares a sonidos, mezclados con la tintineante lluvia de meteoritos y, frecuentemente, la sensación de estar frente a presencias invisibles aún dentro de la nave se le tornaba irresistible. Esto, más que otra cosa, era lo que hacía parecer sin importancia el que él muriera o sobreviviera.

Él y toda su raza eran algo pequeño y efímero en medio de esa inconmensurable plenitud. Al pensar en la verdadera población del universo, en la infinita tridimensión de su territorio y en el abismo insondable de tiempo trascurrido desde su creación, su mente vaciló al no encontrar puntos de comparación, pero su espíritu alcanzó una firmeza y serenidad que jamás había antes conocido.

Fue sumamente beneficioso que hubiera llegado a tal etapa espiritual antes de que comenzaran los verdaderos problemas y peligros del viaje. Desde el momento de abandonar Malacandra, el termómetro había estado subiendo constantemente y ahora marcaba una temperatura muy superior a la máxima alcanzada en el viaje desde la Tierra. La intensidad de la luz también aumentó. Aunque tenía puestos siempre los anteojos oscuros, mantenía los ojos bien cerrados, para abrirlos solamente durante los segundos indispensables para guiar sus movimientos. Sabía que, si llegaban a la Tierra, la vista la tendrían dañada para siempre, aunque esto no era nada comparado con el tormento del calor. Ninguno de los tres podía dormir en absoluto, y la terrible sed que sentían era insoportable. Pero sabían que aumentar sus magras raciones de agua sería una locura, como también lo sería el consumir aire discutiendo el tema.

Ransom sabía muy bien lo que estaba haciendo. En su último esfuerzo por resguardar su vida, Weston se estaba aventurando dentro de la órbita terrestre, acercándose tanto al sol como jamás el hombre, o la vida misma, se habían hallado. Presumiblemente, eso era inevitable: no podían perseguir a una Tierra que se alejaba siguiendo su mismo curso ondulante. ¡Tenían que tomar un atajo! ¡Era una verdadera locura! Pero la cuestión no ocupó su mente mucho tiempo. Era imposible concentrarse en otra cosa que no fuera la sed. Pensaba en el agua, luego en la sed; luego pensaba en que pensaba en la sed, y luego en el agua otra vez. Y el termómetro seguía subiendo. Las paredes de la nave quemaban. Una crisis era inevitable. En pocas horas morirían.

Pero llegó un alivio. Se encontraron exhaustos y temblando, debido a lo que les parecía frío, aunque hacía más calor que en el lugar más caluroso de la Tierra. Hasta el momento, Weston había tenido éxito; se había arriesgado a penetrar en áreas donde, teóricamente, la alta temperatura no permitía la vida humana, y, sin embargo, aún estaban con vida. Pero ya no eran los mismos hombres. Hasta entonces, Weston había dormido muy poco aún en sus turnos de descanso, y tras una hora aproximadamente de dar vueltas y vueltas en su catre, se levantaba para volver a sus cartas y a sus interminables cálculos. Ahora nunca lo hacía y hasta parecía no desear concentrarse cuando estaba ante los controles de la nave. Devine caminaba y actuaba como un sonámbulo. Ransom permanecía constantemente sobre el lado oscuro y durante largas horas su mente estaba completamente vacía. Aunque el primer peligro había pasado, ninguno de ellos abrigaba esperanzas de llegar a la Tierra. Ya habían transcurrido cincuenta días de viaje, sin hablar, en ese cascarón de acero, y el aire era casi irrespirable.

Weston había cambiado tanto en su carácter que hasta permitía que Ransom se sentase ante los controles. Por señales y con la ayuda de algunas palabras apenas murmuradas, le enseñó lo indispensable para esa etapa del viaje. Aparentemente se dirigían a destino, pero con escasas posibilidades de llegar a tiempo, enfrentando ciertos tipos de "vientos alisios" cósmicos. Unas pocas instrucciones elementales permitieron a Ransom mantener el curso hacia la estrella que Weston le había señalado, aunque su mano izquierda estaba preparada para hacer sonar el timbre ubicado en la cabina de Weston.

Esa estrella no era la Tierra. Los días, esos días puramente teóricos, llegaron a ser cincuenta y ocho antes de que Weston modificara el rumbo, y entonces otro astro luminoso marcaba el derrotero a seguir.

Los días de viaje llegaron a ser sesenta, y vio que era un planeta. Sesenta y seis y era como un planeta visto a través de largavistas. Setenta, y era algo totalmente diferente a todo lo que Ransom había jamás visto: un pequeño disco luminoso demasiado grande para ser un planeta y demasiado pequeño para que fuese la Luna. Ahora que estaba conduciendo la nave, el estado mental que le habían dado los cielos desapareció del todo. En él despertó una terrible, violenta sed por la Vida, mezclada con el nostálgico deseo de respirar el aire y de oler los olores y de ver las cosas de la Tierra; anheló el pasto, la carne, la cerveza, el té y la voz humana. Al principio, la principal dificultad que tenia en sus turnos frente a los controles era la de mantenerse despierto pero ahora, aunque el aire había empeorado, una excitación febril lo mantenía alerta. A menudo, cuando le llegaba el turno de descansar, sentía que el brazo derecho lo tenía entumecido y dolorido, pues durante horas lo había mantenido inconscientemente presionado contra el panel de instrumentos, como si esa presión pudiera haber apresurado la marcha de la nave hacia su destino.

Ahora, faltaban veinte días... diecinueve... dieciocho. .. y sobre el blanco disco terrestre le pareció distinguir Australia y el sudoeste de Asia.

Ahora faltaban diez días, y el disco era blanco como la Luna y tan brillante que no podían mirarlo sin enceguecerse. El aire dentro de la nave estaba cada vez peor, pero Ransom y Devine arriesgaron unas palabras cuando cambiaban sus turnos:

—¡Lo vamos a lograr! —dijeron— ¡Lo vamos a lograr!

Cuando se cumplieron ochenta y siete días de viaje, y en el momento en que Ransom venía a reemplazarlo a Devine, le pareció que había algo raro en el aspecto de la Tierra y antes de que terminara su turno estaba seguro de ello. Ya no presentaba la forma de un círculo perfecto, sino que presentaba una protuberancia, casi en la forma en una pera. Cuando llegó Weston para hacerse cargo de los controles, echó una mirada a través del panel transparente, hizo sonar furiosamente el timbre para llamarlo a Devine, empujó a Ransom hacia un lado y se sentó en el asiento de comando. El rostro se le había puesto del color de la masilla. Por un momento, pareció que iba a hacer algo con los controles pero, cuando Devine entró, lo miró y encogió sus hombros en un gesto de frustración. Luego se cubrió la cara con las manos y apoyó su frente contra el panel de instrumentos.

Ransom y Devine intercambiaron miradas. Lo retiraron de su asiento a Weston, que lloraba como a un niño, y Devine ocupó su lugar. Y entonces Ransom comprendió por fin el misterio de la Tierra con forma de pera. Lo que había parecido un bulto sobre un lado de su disco, era en realidad un segundo disco, en apariencia casi del tamaño de la Tierra, y cubría más de la mitad de su superficie. Era la Luna, entre ellos y la Tierra. Ransom no sabia cómo afectaba ésto el destino de la nave pero para Devine era bien aparente que no lo ignoraba. Y su actitud nunca fue más digna de admiración: su rostro estaba tan pálido como el de Weston pero sus ojos se aclararon y lograron un brillo sobrenatural. Puso los pies sobre el asiento y allí se agazapó con las manos sobre los controles, como un animal dispuesto a saltar, y silbaba suavemente entre sus dientes.

Horas después, Ransom comprendió lo que estaba sucediendo. La Luna se veía ahora de tamaño mayor que la Tierra y, muy gradualmente, notó que ambas se iban achicando. La nave espacial ya no se acercaba a ninguna de ellas y estaba ahora más lejos que lo que había estado media hora antes. Eso fue el resultado de la febril actividad de Devine con los controles. No era solamente que la Luna estuviese cruzándoseles e interponiéndose entre ellos y la Tierra; aparentemente, y por alguna razón, seguramente de atracción por gravedad, era peligroso acercarse demasiado a la Luna, y Devine se alejaba de ella. Habiendo tenido ya el puerto a la vista habían tenido que regresar a alta mar. Miró el cronómetro; era la mañana del octogésimo octavo día de viaje; faltaban sólo dos días para llegar a la Tierra, y debían alejarse de ella.

—Supongo que ya no tenemos salvación, ¿verdad? —murmuró Ransom.

—¡Me temo que estás en lo cierto! —respondió Devine, sin mirarlo.

Weston se recuperó lo suficiente como para volver y permanecer junto a Devine. No había nada que Ransom pudiese hacer y estaba ahora seguro de que pronto los tres morirían. Al saber eso, la agonía de su suspenso desapareció. La Muerte, no importa si llegase ahora o treinta años después sobre la Tierra, reclamó toda su atención. El hombre siente deseos de prepararse para enfrentarla. Salió de la cabina de control y regresó hacia la parte soleada de la nave, para introducirse en la indiferencia de la inmóvil luminosidad, el calor, el silencio y las claramente definidas sombras. Nada estaba más lejos de sus pensamientos que el buscar el sueño, pero debido posiblemente a la exhausta atmósfera, pronto cayó profundamente dormido.

Al despertar, se encontró rodeado de la más completa oscuridad y a sus oídos llegaba un fuerte ruido continuo, que al principio no pudo identificar. Le hacía recordar a algo, algo que había oído en alguna vida anterior. Era un prolongado tamborileo encima del techo... De pronto, el corazón le dio un salto.

—¡Dios! —sollozó—. ¡Oh, Dios mío! ¡Está *lloviendo*!. Estaba en la Tierra. El aire a su alrededor estaba viciado y pesado, pero la sensación de ahogo que había estado sufriendo había desaparecido. Se dio cuenta de que permanecía aún en la nave espacial y que los otros, por temor a la anunciada “descorporización”, con gesto muy de ellos habían abandonado la nave en el instante en que aterrizó, dejándolo a él librado a su destino. Le fue difícil, en la oscuridad y agobiado por el aplastante paso de la gravedad terrestre, encontrar la salida, pero pudo hacerlo. Encontró la escotilla y se

dejó deslizar por ella, aspirando grandes bocanadas de aire, hasta que sus pies se hundieron en el barro. Dio unos pasos entonces y se encontró que era noche cerrada y que caía una lluvia torrencial. Bendijo el aroma de la tierra y la lluvia, y bebió esas aguas con todos los poros de su cuerpo. Estaba en su planeta natal donde crecía el pasto, donde había vacas, donde pronto llegaría hasta verdes cercos de ligustro que tendrían portones.

Había marchado durante una media hora cuando una vivida luminosidad a sus espaldas y una repentina ráfaga de viento huracanado le informó que la nave espacial ya no existía. Sintió muy poco interés en eso. Delante de él había visto luces, luces de hombres. Encontró un sendero, luego un camino y después una carretera, hasta que llegó a la calle de un pueblo. Una puerta estaba abierta e iluminada. Desde adentro se oían voces hablando en inglés. El olor le era muy familiar. Entró, sin importarle la sorpresa que estaba creando y caminó hasta el bar.

—Deme una medida doble de bitter, por favor, —solicitó al cantinero.

VEINTIDÓS

Si me guiasen solamente consideraciones literarias, en este punto llegaría al final de mi narración, pero es hora de quitarse la máscara y enterar al lector del propósito verdadero y práctico de este libro. Al mismo tiempo, se sabrá cómo se tornó posible el escribirlo.

El Dr. Ransom, cuyo verdadero nombre no es ese, como ya resultará obvio aclarar, abandonó pronto la idea de escribir su diccionario malacándrico así como de comunicar su historia al mundo. Estuvo enfermo durante varias semanas y, cuando mejoró, empezó a abrigar dudas sobre lo que recordaba. Le parecía una ilusión provocada por su enfermedad y la mayoría de sus aparentes aventuras entendió que podrían explicarse sicoanalíticamente. Sin embargo, no aceptó esta teoría de inmediato, ya que mucho antes había observado que muchas cosas “verdaderas” en la fauna y la flora de nuestro mundo podrían ser explicadas por el mismo método si uno partía de la suposición de que eran imaginarias. Pero lo que pensó fue que, si él mismo dudaba de su propia historia, el resto del mundo no la creería jamás. Decidió no decir palabra, y allí hubiera terminado el asunto a no ser por una curiosa coincidencia.

Aquí es donde entro yo en la historia. Había conocido ligeramente al Dr. Ransom durante varios años y habíamos intercambiado correspondencia sobre temas literarios y filológicos, aunque rara vez nos encontramos personalmente. Por lo tanto, no fue nada fuera de lo común que yo le escribiese una carta hace algunos meses, de la cual reproduciré a continuación los párrafos significativos:

—En la actualidad me encuentro estudiando a los platonistas del siglo doce y no puedo dejar de observar que escribían en un latín sumamente difícil. En uno de ellos, Bernardus Silvestris, he hallado una palabra de la que me agradaría conocer su opinión. Se trata de la palabra *Oyarses.* La menciona al describir un viaje por los cielos y un *Oyarses* parece ser la “inteligencia” o espíritu tutelar de una esfera celeste o planeta, dicho en nuestro idioma. Consulté a C. J. acerca de ese término y me dice que debería ser *Ousiarches.* Esto tendría sentido, pero no me satisface del todo. Le

agradecería mucho me informe si alguna vez encontró alguna palabra similar o si puede aventurar alguna opinión acerca del idioma a la que pertenece.

Como resultado inmediato de mi carta, recibí una invitación para pasar un fin de semana con el Dr. Ransom. Me narró toda la historia y desde entonces, ambos hemos estado trabajando de continuo en tratar de resolver el misterio. Muchos datos y pruebas, que no tengo intención de publicar por el momento, han llegado a nuestras manos, acerca de los planetas en general y de Marte en especial, de platonistas de la Edad Media y (no de menor importancia aunque los mencione en último término) acerca del profesor a quien le he dado el nombre ficticio de Weston. Naturalmente, podría dar al mundo civilizado un informe sistemático de todos estos hechos, pero lo más probable sería que chocase contra la incredulidad general y contra una demanda por difamación de parte de "Weston". Al mismo tiempo, tanto el Dr. Ransom como yo creemos que no podemos mantener todo esto en secreto. Dia a dia vamos confirmando nuestra creencia de que el *Oyarses* de Marte estuvo en lo cierto cuando dijo que el actual "año celestial" iba a ser revolucionario, que el largo aislamiento de nuestro planeta se acerca a su fin y que grandes acontecimientos van a producirse. Hemos hallado indicios para creer que los platonístas del Medioevo vivían en el mismo año celestial que nosotros. Más aun, que ese año comenzó en el siglo doce de nuestra era, y que la mención del nombre Oyarsa (latinizado como *oyarses)* por Bernardus Silvestris no es un accidente. También tenemos evidencias, mas firmes día a día, de que "Weston" o la fuerzas que están detrás de él, tendrán un rol muy importante en los eventos de los próximos siglos y que, a menos que lo evitemos, ese rol será desastroso. No queremos decir con esto que vayan a invadir a Marte; nuestro slogan no es solamente "¡Fuera de Malacandra!". Los peligros que debemos temer no son planetarios sino cósmicos, o, por lo menos, solares, y no son temporarios sino eternos. La prudencia nos aconseja no decir nada más.

Fue al Dr. Ransom a quien se le ocurrió que nuestra única posibilidad era la de publicar sus experiencias en forma de novela, de ficción. Hasta pensó, sobrestimando exageradamente mis habilidades literarias, que tal cosa quizá tendría la ventaja de alcanzar a una masa más grande de público y que, ciertamente llegaría mucho antes a todos esos lectores antes de que a "Weston". A la objeción que presenté de que, si era aceptada como ficción, sería en consecuencia considerada falsa, el Dr. Ransom me contestó que el texto incluiría algunos datos clave para ser detectados por los pocos, muy pocos, lectores que, *en la actualidad,* están preparados para captar su significado.

"Y esas personas," continuó diciendo, "muy fácilmente podrán ponerse en contacto con usted, conmigo y fácilmente podrán identificar a quien hemos llamado "Weston". Y de cualquier manera, —prosiguió, lo que necesitamos por ahora no es un cuerpo de creyentes, sino un cuerpo de personas familiarizadas con ciertas ideas. Si, por lo menos, pudiésemos lograr que el uno por ciento de nuestros lectores cambiase su concepto del Espacio por el concepto de Cielo, habremos logrado un muy buen comienzo."

Lo que ninguno de nosotros dos previmos fue la rápida sucesión de acontecimientos que hicieron que este libro cayese en anacronismos antes de ser publicado. Pero dejamos el libro como está. Referente a las recientes

etapas de la aventura... bueno; fue Aristóteles mucho antes de Kipling, quien nos enseñó la fórmula: “Esa es otra historia.”

POSTDATA

(extractos de una carta dirigida al autor por el “Dr. Ransom”).

.. .creo que usted tiene razón y que, después de realizar las dos o tres correcciones (marcadas en rojo), estas pruebas serán las finales. No le ocultaré que estoy desilusionado, pero comprendo que el narrar una historia tal por fuerza tiene que desilusionar al hombre que la ha vivido. No me refiero con esto a la forma despiadada en que ha cercenado usted toda la parte filológica, aunque, debo decir que lo que estamos dando a los lectores no es más que una caricatura del idioma de Malacandra. Me refiero, si, a algo más difícil, a algo que no tengo el don de poder expresar. ¿Cómo puede uno describir los *olores de Malacandra?* Nada vuelve a mi tan vividamente en mis recuerdos... en particular, el aroma de esos bosques purpúreos al amanecer... y veo que “bosques” y “amanecer” son términos erróneos, porque lo harán pensar en la Tierra y en el roció y en los olores de nuestro planeta, y yo estoy reviviendo cosas totalmente distintas. Más “aromáticas”... si, pero no lo cálidas o lujuriantes o exóticas que sugiere esa palabra. Algo aromático, perfumado, y sin embargo, muy frío, muy tenue, que cosquillea las profundidades de la nariz; algo que afecta al sentido del olfato como las altas y agudas notas de un violín afectan al oído. Y, mezclado con todo eso, siempre escucho el sonido de los cánticos... gran música hueca, aullante, surgiendo de enormes gargantas, de tonos más bajos que los de Chaliapin, un “ruido caliente y oscuro”. Siento nostalgias por mi viejo valle de Malacandra cuando pienso en esa música y Dios bien sabe cuan nostálgico me sentía por la Tierra cuando la escuchaba allí.

Naturalmente que usted tiene razón; si vamos a considerarlo como una novela, debemos saltear todo el tiempo que pasé en el poblado y durante el cual “no sucedió nada”. Pero me da mucha pena. Esas tranquilas semanas, el solo hecho de vivir entre los *jrossa,* resumen para mi todo lo más importante que me ha sucedido. Yo *los conozco,* Lewis; esa es la parte que no se puede transmitir si se narran las cosas como un cuento. Por ejemplo, debido que llevo siempre un termómetro conmigo, sé que la temperatura normal de un *jross* es de 1030. Sé, aunque no puedo recordar cuando lo aprendí, que viven aproximadamente ochenta años marcianos, o 160 años terrestres; que se casan más o menos a los 20 años (=40); que sus heces, como le sucede al caballo, no le son ofensivas para ellos ni para otros, y la usan en agricultura; que no vierten lágrimas, que no pestañean; que se “alegran” (como diríamos nosotros) pero no se embriagan en las noches de júbilo, de las que tienen muchas. Pero ¿qué puede hacer uno con estos datos aislados? Los analizo extrayéndolos de un recuerdo que no puede ser fiel ni completamente explicado, y nadie en este mundo logrará formar con ellos el cuadro veraz y completo de lo que mi recuerdo es. Por ejemplo ¿puedo acaso lograr que usted mismo comprenda cómo sé yo, sin la más mínima duda, por qué los habitantes de Malacandra no tienen animalitos mimados, como nuestros perros y gatitos? ¿Por qué tienen una actitud hacia los “animales inferiores” distinta a la que tenemos nosotros? Naturalmente, no es algo que a ellos se les haya ocurrido explicarme. Sencillamente, de eso me di cuenta solo, al ver a las tres especies reunidas. Cada una de ellas es, para las otras,

lo que un hombre y, *simultáneamente,* lo que un animal representan para nosotros. Conversan con ellos, cooperan entre ellos, y los tres actúan con la misma ética; en ese sentido, un *sorns* y un *jross* se consideran, mutuamente, como nosotros consideramos a un hombre. Pero, al mismo tiempo, cada uno de ellos encuentra que el otro es diferente, gracioso, atractivo, como un animalito es atractivo para nosotros. Ese cierto instinto que no podemos alimentar y que tratamos de contentar tratando a los seres irracionales casi como si fueran racionales, está plenamente satisfecho en Malacandra. No necesitan animalitos graciosos como compañía.

A propósito, y mientras estamos en el tema de las especies, me da mucha pena que las exigencias de la novela hayan simplificado tanto la parte biológica. Por casualidad ¿di a usted la impresión de que cada una de las tres especies era perfectamente homogénea? De ser así, me expresé mal. Tomamos el caso de los *jrossa:* mis amigos eran negros, pero también hay jrossa *plateados* y, en los *jandramits* del Oeste existan los grandes *jrossa* con cresta... de más de tres metros de alto, más propensos a la danza que al canto y el animal más noble que he visto después del hombre. Los machos son los únicos que tienen cresta. Tuve oportunidad de ver también un *jross* completamente blanco, en Meldilorn, pero cometí la estupidez de no averiguar si se trataba de una rama de la especie o de algo especial, como nuestros albinos terrestres. También existe, por lo menos, otra clase de *sorn* además de la vi: el *soroborn* o *sorn* rojo del desierto.

Estoy de acuerdo en que fue una verdadera lástima que no haya visto a los *pfiftriggi* en la zona en que habitan. Creo que sé lo bastante acerca de ellos como para inventar algún episodio en que yo los visite allí, pero prefiero que la novela esté basada exclusivamente en hechos ciertos. "Veracidad y Fidelidad" suena muy lindo en la Tierra, pero no puedo imaginarme explicando eso a Oyarsa, y tengo una leve sospecha (vea mi última carta) que mi contacto con él no es algo ya pasado y finiquitado. Pero, de cualquier manera ¿podría usted explicarme el por qué nuestros lectores (a quienes usted parece conocer como si los hubiera parido) tendrán tanto interés en los *pfifltriggi?* No me explico esa sed de conocimiento, cuando, según usted, a nadie le interesa mucho leer acerca de las características del idioma. Pero, para satisfacerlo, le diré que son ovíparos y matriarcales, y de vida corta comparados con las otras especies. Es obvio que las grandes depresiones en que viven son lechos de los antiguos mares de Malacandra. Los *jrossa* que visitaron esos lares, dijeron que bajaban a espesos bosques sobre la arena y con "piedras de hueso (fósiles) de seres acuáticos por todas partes." Sin duda, esos lugares son las manchas oscuras que se ven en Marte desde la Tierra. Esto me recuerda que los mapas de Marte que he consultado desde mi regreso son tan inconscientes unos con otros que he abandonado la idea de ubicar el *jandramit* donde yo estuve. Si usted quiere probar suerte, el *desiderátum* es un "canal" que "se extiende aproximadamente de noreste a sudoeste y que corta a otro "canal" que va de Norte a Sur, a no más de treinta kilómetros del Ecuador". Pero los astrónomos difieren mucho en cuanto a lo que dicen ver.

Ahora, vayamos a su pregunta más molesta: "Cuando Augray describía a los *eldila* ¿mezclaba la idea de un ser más sutil con la de un ser superior?" No. La mezcla es solo suya, amigo mío. Augray dijo dos cosas: que los *eldila* son seres distintos a los animales planetarios y que son superiores en inteligencia. Ni él ni nadie más en Malacandra jamás mezcló ambos

conceptos ni dedujo uno a raíz del otro. Tengo motivos para creer que también existen animales irracionales con características similares a los *eldila* (¿se acuerda de las "bestias de aire" de Chaucer?).

No sé si usted hace bien en no decir nada acerca del problema de foniatría que presentan los *eldila. Si* bien admito que mencionar el asunto en la escena del juicio en Medilorn sería contraproducente para la unidad dramática, me parece que algunos lectores se preguntarán cómo es posible que los *eldila* hablen, cuando es obvio que no respiran. Admito que tal cosa es para nosotros un misterio inexplicable, pero... ¿no podríamos confesar eso, francamente, a los lectores?

Le he comentado a J., el único científico a quien confié mis experiencias, la teoría mencionada por usted de que quizá tengan instrumentos, o hasta órganos, para manipular el aire que los rodea y así emitir sonidos indirectamente, pero no la cree muy factible. Más probable le parece que ellos manipulen directamente las orejas de aquellos a quienes les están "hablando". Esto suena harto difícil... claro que hay que tener presente que no tenemos concepto formado sobre la forma o tamaño de un *eldil,* ni siquiera de su relación con el espacio *(nuestro* espacio) en general. Debemos admitir que es muy poco lo que sabemos sobre ellos, y tratamos de establecer comparaciones con entes de nuestras tradiciones terrestres como dioses, ángeles y hadas. Cuando traté de dar a Oyarsa una idea de nuestras creencias en misterio de ángeles cristianos, él mismo los consideró diferentes a sí mismo aunque desconozco si establecía esa diferencia en base a que se trataba de otra especie o de que pertenecían a alguna casta militar especial (ya que nuestra pobre Tierra resulta algo así como una excepción especialísima en el universo).

¿Por qué motivo omitió explicar la forma en que se trabaron los postigones justo antes de que descendiéramos en Malacandra? Al no mencionarlo, y cuando usted habla de los tormentos que sufrimos por la excesiva luz en el viaje de regreso, más de uno se preguntará: ¿"Y por qué no cierran los postigones?". No concuerdo con usted en que "los lectores nunca reparan en esos detalles." Estoy seguro de que yo lo haría...

Hay dos escenas que me gustaría que usted hubiese incluido... pero no importa; las llevo bien incluidas en mi mente y una o la otra siempre se me aparecen cuando cierro los ojos.

En una de ellas, veo el cielo de Malacandra en la mañana, de color celeste claro, tan claro que ahora, en que me he acostumbrado otra vez a los cielos que vemos desde la Tierra, lo recuerdo casi blanco. Contra el cielo, veo las copas de los gigantescos yuyos —o de los "árboles", como usted los llama— y son casi negros, pues a lo lejos, del otro lado de ese ancho mar de deslumbrantes aguas azules, los bosques lejanos se ven de un púrpura que parece logrado con acuarelas. Las sombras que me rodean sobre el pálido suelo del bosque semejan las sombras sobre la nieve. Delante mío hay figuras andantes; formas gigantescas y esbeltas a la vez, negras y delgadas como sombreros de copa animados; sus enormes cabezas redondas, al tope de esos sinuosos cuerpos semejantes a tallos, les dan la apariencia de tulipanes negros. Descienden, cantando, hasta las orillas del lago.

La música llena el bosque con sus vibraciones, aunque es tan suave que apenas puedo oiría. Algunos se embarcan, pero muchos se quedan allí. Todo es lento; no es realmente un embarque, sino una ceremonia. En

realidad, se trata de un funeral de los *jrossa.* Esos tres que tienen hocicos grises y a quienes han ayudado a embarcar, van con destino a Meldilorn, para morir allí. Porque en ese mundo, con la sola excepción de aquellos pocos a quienes atrapa el *knakra,* nadie muere antes del tiempo fijado para su especie, y una muerte para ellos es tan predecible como un nacimiento para nosotros. Todo el pueblo ha cabido que esos tres morirían ese año, ese mes; y hasta era fácil saber que morirían esa semana. Y ahora se van a recibir el último consejo de Oyarsa, a morir, y a ser "descorporizados" por él.

Los cadáveres, como tales, existirán sólo por breves minutos; no existen ataúdes en Malacandra ni enterradores, ni cementerios ni tumbas. Todo el Valle adopta una expresión solemne en esa despedida, pero no veo señales de pena. No abrigan dudas sobre su inmortalidad y los amigos de la misma generación no son separados por la muerte. Dejan el mundo como lo entraron, con "los hombres de su mismo año". La muerte no está precedida por el temor ni seguida por la corrupción.

La otra escena es nocturnal. Me veo junto a Hyoi bañándonos en el tibio lago. Se ríe al verme nadar tan torpemente; acostumbrado a un mundo más pesado, me es dificultoso avanzar. Veo entonces el cielo nocturno... en su mayor parte es muy parecido al nuestro, aunque más negro y con estrellas mucho más brillantes. Pero algo que ninguna analogía terrestre permitiría que usted comprenda está sucediendo en el Oeste. Imagínese a la Vía Láctea magnificada... la Vía Láctea vista a través de nuestro más potente telescopio en una noche sumamente clara. Y luego imagínesela, no pintada a través del cénit, sino surgiendo como una constelación detrás de los picos de las montañas, un reverberante collar de luces brillantes como planetas, ascendiendo y creciendo lentamente hasta llenar una quinta parte del cielo y dejando una franja de negra oscuridad entre él y el horizonte. Brilla tanto que no es posible contemplarla mucho tiempo, pero es solo un preludio... Viene algo más... Se ve un resplandor en la *jarandra,* como el de la aurora. *¡Ajijra!* grita Hyoi, y otras voces aullantes le hacen eco desde la oscuridad que nos rodea. Y entonces aparece el verdadero rey de la noche, avanzando sobre esa extraña galaxia occidental y haciendo que parezca opaca en comparación con su propia luminosidad. Aparto la vista, porque el pequeño disco brilla mucho más que la Luna en su mayor esplendor. Todo el *jandramit* queda bañado en una luz incolora; yo podría contar los tallos de los bosques que están en la orilla más lejana del lago; veo que las uñas de mis manos están rotas y sucias. Y entonces adivino qué es lo que he visto... Júpiter, surgiendo más allá de los Asteroides y sesenta millones de kilómetros más cerca de lo que jamás ha estado de los ojos humanos. Pero los malacándricos dirían "dentro de los Asteroides", porque, a veces, tienen la extraña costumbre de dar vuelta al revés al sistema solar. A los Asteroides los llaman "los danzarines ante el umbral de los Grandes Mundos". Los Grandes Mundos son los planetas que, nosotros diríamos, están "más allá" o "fuera" de los Asteroides. *Glundandra* (Júpiter) es el mayor de ellos y tiene una importancia para la mentalidad de los malacándricos que no puedo captar. Para ellos, es "el centro", "el gran Meldilorn", el "trono" y la "fiesta". Saben, naturalmente, que es inhabitable, por lo menos por animales del tipo planetario, pero algo o alguien de gran importancia está conectado con Júpiter; como de costumbre: "Los *séroni* deben saberlo", pero nunca me lo explicaron a mí. Quizá el mejor comentario sea el del autor que le he mencionado: "Porque como fue bien dicho del gran Africanus que nunca estaba menos solo que cuando estaba solo, así, en nuestra filosofía, ninguna

parte de este trozo de universo merece ser llamada solitaria más que aquellas otras a quienes el vulgo considera solitarias en grado máximo, dado que la ausencia de hombres y bestias significa sólo la presencia de seres más perfectos".

Me extenderé más sobre estos temas cuando usted venga. Estoy tratando de leer todo viejo libro sobre esto que encuentro. Ahora que "Weston" ha cerrado la puerta, el camino a los planetas está en el pasado; ¡si el hombre quiere viajar por el espacio, también tendrá que hacerlo a través del tiempo...!

FIN